

Edición 1991

Loba en Tobuna

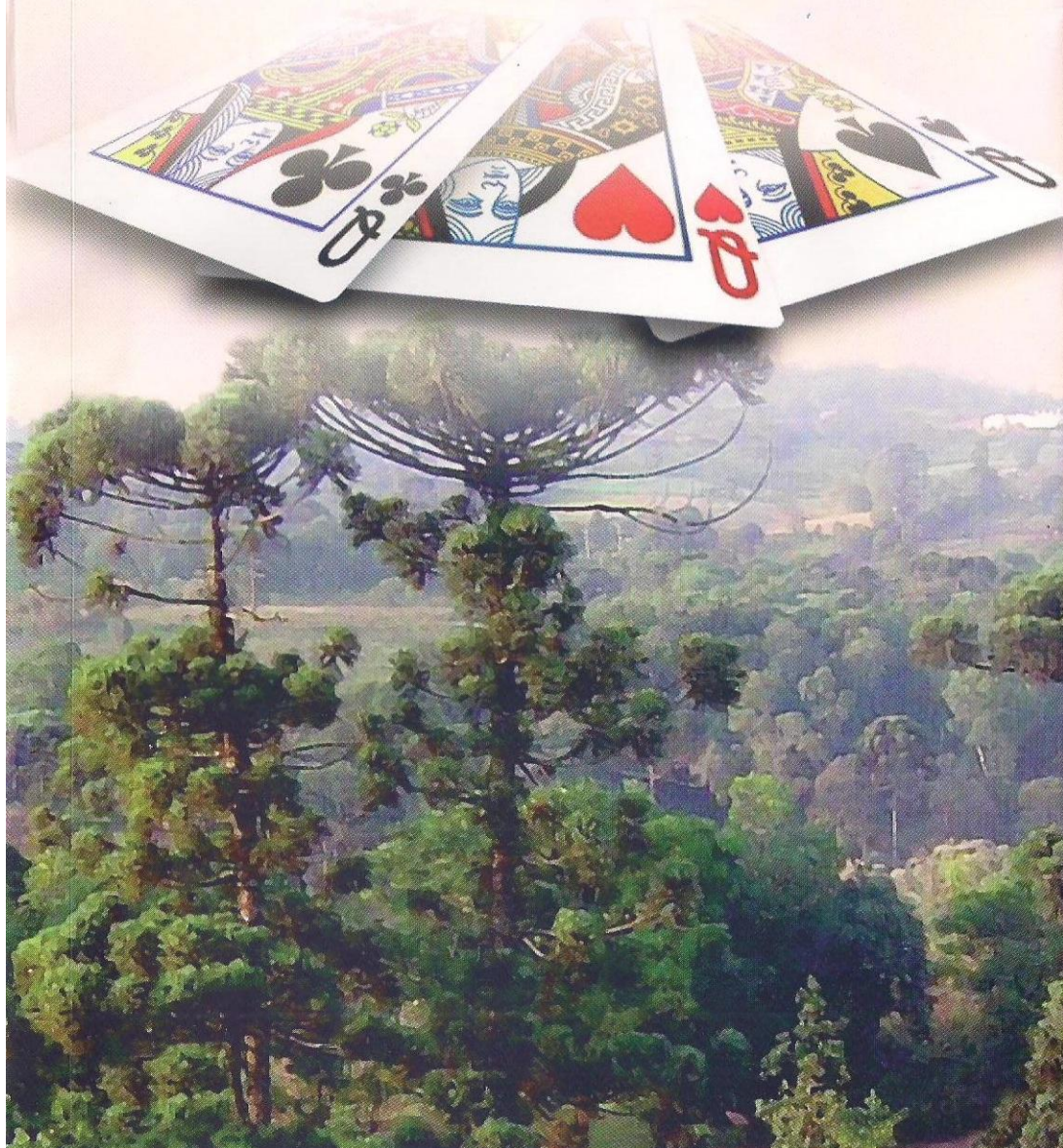


Raúl Novau

Edición 2005

LOBA EN TOBUNA

Raúl Novau



Edición 2013

ADVERTENCIA

(Prólogo a la primera edición realizada en el año 1991)

En 1985 Raúl Novau instala, en el panorama de la literatura argentina, un universo narrativo de contornos propios.

El volumen "Cuentos Culpables", expresión acabada de una "forma de representación" es un ejemplo puntual de un hacer, un pensar y un decir literario en continuidad y proyección de manifestaciones.

El conjunto de relatos diagrama un mundo ficcional de perfiles netos. En una acertadísima síntesis, Raúl Novau articula el esquema de la problemática caracterizadora de la narrativa del s. XX.

Desde un eje temático entre dos extremos: los conceptos de "prueba" y "trampa" traza derivaciones o proyecciones en un marco conceptual, conjunto de nudos semánticos, sustentador de cada cuento.

Si en este primer boceto las historias, aun en sus peculiaridades geográficas o epocales, funcionan como sobrearticulaciones alternativas de conceptos nucleares, Loba en Tobuna, redimensiona el universo bosquejado.

El espacio gráfico de la novela, suma de formas discursivas; la extensión imprevisible de una red accional; el juego de focalizaciones alternantes o superpuestas, son recursos con los que Novau mariza las formas del boceto primero,

Y es que, en efecto, frente a la novela articulada sobre acción lineal, y en progresión cronológica, se propone un mundo narrativo cuya coherencia tiene otra lógica.

La acción se ramifica en alternativas, cada una como parábola vital de un personaje (sus proyectos, sus ilusiones, sus actos, sus fracasos); en superposición y síntesis de instancias temporales; y desde un punto de vista móvil y adherente, en desplazamiento constante.

El mundo ficcional es proyección de un complejo proceso enunciativo.

Los hechos de ese universo se articulan por un discurso en niveles, dimensionando un prisma en juego concéntrico.

Un prisma instalable en el discurso del narrador, que funciona como nivel cero (0) y desde el que se proyectan otras formas de representación, otros discursos en proceso refractante. En efecto, el esquema enunciativo se ramifica. El narrador se desplaza en figuraciones de otros destinadores (narradores) alternantes o sucesivos, en un diagrama de enunciaciones dentro de la enunciación que enmarca. Esta superposición de niveles ficcionales, minimiza las distancias con lo enunciado. Un sutilísimo juego de discurso indirecto libre, actualiza en proyecciones lingüísticas de segundo nivel, la voz y la memoria de cada personaje.

Cada enunciación del discurso peculiar del personaje, delinea un primer plano. Focaliza con óptica adherente sus proyectos, sus sentimientos, sus logros, sintetizando tiempos e itinerarios.

Sin embargo, la enunciación o discurso peculiar no aísla la historia. Cada línea accional se apoya dialécticamente en otra; cada sobrediscurso se remite al arco discursivo general a nivel cero.

Los destinatarios en desplazamiento o alternancia, se articulan desde ese narrador primero. De modo que (en nuestra abstracción interpretativa), el prisma enunciativo se refracta, se proyecta en profusión pero no se diluye. Se

reinstala en la síntesis de una sobre articulación; una superestructura narrativa diagramada como un coloquio de varias voces.

Los discursos de "Cleme", "Pomposa", "Alesia", o los de "Renzo", "Locadio", "Nina", "Meliquia", instituyen en líneas de enunciación fragmentada, esbozos de otros prismas, cuyas focalizaciones peculiares tamizan y transforman una trayectoria habitual en itinerario irrepetible.

Sin embargo, la complejidad de mecanismos enunciativos, no es mero alarde de disponibilidades técnicas. Es la trama de un incisivo sondeo que perfila cada personaje en una línea ética.

Idealismo o ingenuidad; cinismo o especulación materialista, matizan el recorrido aparentemente idéntico.

El desplazamiento en espacios (ubicables en una geografía peculiar: Tobuna, Ezeiza, La Plata, Pipinas) y en acontecimientos o en épocas históricas) en apoyo de un esquema organizativo que avanza en zig-zag.

En la sintaxis de cada personaje, la acción escapa al proyecto primero. En el discurso, la organización de secuencias, desarticula expectativas. Los efectos aislados sobre indeterminaciones orientas pesquisas lecturales.

El punto de visión móvil que avanza u retrocede, que focaliza un personaje y luego otro, que alterna discursos y voces, expresiones externas y más íntimas, focalizaciones de proyectos y fracasos, parece contornear sutilmente la pregunta sobre la posibilidad humana. Trasladar a una y otra historia (expresar en uno y otro discurso) el esquema de "prueba" y "trampa".

La representación de alternativa múltiple, aparente superposición o contradicción de líneas accionales, no ejemplifica variables de posibilidades para el destino humano.

Es la interacción ramificada de eje entre dos polos, ejemplos del infinito juego dialéctico entre el hombre y su proyecto, su ser, su querer ser.

En la lógica de este universo, toda la movilidad, la dispersión accional es proyección de un centro: un punto fijo. Una metáfora de encuadre: la partida de "loba" en Tobuna. Un juego de espejos del espacio ritual (de la vida) en el que el azar articula los hechos.

Prof. Roxana Gardes de Fernández
Posadas, Misiones, 1991

Análisis de LOBA EN TOBUNA

Al final del prólogo a la primera edición, Roxana de Fernández nos advierte que existe: "una metáfora de encuadre, la partida de la loba en Tobuna. Un juego de espejos del espacio ritual (de la vida) en el que el azar articula los hechos". Esta afirmación merece tenerse en cuenta como aproximación a la obra porque nos habilita leerla desde lo que consideramos una POÉTICA DEL DESAFÍO, consistente en apostar a construir un destino que se imponga o al menos se agregue al azar de los acontecimientos. Sabemos que todo desafío supone un riesgo, riesgo sustentado en la novela por la actividad traslaticia de los personajes motivados por la búsqueda y el deseo.

Este desafío se cifra en el JUEGO como motivo estructurante de la narración: "el juego es el elixir de la vida" declara uno de los personajes (P. 50); esta afirmación sintetiza el hecho narrativo y al hacerlo sugiere una teoría sobre la literatura, ya que elixir se define como piedra filosofal y como remedio maravilloso que el autor recupera como bálsamo vital en su proyecto creador y dispone el espacio del juego, esto es la escritura, que en última instancia lo trasciende para que sea el lector quien apueste sobre quien gana la partida: ¿Gana Castellano Locadio el gerente administrador del aserradero "jugador de local" p. 67? ¿O gana su "competidor acérrimo" Miloco que "en los últimos tiempos se abocó a practicar la loba, en conocer sus secretos y triquiñuelas" p. 109 para obtener ganancias? ¿O tal vez gana Renzo el Grande que desea "un reino sin víctimas ni victimarios" p. 120, el

personaje buscador de ideales, el que "necesitaba aferrarse con tesón a la idea de la revolución que creía verdadera válida irremplazable p. 19?...

Este carácter determinante del juego nunca clausurado, no consumado, siempre dispuesto a volver a empezar, es decir a desafiar, es posible vincularlo con la idea de NARRACIÓN COMO DISEMINACIÓN en el sentido de despliegue de contextos no totalizables, que se evidencia a nivel formal a través del uso de los procedimientos constructivos como la elaboración fragmentaria de la trama, el avance no lineal del relato, las focalizaciones móviles de los personajes, y la experiencia subjetiva e intimista de los hechos históricos como el 20 de junio de 1973. Mecanismos que desestabilizan la forma tradicional de representación narrativa en tanto mimesis porque LA ESCRITURA JUEGA CON SUS PROPIOS LÍMITES: juego en donde lo real es restituido en el trazado de varias direcciones de sentido que lo fragmentan.

Entonces, si hablamos de transgredir las reglas del juego narrativo transitando derroteros semánticos, vemos que el texto despliega-disemina un mapa de espacios distintos donde Tobuna "la esplendorosa" (que da título al libro) es un punto de anclaje que delimita un adentro –el lugar de pertenencia- y un afuera con dos matices: afuera homologado al extranjero que resulta finalmente excluido del juego y por lo tanto expulsado de la ficción (personajes como Nina, Meliquia, Obdulio, Miloco) y un afuera topográfico: la buhardilla de Pipinas, las diagonales aromadas en tilos, Ezeiza de los cabecitas negras y Yaguarón con naranjales voluptuosamente áureos.

Asistimos así a un recorrido en el cual el ESPACIO SE IDEOLOGIZA para funcionar como signo y sabemos que el signo es iterabilidad, es repetible, pero sabemos que nada se repite idéntico, así Tobuna tierra promesa para los pioneros es un lugar "donde todo es provisorio" al decir de Cleme p. 13, o es "otro mundo donde todo está por hacerse" p. 21 para Locadio, "asco de pueblo" pero "tierra imán" para Miloco p. 95/97.

Dentro de Tobuna se perfilan dos ámbitos signos que evidencian o simbolizan la EXPLOTACIÓN: por un lado el Marabú recinto de la transacción, de la artificialidad del erotismo como la define Sarduy: "juego, pérdida, desperdicio y placer, es decir erotismo en tanto que actividad puramente lúdica, no es más que una parodia de la función de reproducción, una transgresión de lo útil" p. 182. Por otro lado y como complemento, el aserradero enclave en el cual los peones también pautan sus propios mecanismos silenciosos de juegos (oprimidos): "eran duchos en el arte de las señas, los códigos conocidos presuponían levantamiento de cejas, guiños, muecas, utilización de dedos y posturas de animales que significaban motes" p. 79.

En relación con el lugar de pertenencia eje desde y hacia el cual se desplaza el desafío lúdico de elegir a apostar a construir o resignarse a un determinado destino, riesgo que afecta a todos los partícipes-personajes, gravitan dos imágenes contrapuestas no excluyentes que SINTETIZAN EL SENTIDO DE LA NOVELA: 1. Yarará: víbora y a la vez epíteto de la banda musical misionera, señala un tercer atributo de sentido que resume los anteriores la trampa como veneno inmanente al panteísmo del monte. 2. La

loba: animal también juego de naipes que remite por el mismo procedimiento a un sentido que los engloba, es decir la bendición nutricia que resguarda las apuestas frente al fátum del destino.

Es posible decir que la novela se estructura a partir de las relaciones tensionadas entre ambas imágenes cuya síntesis encontramos en boca del personaje Alesia: "han contagiado de muerte a la loba con víboras repugnantes, tesoros escondidos, prostitutas, ladrones y cuanta mala visión ande suelta" p. 116.

Podemos concluir diciendo que la apuesta de Loba en Tobuna es una APUESTA DE DESAFÍO porque el funcionamiento narrativo se cifra en develar el MECANISMO DEL JUEGO "buscar una verdad" dice Renzo, y nosotros agregamos una verdad posible sobre las contingencias del destino, la condición humana y sus ideales. Juego discontinuo, interrumpido, azaroso, tanto en esta ficción como en la vida.

Julieta NOVAU

Prof. en Letras

Marzo de 2006

Obs.: Presentación de "Loba en Tobuna", 2ª ed., en OSDE, Posadas, Ms.

LOBA EN TOBUNA

UNO

Oyeron sobresaltadas en el momento de mayor concentración las campanillas en el portón. Aún cuando la señorita Pomposa estaba acostumbrada en su botiquín farmacéutico a aquellas perentorias llamadas, no dejaba de sobrecogerse al principio. Un ceñido vestido rosa resaltaba la acumulación adiposa en vientre y riñonadas. Ella buscó mentalmente el cuatro de flor de lis que le faltaba para la escalera simple. Sus pulseras tintinearón reflejadas por el velador invertido colgado. El halo de luz focalizaba un ancho tapete verde y las canosas cabezas de sus cofrades.

-¡Pomposa!

-¡Ya va hombre, ya va! –mascullando- nunca faltan... Justo a la hora –a pasitos menudos por los tacos altos, acompañada por los gruñidos de Toga pedaleando con las uñas el encerado de maderas lustrosas.

Alesia, Cleme y Pomposa conformaban un trío unidas por la soltería y el recuerdo de kermeses, bailes sociales y el desfile de galanes que no supieron valorarles a su debido tiempo. Porque de eso se trataba: ellas esperaban que las estimaran en su justa medida de mujeres puras, manteniendo un cierto y distante recato que les hacían parecer apáticas y frívolas. Dañino fue el destino con el correr de los años, ajándolas prematuramente y rezumando a la madurez los últimos fulgores del deseo. Pero consolábanse comentando las desavenencias de los matrimonios modernos, las infidelidades y separaciones,

los sufrientes hijos por doquier, cuyas descripciones eran prolongadas y anatematizadas para saborear una íntima venganza de las fértiles femineidades.

Guardaban silencio, sumidas en sus respectivos juegos interrumpidos, esperando esta vez que la urgencia sea breve, deplorando que Pomposa trabajara a su edad, no como ellas Alesia jubilada de maestra rural y Cleme costurera sin apuros que les permitían el arrendamiento de sendas habitaciones en la pensión.

No les importó que el viento norte desmedido y presagiador, penetrara por el acceso e hiciera balancear el velador trayendo remezones acompasados. Tampoco que el pañolón lila de Nina, enmarcando su pálida tez, se interpusiera en el juego y descansara sobre el mazo principal pues habían retirado con premura el de repuesto secundario y también sus abanicos desteñidos en apretujados paisajes estampados en reposo.

Una vez que fueran seguiría intacta la partida, salvo que Pomposa se decidiera a concurrir al Marabú con lo que finalizarían una jornada memorable por la cortedad del envite.

-Ahora que gana se escapa –dijo Alesia- Es una tramposa.

Renzo se percató del cuchicheo. Posó su mano sobre la sudorosa frente de Nina, longilínea sobre el paño, el frágil cuerpo liado en un batón azul, belleza trasuntada de dolor y armonía en sus formas, salvo la deformación violácea en el empeine derecho tumescente sobre los tantos maiceros desparramados por los involuntarios movimientos.

Interrumpió Pomposa empujando con el pie la chirriante puerta vaivén y una emanación penetrante a alcohol yodado inundó el aposento.

Prestancia y celeridad marcaban el rumbo de la antigua enfermera del Madariaga. El primer artículo es el aire triunfal para combatir la muerte, decía.

-De nada valdrá si me cambiaron las cartas... -dijo Pomposa- Después de esto... al Marabú.

Entre el invariable estampido de la usina, el viento intercalaba los compases del agasajo. Nina gimió al penetrar la lanceta en la vena azulada y nítida. Laurita se calmó jugando con el osito en el sofá.

-¡Ahí va! –exclamó Pomposa con satisfacción- Pronto estará bien. Como para patearte... ¿Yarará?

-Puede ser –contestó Renzo.

-Con el viento norte salen –dijo Cleme.

-Me acuerdo... -principió Alesia.

-Sí. Inundación de 1905 –interrumpió Cleme- cuando las víboras nadaban.

-No había suero –dijo Alesia.

El líquido ambarino desaparecía en la jeringa empujado suavemente, teñido por un filamento de sangre coagulada, en absoluto quietismo entre los dedos anillados de Pomposa, tensionados sobre el brazo de Nina, quien observaba la aureola del velador moviéndose como en la buhardilla de Pipinas, un vaho perfumado saturándole el olfato. Vomitaría.

El calor despedido empañaba los lentes de Renzo. Los párpados. O quizás el sofocante recambio calórico en vísperas de tormentas. Los rostros presentes se desdibujaban de acuerdo a la intensidad de las manchas en los cristales.

-.....o la madre que cortó el dedo a su hijo de un machetazo –concluyó Alesia- para que el veneno no llegue.

Renzo se encontraba confundido por la afrenta reciente. Sin embargo, una corriente de ternura y complacencia recorrió su ser. Por lo menos aquí todo confluía: disponibilidad de suero y la paciencia de Pomposa, imprescindible servicio hallada en compañía de sus amigas. Con un toque veloz Pomposa retiró la jeringa y masajéó el antebrazo doblándolo.

Nina dormitaba entre vahídos entrecortados. Habría que desinfectar la mordedura. Pomposa suspiró. Sufría con el suplicio ajeno. Sabía que la admiraban por su entereza y disposición para el curar, aplicando métodos de la farmacopea magistral. Aún a sus años conservaba la firmeza en el carácter y una decidida temeridad frente a los casos agudos ocurridos en la comunidad. Es una cuestión de actitud, decía, la misma función ayudaba. Un dominio sobre los contados segundos iniciales bastaba para sobrellevar lo demás. Hacía lo indecible para mitigar las dolencias y, si alguna vida agonizaba, llamaba a las Parcas antes que sufriera.

Los orificios se mostraban distendidos, pequeños, equidistantes en la tumefacción. Laurita jugaba en el sofá. Renzo no cesaba de controlar el pulso. El peligro había pasado. Pomposa desinfectó las heridas.

Toga ladró afuera pero cesó cuando el disparo fue el único sonido que notó distinto entre la gama de chistidos, maullidos, el desplome de mangos maduros en vertical y el motor de la usina.

Apenas se percataron del disparo, sin darle mayor importancia. Cleme recta en la silla con las cartas en las manos, padecía de una sordera progresiva y

Alesia desechaba de antemano las detonaciones negándolas empecinadamente por recuerdos de las revoluciones. Sin elucubrar que en reiteradas ocasiones los lugareños disparaban por diversión o para ahuyentar supuestos tigres en los potreros. Pomposa, sin embargo, ponía los dedos en cruz para alejar posibles heridos en ciernes.

-Es la explosión del motor –dijo Alesia.

Renzo trató de indagar levantando la cabeza por si sucedían otros. Pero solo el monótono de la usina pudo precisar. Tampoco se escuchaba la música proveniente del Marabú.

Desde el motor de la usina salían en madeja los cables hacia el racimo de casas que conformaban el poblado. Las ondas sonoras se expandían a través de las galerías, superaban las tejuelas grises y antenas de tacuaras y volvían con el viento contra la masa de pinares y sotobosques que, como un mar rugiente y oscuro, circundaba al pueblo.

-Es como oro –dijo Pomposa como si continuara un pensamiento- Cuido como oro el suero. Parezco sonámbula revisando si el suero está en su lugar... Tengo pesadillas. Que se evapora y quedan los envases vacíos.

-Como las chicharras cuando mudan –dijo Cleme.

-Sí Cleme. Un duermevela que me tiene loca.

-Bueno, así se gasta energía –terció Alesia- y se baja de peso.

-Errada Alesia. Para calmarme –dijo Pomposa- engullo lo que encuentro. Las orejas se me pondrán como burra de alargarlas hacia el motor. Si se detiene corro a prender la de kerosén... El suero ha cambiado mi vida.

-Esas preocupaciones sostienen su vida –enfaticó Renzo.

-Desde que aparecieron los medicamentos –dijo Alesia con la voz cascada- la gente se enferma más seguido... Antes los yuyos eran eficaces.

-Así morían –dijo Pomposa renovando las compresas y vigilando de reojo a Laurita dormida. Disminuyó la intensidad de la luz. El motor se descomprimía para retomar después el ritmo.

-La suya no tiene pilotes –dijo Alesia sin mirarle- Por eso la yará entró como Juan por su casa.

-Está en la lomada –contestó Renzo- Además es provisoria.

-Aquí todo es provisorio –dijo Cleme.

-Por más provisorio que sea tengo adoración por esta tierra –dijo Pomposa- Me dan ganas de comérmela. Es tan... ¿cómo diría? Esponjosa, tierna, hundo mis manos en el jardín y es húmeda y caliente, y tiene olor como a perro mojado... no sé. ¡Es tan fértil!

-¡Zas! Entramos a delirar –dijo Alesia.

Para no pasar frente al Marabú, Cleme y Alesia hacían un rodeo atravesando setos y adyacencias de letrinas en los trasfondos. No soportaban siquiera el cartel de aquella construcción que consideraban era el antro de perdición del lugar. En distintas oportunidades visitaron al administrador del aserradero para hacerle conocer sus opiniones y en representación de personas respetables. Por si cabría la posibilidad, señor Locadio, de trasladar aquella mancha dolosa, y antes los argumentos esgrimidos serenamente de que era necesario para que los hombres solteros tengan un desagadero –sí, eso tuvieron que oír- pero dicho sin malicia entendieron. Pues bien entonces que se fueran las beldades al extremo alejado del pueblo, a un costado de la ruta lejos del

cruce, invisible a los ojos de los niños y de las buenas costumbres. Pero a Locadio no hacían mellas las cuestiones y ellas desistieron por cansancio pues ¿qué podían petitionar al principal animador y promotor de las juergas que los fines de semana atronaban el ambiente? Además de ser propietario, discurriendo que como favor cortinaría las paredes con colchones refregados que amortiguarían el griterío, apoyado también por el motor de la usina para tratar de disminuir el estrépito fuera de servicio. Pero ¿quién pagaría el combustible? ¿Ellas? No tenían donde caerse muertas, así que no le vinieran con pendejadas ni planteos que alteren la armonía reinante, decía a las solteronas encontradas por casualidad en la estafeta.

-¡Guasote! –replicó Alesia, convenciendo a Cleme de la inutilidad del diálogo con semejante esperpento, fruto malvado de la cizaña que recaló para desgracia en el paraje, anidando la convicción de recurrir a las autoridades zonales para erradicar el flagelo.

Pues había que colocar las cosas en su lugar, decía Alesia. De nada valía, no tenía asidero haberse pasado la vida en la docencia, formando camadas de párvulos moquientos, sorprendidos y terribles, inclinados a espontáneos y salvajes entretenimientos, haberles impartido normas para sacar hombres de provecho para el país, avalada por una conducta ejemplar de maestra sin máculas, fogueada en un hogar de trayectoria ya que su madre, que en paz descansa, fue flor de seibo en Corpus, enseñando al aire libre con semillas de mamón, decía, y a punta de carbones sobre las lajas. Había que tener más respeto, exigía, por la memoria de tantos docentes fallecidos que dieron todo de sí en aras de la soberanía porque de eso se trataba, y por ella misma, que

mantenía sus principios incólumes a costa de sus sacrificios, que continuaban al percibir la magra jubilación con la que abonaba sus alimentos y la cuota para el traje de madera que recibiría sus huesos al término de su decorosa vida.

La secundaba Cleme, inseparable amistad de la juventud, cimentada en sus postreros años de pensión donde residían, escuálida y de ojos saltones, modista por dedicación y observación. Ella nunca aportó a caja alguna por desidia o ignorancia, suponiendo que el balanceo uniforme del pedal de la máquina de coser sería eterno. Que en sus noches de insomnio recorría con los gotosos dedos el negro y frío cabezal, la hondura de la ranura, la floja polea adherida al plato y la aguja enhebrada para los dobladillos. Atrás quedaban los residuos del holgorio y locuacidad de las quinceañeras, respuntes, presillas y entablillados de las faldas, medidas y cortes reflejados en el espejo de pie – regalo de su gran amor, secreto guardado con sumo celo del cual borrosamente recordaban los antiguos pobladores-, y ahora completando su círculo decadente al hilvanar por cuenta ajena géneros para pantalones y vestidos. Pero era una agradecida de Dios por los años vividos y por las raras enfermedades sufridas, salvo su intermitente sordera, plenamente confiada en sus compañeras ya que se soportaban mutuamente recreando sus recuerdos en las lomas de los viernes.

Si hubiesen sabido desde un principio como sería el Marabú, quizás hubieran combatido con más chance. Lo arrancarían de cuajo antes que naciera. No sospecharon los fines del lento alargamiento de la construcción en pequeñas piezas contiguas eslabonadas por un estrecho pasillo, ni de los ventanucos abiertos únicamente para derramar fluidos de descascaradas palanganas, ni el

pintado de uñas y el despiojarse entre sí de las mundanas ilusionadas en matar las larguezas de las tardes en la galería del lupanar. La firme sospecha se hizo carnes en Cleme al recibir sedosas telas, brillosas y rutilantes, enviados para futuros encajes, escotados y ajustados con la premura del caso por su mandante la modista mayor Flora, sin especificar en el mensaje las destinatarias, una rara especie que dificultaba a Cleme la confección, pues al conocer a casi todas en el pueblo podía darse una idea aproximada sobre el perfilado de los cortes y respuntar con suma comodidad sin que tenga que rehacer.

Cleme tuvo la certeza después al extraviarse en el escarlata refulgente destinado a ella, vislumbrado por la fragancia subida del embrujo de luna y el taconeo presuroso de los zuecos de maderas, la boca sonriente prendida a un cálido rostro de adolescente morena y espigada, impregnada de coloretes que le dijo señora –como si dijera mamá- en un portugués rastrero y aflatado.

Tampoco contaron con la perspicacia de Pomposa cuando la pusieron al tanto de aquellas prendas que tenían dos premisas: amoldadas al cuerpo y cierres con cremalleras resbalosas. Pomposa con su habitual sentido común, del que hacía alarde, les respondió que no era una sorpresa pues hacía tiempo que funcionaba la casa de citas, muy natural después de todo, como la yerba mate, brota y gusta, nadie pregunta la esencia, o la mandioca que crece aquí y no en Buenos Aires, que no hace falta explicar a cada momento la realidad porque está implícito que tiene que ser así.

Alesia y Cleme se hallaban horrorizadas frente a aquella situación que consideraban alevosa a la moral, exclamaron ¡qué hubiera dicho Sarmiento!

Pero íntimamente se arrebuaban curiosas por conocer detalles de aquel mundo vedado e inexpugnable donde el fingir del amor aleteaba eternizado en cuotas de cinco minutos.

No hay estigma condenable, decía Pomposa, Al término se arrepienten y Cristo las perdona. Pero las consecuencias son lastimosas. No estaban a su alcance. Se descuidaban y corrían demudadas y atolondradas para echar suplicaban, para quitar eso que las martirizaba a partir de la carencia de regla en tiempo, aherrojándolas a condiciones humillantes de fámulas fregonas fuera del local de sus amores metalizados. Pomposa se negaba. Poseía los instrumentos para realizar las operaciones. Pero mantenía una enhiesta actitud de hacer caso omiso a las solicitudes. ¡Pobres criaturas! Que se vayan a otra parte, decía. ¡Para echar! Urgían, descarnadas y apremiantes, compadeciéndose ella que tenía los ovarios intactos, repletos de grasa amarillenta tal vez, pero hubiera sido deseable, se regodeaba, tener un hijo como tantos que ella trajo al mundo de mujeres sacralizadas por el matrimonio sin sentirse superior por ello. ¿Qué podemos hacer, pimpollos? preguntaba. Están en un brete donde salir por la vía que ustedes quieren es riesgoso y por la otra tendrán que andar con los mocosos que justo lloran en el instante del clímax y el cliente las castigará quizás por no estar en el convenio y ustedes aceptarán por la leche del biberón a la una de la madrugada.

Los latigazos de las ondas eran más notorios ahora. Toga se relamía y espulgaba la ingle, cumplida la ronda nocturna.

-¿El disparo? –preguntó Pomposa.

-En el Marabú –aseveró Renzo. Las campanillas sonaron insistentes.

DOS

El tren se desplazaba veloz por la llanura de un verdor opaco y salpicado por lejanos e inmóviles vacunos pastando. Avanzaba acelerado, tal vez en demasía, con banderas en chasquidos que aspiraban el viento al frente de la máquina roji-amarilla, una potencia con dos cuernos blanquicelestes ondulantes, arrastrando vagones sin comedor y dejando tras de sí la vibración en los rieles y el olor a gasoil carburado.

“Las penas son de nosotros y las vaquitas son ajenas” cantaban al unísono en los bulliciosos once vagones colmados.

Donde más rápido se insinuaba era en las estaciones que, como un rosario a lo largo del Uruguay, se sucedían en un vertiginoso desplante de convoy sin horarios prefijados ni guardas que cotejaran boletos. Paso de los Libres, Monte Caseros, Chajarí, oponían brevemente sus carteles identificables y de publicidad, sus grises uniformes de jefes de estación con banderitas verdes de libre paso pasivos, sus changarines de gorras azules relavadas y el perfil inglés de las armazones, que trasplantadas a otra parte no podían ser más que eso: estaciones de ferrocarriles.

Cuando los maquinistas decidieron detenerse en Concordia –no tenían obligación- lo hicieron para descansar y desentumecerse y dar respiro a la 3065. Al grito de “Concordia corazón” una multitud colmó rápidamente el andén, con una soltura permisiva contagiosa, inundando los baños y quioscos, desplegando pancartas movedizas y haciendo ver que viajaban a una cita importante. Inclusive se adentraron en calles adyacentes arrancando frutas a los naranjos invernizos de las aceras, invitando a los ocasionales transeúntes a

sumarse a aquella movilización de un viaje que prometía mucho más de lo que aparentaba, pues por la radio se repetía que convergían millares hacia el punto señalado.

En el interior de los coches estaban los rastros de un trayecto que se prolongaría por tantas horas como las recorridas hasta ahí. Pintadas en aerosol y restos de comidas servidas eran una constante en todos ellos.

El crepúsculo pintó de naranja las carcasas de los vagones y nuevamente el traquetear monocorde de las ruedas y las pálidas lámparas invitaban a sosiego y descanso de los viajeros. Grupos esparcidos timaban generalas y algunas madres calmaban a sus llorosas criaturas. El aire fresco de la noche penetraba a raudales por las ventanillas abiertas. Estaba previsto una discreta cobertura de seguridad vestidos de civil, esparcidos al azar y la asistencia sanitaria a cargo de un médico y un joven ayudante de lentes sin marcos con un brazalete de la cruz roja. Cada tanto recorrían los abigarrados compartimientos, auscultando el cabecear soñoliento de los pasajeros y fumando en el descanso entre los coches.

-Hay cada uno... -dijo el médico- No creas que el conjunto está motivado para lo mismo. Algunos aprovechan el viaje gratis a la capital.

Tiró la colilla en elipsis al vacío de la noche.

-No comprendo -dijo el ayudante alzando la voz- La falta de conciencia... No es ninguna gracia... ¿Dónde está la pureza?

-¿La gracia y la pureza? Los encontré en los rostros de los que mueren. Es decir están en la muerte... o sea en la nada.

-¡No puede ser! –exclamó el ayudante- ¿Y la inocencia? ¿La sonrisa de un niño, la corola de una flor que se abre al amanecer?

-Son sólo maneras... Medidos por nosotros si nos damos cuenta.

-Entonces ¿el arte o la revolución?

-Revistan el carácter de inocencia que es lo mismo –respondió tosiendo el médico, sus anchas espaldas encorvadas, oteando la noche saturada de aromas a hierbas montesinas.

-Y de ahí usted ¿para qué cura?

Una estudiada vacilación siguió a la pregunta. Carraspeaba el médico y en su mente desfilaron cuerpos considerados anatómicamente como una colorida lámina ilustrada, claveteada por aparatos y grandes organizaciones escindidas. Quizás hubiera sido correcto relacionarlas mentalmente como unidas a un todo universal que él trataba infructuosamente de hallar a través de la práctica en el quirófano. Ahora hurgaba la verdad unitaria a lo largo de un viejo tren de once vagones arrastrados paralelos a la costa del río.

-Rutina, pura rutina –contestó- No sé Renzo, vayamos a lo palpable. Una de las viejitas trae tierra colorada en una bolsita para entregarle al General. Se decidió por la tierra porque sus gallinas y cotorras morirían en el camino... ¡Una hermosa ofrenda!

-¡Ahí está la pureza! –dijo Renzo, adentrándose en sus pensamientos. Respondía con monosílabos y el médico reinició la ronda. Renzo permaneció equilibrándose en el descansillo. También él buscaba algo sin saber exactamente el objeto de sus cavilaciones. Necesitaba aferrarse con tesón a la idea de la revolución incruenta que creía verdadera, válida, irremplazable, con

una suprema esperanza de que los padecimientos sociales mermarían y que él vigilaría con su modesto aporte para que los ideales se cumplieran en el futuro. Iba decidido a frontalizar, viajando en pos de una seguridad que esperaba encontrar con sus compañeros en el evento, unidos con fervor por un solo sentimiento de pujanza alborozada por el renacer de esta sociedad.

Ahora tranquilo, justificándose el intento, quebrada las relaciones con sus padres que se oponían en Posadas, reconviniéndole que hay que ser osado para decidirse y viajar con esos roñosos peronistas, un muchacho como vos inteligente y apuesto de alta clase, dijeronle, aliviándoles las caganeras a los mamarrachos y cirróticos cabecitas negras, que jamás aprenderán a ser gentes y vos limpiándoles el trasero a los hijos de los mugrientos que cuando puedan nos darán con un hacha... ¡Con un hacha! habían gritado en la sala del comedor diario, las mucamas escuchando distraídas en la cocina.

Se sentía otro con ellos, se hallaba plenamente consustanciado y deseaba creer con todas sus fuerzas. Trabajar para los otros era la cúspide de la belleza. Tendría que comunicarle al médico donde radicaba lo bello, repitiéndose mentalmente el hallazgo.

Al principio no los tuvo en cuenta porque la abertura del vagón se abría cada tanto en la brusquedad de los sacudones. Se quedaron allí amarrados, él sosteniéndose de la pasarela. Parecían arrumacos pero ella se deshacía en arcadas y él la consolaba.

Renzo se acercó y arrió ostensiblemente el brazalete para que lo viera el otro, un hombretón rubio y fornido.

Aún con los vómitos, descompuesto el rostro en una mueca de dolor, ella mantenía una suficiencia de belleza morena de ojazos negros que lo observaban entre las compulsiones que le subían desde el abdomen, con recelo y tal vez rabia por hallarse así, la seducción paralizada por el malestar, vestida de satén escarlata brillante ajustado al cuerpo arqueado y zuecos de maderas.

-Nunca viajó en tren –dijo el rubio rodeando con sus manoplas el fino talle.

-Será mejor que la vea el médico en el vagón cabecera –explicó Renzo.

En el ruidoso pasillo mientras el médico la atendía en una improvisada cucheta dispuesta en el vagón de correspondencia transformado en sanitario por la inclusión de una mesita con elementos de primeros auxilios y un minúsculo equipo de cirugía menor, el gigantón se explayó sobre la organización del viaje pues no se le hubiera ocurrido que galenos pudieran estar cuidando el traslado.

-Imagínese –dijo- que nosotros en el monte tenemos que pedir por favor que nos manden uno cada tanto, un viejo doctor que se aviene de mala gana a recorrer unos cuantos kilómetros para tocarnos sin preguntar nada como si no le pagáramos. A mí no, gracias a Dios. Nunca me pasa nada salvo algunos resfríos.

De entre sus ropas sacó en determinado momento una petaca y la empinó bruscamente pasándose el puño por los labios.

-¡Ah! –exclamó- Aquí tengo mi tarjeta.

Renzo alcanzó a leer: “Castellano Locadio-Gerente Administrador” al parecer antigua por los bordes amarillentos.

-Para lo que guste –dijo Locadio. Se sonreía a medias, sus espesos bigotes rubios ampliados por la sonrisa, por mera cortesía nada más, por simple aquiescencia como le habían enseñado en la empresa, siempre atento con los semejantes por la posibilidad de realizar futuros trueques que podrían beneficiar a la firma. También siguió en su momento un curso complementario de relaciones públicas, un asunto fundamental puntualizaba el subgerente para los negocios modernos. Sin embargo, Locadio no desarrolló el aprendizaje en forma cabal por el destino que le asignaron, después de haberle pintado el oro y el moro. Pero no había perdido su predisposición y un cierto refinamiento superficial que servía de perillas con las mujeres.

Ambos se hallaban recostados en la divisoria del vagón de correspondencia transformado. Locadio hablaba y bebía. Observaba al ayudante de lentes sin marcos mas bien silencioso, rata de ciudad creyente, pensaba, con el cual había que ser amable y cortés por los beneficios prestados gratis, idea que le llenaba de satisfacción al pensar que también iba gratis en el tren, aprovechando la situación de peronista de la primera hora como se había expresado en la estación. Amenazado en forma constante y heroico resistente a la dictadura después de haber sufrido en carne propia las persecuciones, dirigiéndose en su verborrea al responsable del convoy, que llevaba a la sobrina para decir presente en el acto, largados desde las entrañas del monte para ver al General ¿qué le parece? Riéndose en sus adentros pues presentaría a los cornudos gerentes boletos falsos de pasajes para que retribuyan lo gastado más los viáticos correspondientes porque así como exprimen no sería tan pavo de dejar pasar oportunidades.

-En el reverso de la tarjeta está la dirección de la empresa –dijo- Para lo que guste.

-Es agotamiento –dijo el médico- Inyecté sedante suave para relajarla.

Locadio se inflamaba al relatar las penurias que acarrearán desplazamientos desde el interior. Las fondas ordinarias y pésima atención. Vivían en otro mundo donde todo está por hacerse. Pero a él le gustaba el desafío y la petaca rondaba sus labios. Este médico gangoso, pensaba, en vez de estar cómodo a esta hora del aperitivo sentado en pantuflas frente a la chimenea con una gatita, perdiendo un tiempo precioso, precioso... ¡Ah, Dios da pan al que no tiene dientes!, preguntando en alta voz si las hormonas de testículos de toro seco inyectables, guiñando un ojo cómplice, eran tan buenas como decían.

-Andá a controlarla –ordenó el médico a Renzo.

Renzo escudriñaba el amplio vagón transformado, las ventanillas bajas por donde rumoreaba con intensidad el rodar de la marcha, el entramado del piso de maderas, la cucheta vacía, el hule arrugado y moteado a la luz de las lámparas gemelas, el destello de pinzas y recipientes de la mesita rodante atada. En el rincón opuesto sacas de correspondencias hacían un montón desparejo, arrastradas allí por los cadetes de correos, desatentos y con urgencias, como si fueran bolsas de papas, en pasamanos en el andén a viva voz, primero el destino final y luego las intermedias en orden decreciente para no tener problemas de distribución, no sabiendo ni imaginando que el tren era especial y que las sacas volverían a origen dilatando las entregas a ansiosos destinatarios que se quejarían, sin dudas, por la demora y por el despelote del país en general.

Ahí estaba ella, entre las sacas, sin zuecos y sin disimulo alguno de descansar reponiéndose, semiescondida en la penumbra de la montaña de cartas. Renzo se agachó con la intención de levantarle pues podrían haber otros casos y era necesario cumplir con la misión, deteniéndose solamente para admirar el busto y la cintura cubiertos a medias por el satén escarlata, la respiración acompasada y el cuerpo adolescente tempranamente mordido por los signos de mujer madura y aún conservaba la idea de asirla creyéndola dormida, percibiendo el embrujo de luna cuando ella de pronto abrió los ojos, sorprendiéndole el brillo profundo y la amplia sonrisa, abrazándole prestamente –se empañaron los lentes- diciéndole “meu amor... gostoso”.

Nina no podía dormir. Se encontraba atenazada por el vaticinio de los amigos. Juan en particular quien se dirigía a ella con solicitud de enamorado, advirtiéndole de los posibles peligros que podrían producirse si se confirmaba que estaban armados. En la habitación del departamento había prendas de vestir esparcidas, vaqueros y blusas diseminados en los espaldares de las banquetas artesanales.

Habían planeado en “Chatarra”, el café de los estudiantes, hasta altas horas de la madrugada la disposición para el acto. No sería cosa que se desencontraran y el grueso del grupo perdiera cohesión pues había que demostrar que estaban firmemente decididos a hacer valer la sacrificada militancia.

Desviacionistas, murmuró Nina empujando las sábanas, ansiosa por el advenimiento del amanecer y sin pegar los ojos, sabiendo del derroche físico

que tendría que afrontar para no fracasar en el emprendimiento tan ansiado por el grupo. Distraída observaba los banderines, recuerdos de torneos de la facultad. Sería una verdadera fiesta de la lealtad encarada con la mente despejada y el corazón limpio. Sus escalofríos denotaban un nerviosismo incongruente, estiró el cobertor ¿sería miedo? Y se arrepintió de haber rechazado a Juan a la salida del café de golpe y porrazo como si fuera otra boca la que pronunciara la negativa. Si estuviera con él se ovillaría en el calor del velludo pecho y pasaría las horas previas cruciales protegida. Prendió un cigarrillo y el humo ascendió por el haz de luz amarillenta filtrada de las jirafas que iluminaban la desierta diagonal neblinosa.

Atropelladas imágenes rondaban su vigilia. Juan, Lito, la Turca, Analía, se superponían en un girar de voces tensadas sobre el sordo rumor como colofón en “Chatarra”. Los puchos revueltos en las borras del café, las horas que faltaban, la guita inalcanzable hasta fin de mes, en una vorágine de frases cortas pues no había resto para explicar ahora, a esta altura de los acontecimientos, la bajada de línea nacional y popular que se propugnaba y participaba, recostados en las sillas de cuerinas unos contra otros para no perderse y sentir el contacto entre las mesas colmadas de la confitería.

-Somos partícipes cada uno de nosotros de un hecho histórico –solemne Juan, espesa barba negruna, las manos entrelazadas.

-¿Y esto es la historia? –dijo Lito moviendo a risas.

-¿Qué querés? ¿Que venga la banda de música y un ujier que anuncie con pompa que entramos a la historia? –dijo la Turca.

-Es que no me siento histórico –ironizó Lito.

-Hay que actuar después viene la historia –sentenció Juan.

-¿Y qué estamos haciendo ahora? –reconvino Lito.

-Bueno –respondió Juan- Entramos en la boludez... o este está papeado.

Nina perdió los turnos de exámenes y entraría en recuperatorios el próximo mes. La carta inconclusa dirigida a sus padres descansaba en la repisa. En esta efervescencia ni siquiera se puede escribir, pensaba. Solo en eso, salir de esta interminable noche cuyo amanecer no llega nunca, como en un infinito sueño donde los movimientos retardados estaban sumergidos en un medio acuático y viscoso.

Juan y Lito se habían puesto a discutir otra vez.

-Cambio de opiniones –dijo Analía.

-La historia en sí es el hecho oficial registrado, el que queda en los anaqueles digamos –aseguraba Lito- Pero el dobléz, el condimento de toda esta mezcla son los detalles que corporizan los hechos.

-Eso es lo superfluo, el anecdotario –replicó Juan- Lo verídico, la raíz son las ideas conceptuales que llevan a cabo los hombres con los cuales producen hechos históricos que...

-Fijate –interrumpió Lito- que al final estamos diciendo lo mismo con distinto olor... Si tenés el hecho escueto sin saber a que hora salió el avión, que línea aérea es, los cúmulos nimbus...Es la sal que da gusto a la historia, viejo.

-...y una pizca de pimienta, orégano y laurel –dijo la Turca- y tenés la salsa completa ¡A los espaguetis!

El lejano sonido de un silbato agudo la sobresaltó. Era el tren a Pipinas, la máquina a vapor de las cuatro y media. Se detuvo en las reminiscencias del

algodonoso vapor que la cubría cuando niña en manos de su padre y no hacía nada, era una nube cálida que difuminaba el contorno, el mundo empañado en vapor intemporal. ¿Iría a morir mañana? ¿Sería este un acontecimiento histórico? ¿Su muerte? ¿Eso es lo que se siente?

-Una nube de algodón... -balbuceó y se durmió.

Se despidieron en la barahúnda del andén. Renzo entregó su insignia de la cruz roja y lo abrazó.

-Recuerda –dijo el médico- Siempre buscando la verdad aunque seas ridículo.

-¿Y si te hacés pomada en el camino?

-Es un problema tuyo. Adiós Renzo. ¡Cuidado con la brasilera! –advirtió el médico con una carcajada a modo de despedida.

Renzo se alejó con la comitiva. Lacroze era un hervidero. Arribaban convoyes en un hormiguar jubiloso de cánticos y exclamaciones que alimentaban un supremo rumor de torre de babel que golpeaba los turbios tragaluces donde respunteaba un anaranjado amanecer.

Hasta Vélez fueron en ómnibus. Acomodaron los bombos y carteles arrollados en tacuaras. La viejita de Santa Ana comía parte del avío: milanesa de mondongos y batatas asadas. Amanecía. La ciudad sacaba sus porteros, gamuzas en mano haciendo brillar los pasamanos y picaportes dorados. Los quiosqueros vocingleaban los títulos en la destemplada mañana en las esquinas. Las avenidas estaban aún iluminadas y los semáforos repetían sus colores en los techos de los automóviles estacionados. Patrulleros de la

Federal salían disparados por calles adyacentes. Fuera de eso la adormilada ciudad se desperezaba como un gigante ciego.

Estaban preparadas las ollas con un aromático mate cocido caliente. La repartija se hacía ordenadamente. Panecillos –eran uruguayitos- se daban en el subsuelo de la cancha de fútbol. Estaban con otras delegaciones que también recalaban en el lugar en columnas vivaces y atronadoras, que repetían el acto de beber infusiones en vasitos de plásticos que paulatinamente se amontonaban en los rincones de los vestuarios.

-¡Vamos! –vociferaba un gordo, no tendría más de treinta años- ¡Pasando!
¡Circulando! Tenía una grasienta carpeta con papeles arrugados y empuñaba un megáfono.

.¡A no perderse compañeros! –atendía a uno de birrete verde quien discutía por un neumático pinchado.

-¡A pie! –gritaba el gordo- ¡Que se vayan a pie! ¡No me rompan el esquema! ¡A ver los misioneros! ¿Dónde milonga están?

Renzo estaba aturdido. ¿Quiénes eran los referentes? Un vendedor de cintas nacionales y el rostro del General impreso soltaba alaridos cerca de Renzo.

-¡A grito pelado! –dijo la viejita de Santa Ana. Había un cerco de brazaletes rondando las escalinatas y los baños. El gordo del megáfono se acercó.

-¡Rápido! –exclamó con ronca voz- ¡Che! ¿Sos loco? ¿Trajiste el asilo? ¡Hasta Richieri! ¡Misiones al interno! ¡Repito! ¡Circulando! ¿Qué es eso? ¿Tacuaras?...¿y las plumas? ¡Hay que ser!

El portero eléctrico sonaba insistente. Nina entreabrió los ojos. Imaginó haber dormido una eternidad pero solamente habían pasado dos horas o un poco más. Era la voz ronca de Juan. Una débil claridad se insinuaba por el ventanal. Soñolienta miró otra vez la hora. Tenía la ropa puesta. Juan la besó. Traía el frío del amanecer en el gamulán.

-¿Tenés café? –dijo dirigiéndose a la cocina- Un día como los dioses se viene... Los colectivos estarán en 1 y 49 a las ocho en punto.

Nina se bañaba con la puerta entornada. Juan tarareaba una canción de moda.

-Parece que amaneciste divertido –gritó Nina.

-Me siento raro... No sé. Debe ser la felicidad.

-¿Qué...?

-¡Será la felicidad! –gritó Juan.

Nina se envolvió con una bata y con la toalla se secaba los cabellos.

-¡Es un día feliz amor! –dijo Juan abrazándola- A ver, a ver... Movía sus dedos por debajo de la bata.

-Quieto señor.

-Sí, sí –insistió Juan- Para que sea un día completamente peronista.

-No, no. Hoy la lealtad está por encima de todo. Es un sacrilegio. Mirá... el café hirvió.

-Sentate. Te contaré algo –dijo él. Buscó las tazas en la alacena y las cucharitas. El fuerte aroma a café hervido hizo estornudar a Nina, fregándose los cabellos. Sintió frío y fue a la habitación.

-¿Escuchaste o pasa un tren?

-¡Ya voy! ¡No seas hincha!

Cuando volvió con el secador se dio cuenta del bulto arriba de la mesa. Le interrogó con la mirada.

-Un bufo –dijo él.

-¿Así tranquilamente? ¿Para qué?

-Sentate corazón –cariñosamente beso de por medio- Los montos vienen marchando.

-¿Ellos?

-La columna sur avanza por detrás –calmo sorbiendo a tragos cortos.

-Y nosotros... ¿qué...?

-Esperamos directivas. El palco y los alrededores son nuestros. Pero esto va mucho más que eso.

-¿Mucho más de qué?

-Eso le pasa a usted por estar dedicada al amor de este hombre y no concurrir a las reuniones.

¿Será posible? Se preguntó Nina. ¿Se perdería todo? Hacer el amor, pensaba, discutir en Chatarra, cola en el comedor universitario, pasear por el bosque, cuchichear en la biblioteca, mantenerse en vela estudiando para los exámenes, cobrar la beca, desafiar a la cana en las marchas sintiendo el fervor de sus compañeros por la causa tan poderosa, irresistible, indómita que requiere sacrificios totales, ¿se perdería todo?

-¡No, no! –exclamó abrazándole.

-¿Qué bicho te picó? –exaltándose- La revolución es una y la haremos entre todos. Conciencia doctrinaria, compañera. Cambiate y rajemos.

Juan era un tipo que ella admiraba. Se preguntaba a veces si no sería encandilamiento. Muchas de sus amigas la envidiaban ya que Juan, además de ser deportista, era un hábil dialéctico en los mítines donde su verba encendida persuadía a sus más enconados opositores. También dirigía una élite anotada en las diversas facultades, “Los roperos”, dispuestos a hacer valer sus estrenados organismos en las asambleas y comicios estudiantiles.

-Apurate flaca, hoy se arma la gorda –dijo él metiéndose el revólver en la cintura.

Un pálido sol dominaba un cielo celeste lánguido. Cada tanto bolsones de aire frío azotaba los rostros de los caminantes. Encolumnados tras los estandartes, ocupaban las vías de la autopista. Atrás dejaban un horizonte de rascacielos perdidos en la bruma matinal. Amarillentas campiñas se alternaban con barrios suburbanos y bloques de departamentos. Veloces helicópteros zigzagueaban el ondeante cordón humano que lentamente ingería la cinta gris, realizando el último tramo de una travesía que para muchos de ellos había comenzado con días de antelación.

Renzo vibraba en su interior. Era un cosquilleo en el estómago. No tenía apetito. Acompañaba a su alegre grupo dando chupadas al mate, cantando esporádicamente, arengando. La persistente “Yarará”, bandita de Villa Blosset, ejecutaba redoblantes y timbales en un ambiente de carnestolendas, dándole un toque distinto a los sordos de los bombos. Eran mozalbetes, algunos de

ellos escapados de sus hogares para sumarse, entre divertidos y solidarios, a los compañeros en la patriada.

-Estamos haciendo roncha, Renzo –dijo el que dirigía- fijate como nos miran.

Era evidente que desentonaban. Pero Renzo colegía que también los demás tenían sus propias exteriorizaciones. Había ponchos, binchas, quenas, cada uno mostraba su tipicidad natural sin ostentaciones como la delegación nordestina con mates de porongos que circulaban a toda hora y la desopilante bandita. Cualquiera diría sin levantar la vista al cartel identificatorio: estos son de Misiones.

-¡Ay como extraño mi aire! –decía Renzo suspirando. Y más se le acrecentaba el extrañamiento al pensar que sería definitivo su alejamiento del solar añorado. No podía volver por su amor propio herido. Tendría que buscar trabajo, estudiar, demostrar que las épocas de dominación patriarcal estaban caducas. Presentía una hazaña personal. Resolvería después del acto. No deseaba pensar donde iría a parar después de esto. Lo dejaría para el momento justo en que solo se preguntaría, presumiblemente en un bar, bueno ¿y ahora qué? Pero no estaba asustado. Tenía la experiencia anterior de su estadía en la gran urbe, machorra y castradora como la llamaba a Buenos Aires, intentando estudiar y fracasó. Ahora sería distinto, llegaba con otra fe.

La abuela marchaba rezagada, prolijo vestido floreado y pañolón negro.

-Voy bien –dijo- Mientras tenga avío y buen boyero lo demás es cuento. Ocho leguas no son para asustarse.

Renzo pasaba de la alegría a la depresión. Quería que la caminata durase siempre, que caminara acompañado tras un objetivo perdurable, lazos

fraternales que sin explicaciones los unían en una forja común. Era la manifestación auténtica del pueblo.

-Vamos muchachos. No se cansen que veremos pronto a nuestro jefe –decía la viejita.

Nina trataba de distinguir hacia delante entre los cientos de quepis y carteles la figura de Juan. Era un intento vano, ella lo sabía, pero lo hacía para tranquilizarse. Juan sugirió que marchara atrasada por las dudas y que allá se mantuviera alejada del epicentro ya que las noticias que se divulgaban no eran muy halagüeñas. Se intercambiaban frecuentes opiniones sobre los desplazamientos a través de comunicadores de comandos. Por más que Nina tratara de aparentar sangre fría frente a sus compañeros, no lograba vencer un presentimiento que le compelia el ombligo hasta sentir náuseas.

-Si seré floja –dijo. Tenía el pañuelo manchado de café diluido. No notó los helicópteros que cabriolaban y desaparecían, ni el sol alto, ni la ruidosa bandita que iba a sus espaldas. Sentía flojedad en las piernas y punzadas en las articulaciones que la retrasaban de su nutrida columna. Las imágenes de manadas desesperadas en la llanura se agolparon en tropel a su mente. El rezagado siempre muere, es el elegido para mantener el equilibrio del sistema, pensaba, ¡qué me importa! Equilibrio mental es lo que necesitaba frente al león o tigre que acechaba agazapado, que únicamente las cámaras podrían descubrirlo en las series vistosas del África ¡Dios mío! ¿Iría a morir? Sin embargo, alrededor era una batahola continua como si fuera una procesión pagana después de los rezos. También las hienas atisbaban el potrero, pensaba, y ¿estos payasos? Estos sí que están en otro mundo... ¿o era ella?

Los sonos de los redoblantes y el bombo mayor tronaban como si hubieran esperado desde el nacimiento despertar aquel batifondo, incansables en sus ajetreos batuqueros, ¿también las yararás aguardaban al último de la manada? Percibió un brazo firme que la sostenía.

-¿Necesita ayuda? –preguntó Renzo.

Así como en las películas, pensando, situación pueril, amorfa, escapado del celuloide mientras se patentizaba un principio de vómito. De reajo barba de tres días, anteojos sin marcos, una mirada de niño abandonado y de actitud solícita. Un idealista inútil. Tomó el mate espumoso que le ofrecía. Después vomitaría el verde sobre los reflejados lentes. Se arregló los cabellos maquinalmente. Se fue calmando, enfrascada en la conversación del que dijo llamarse Renzo, encargado del grupo misionero, gente simpática y dicharachera. Entre cachadas Nina retomó su aplomo y se consideró una tonta haber pensado aquellos dislates. Bebió un trago almibarado de caña blanca que le quemó la garganta y tosió escandalosamente.

Un caballo criollo avanzaba cubierto de cintas y vinchas.

Nina se sentía segura, reconfortada por las atenciones del grupo al cual consideraba despreocupado y bullanguero que le transmitía calidez, imaginando que no sabrían de los preparativos mientras hablaba con Renzo sobre las propiedades de la yerba mate.

-Decime...¿Ustedes saben algo? –se animó a preguntar.

-¿Algo? –sorprendido. Su perfil se contrajo a medias. Nina se arrepintió. Mejor sería que prosiguieran así. Pero era imperioso que él tuviera alguna noción. Por lo menos que ella insinuara que podía ser posible y ocurrir. Entonces el

dirigente estaría en condiciones de accionar. De lo contrario irían a la boca del lobo. Aparte si explicaba la desligaba de un futuro arrepentimiento por si se enterara que sucedió.

-Nobleza obliga –dijo ella- como dice mi padre. Ahora era ella la que denotaba seguridad, la que trataba de infundir confianza ya que poseía información fragmentaria pero que servía para estar preparado, viendo el desvaído rostro de Renzo, su responsabilidad y deber frente a las incógnitas, compartiendo con Nina un secreto. Le volvieron los miedos pues ¿de qué servía saber en forma íntegra o a medias si no había escapatoria? Justo a ella. Era una tonta, pensando, más que eso una reverenda idiota, por unos mates y unos pases de carnaval se arrepiente y avisa, escupiendo a las inocencias, una mácula en un fino tul sin solucionar nada.

-Dejalo así. No cuentes nada –dijo.

Lito y Analía llegaron jadeando por la corrida. Estuvieron buscándola. Juan y los roperos se internaron por un camino vecinal. Se encontrarían en el palco, preparados para una posible defensa. La Turca estaba con el resto adelante. Ella quedaría con los misioneros, gente muy macanuda, enfatizó.

-Pero Juan nos recomendó que....-alcanzó a decir Analía.

-¡Me importa un pito! –replicó Nina

TRES

Haberse visto. Locadio trataba de no tropezar en la lujosa oficina. Sus botas de media caña estaban limpias y lustrosas. No conseguía dominar sus impulsos. Desparramaba en forma involuntaria los papeles sobre el cristalado escritorio. El circunspecto subgerente –entrevistarse con el gerente fue imposible-comprendía. Pero las cifras del aserradero cantaban. La producción mermó unos puntos por debajo de la normal. Explicó por enésima vez que si la curva es declinante el negocio dejaba de ser rentable.

-Elemental –dijo paciente, una vivacidad de persona cauta y reposada apresando la mirada del joven unos segundos.

Locadio juzgaba perdidas sus esperanzas de un aumento inmediato. Siempre pasaba lo mismo. Mientras no echara abajo todo el monte existente estos cogotudos no darán brazo a torcer. Ya se le ocurriría como resarcirse por los años trabajados. Había que seguir el juego mientras tanto. Insistía en que el gerente le recibiera. Tendría que saber que faltan repuestos, las lluvias paralizantes, escasez de combustible. Una cosa es estar sentado ahí, decía sin apasionamiento intuyendo que el pelado no le franquearía el acceso. A pesar que si lograba se desatinaría en aquel enjambre de secretarias con agendas y teléfonos sonando en diversos tonos que no le prestaban atención. Y eso que se puso brillantina y pañuelo rojo al cuello, plena libertad presentía, que ellos envidiaban en sus fueros íntimos, esclavos como estaban a los horarios, trajes y corbatas, las luces artificiales y las pastillas de mentas.

Se vistió así para distinguirse, a sabiendas que llamaría la atención, para hacer notar que él era bicho de monte, donde lanzaba un grito a pulmón batiente y el

eco de los pinares traía al instante su respuesta cargada de resonancias. Pero se sentía cansado de los trajines y problemas. Deseaba estar en el futuro como el pelado, displicente en el mullido sillón, con secretarías sigilosas y voces suaves que hablaban códigos indescifrables, pensando ¿cómo serían en la cama estas blancas putitas sin tetas? Además para darse importancia y poner de relieve que no andaba con vueltas estaba Meliquia a su lado.

-Exótica flor del trópico –dijo el subgerente.

Meliquia estaba sentada bien erguida al parecer con veinte libros sobre la cabeza. Locadio se alegraba de que por lo menos el subgerente apreciara su gusto. Había captado el destello de interés en la mirada y suponía le valorizaba a través de su novia como la había presentado. Flor exótica, dijo el subgerente, besándole la mano con gesticulación de caballero. Meliquia se ahogaba hundida en un traje cuadrillé que reemplazaba al escarlata subido, pensando Locadio, que la mona por más que se vista de seda mona queda, pues la elegancia demostrada no disimulaba la abertura de piernas al sentarse, el chasquido de lengua en caries en el momento menos oportuno y el descalzarse a medias bajo el escritorio.

Pero al fin de cuentas le haría pasar para explicar al gerente –si éste tiene un hueco en la abultada agenda- y que se despachara a placer sobre el aserradero. Y si deseaba podía llevar las carpetas con las cifras actualizadas, inicialadas por el propio subgerente que eran una garantía que fueron analizadas y no olvidarse de prometer un incremento promisorio en la producción. Pues al fin el pelado comprendía la extrema necesidad de que la empresa tenga hombres con salarios dignos al frente de los establecimientos,

cae de maduro ¿qué pasaría? Nada en especial, pero habría cierta indolencia, cierto desapego en el cuidado de los intereses de la firma, estimándose como probables que las metas resultaran trucas y perjudiciales. ¿Por? Por ahorrarse unos pesos en el sueldo de un encargado que rendía y prestaba la franja productiva del hombre: sus años de vida. Estaba contemplada la posibilidad. Tendría que ser moderado en sus planteos, decía, pues al gerente le resulta fastidioso la vehemencia y exageración. Locadio agradecía la molestia que se tomaba para concertar la cita a más tardar ya mismo hablando por el tubo.

Locadio no cabía en sí, sorprendido por el brusco viraje en la entonación de las frases del subgerente. Era la primera vez que sobrepasaría este escalón. Agradecía Locadio esta deferencia que clarificaba que estaba equivocado en sus apreciaciones con respecto a las intenciones del jerarca, señalando que se hacía justicia con su persona, humilde laborante y fiel empleado.

De nada valía perder tiempo. Tenía la entrevista concertada que de por sí justificaba el viaje, abonados a cambio de comprobantes falsos que presentó. El cadete de mayordomía indicó con un gesto que lo siguiera. Cabría suponer, escuchó, que no se demorara en los pasillos y concurra a la brevedad a sala de gerencia, teniendo en cuenta los compromisos y las audiencias suspendidas por el gerente para recibirle en forma especial, sin la compañía de la novia por supuesto pues era notorio que sería una broma de mal gusto anunciarse como si fuera un turista. Al contrario, las apariencias de hombre solitario en la capital reforzarían su pedido y concretado correría de nuevo a sus labores. Convencido de que el pelado ofrecía sobrados argumentos

poniéndose de su parte, Locadio apresuró sus pasos tras el cadete por zaguanes iluminados por fluorescentes y puertas corredizas.

Locadio midió cada centímetro de la estrecha sala de gerencia. Se hallaba solo esperando con ansiedad que la puerta se abriera. Se escuchaban voces y timbres. Contó las ranuras de frisos esculpidos y los dibujos geométricos de los sillones, masajeándose el ombligo y sacándose cera de las orejas con el llavero. Murales coloridos decoraban el ambiente. La oficina de gerencia era más espaciosa que la anterior. Cuadros y plantas invernales adornaban el lugar. El gerente se hallaba ensimismado en pliegues que Locadio trataba de discernir. Era menos obeso que el subgerente y cuando habló la voz se le antojó chillona.

-Hable que escucho –dijo sin despegar la vista de los folios.

La audiencia duró poco más de cinco minutos. Locadio se olvidó de la mitad de su petitorio. Las palabras cortantes, altisonantes y posesivas intimidaron sus convicciones. “Indudable,. Inapropiado, aténgase” y por último “concedido” con condiciones de mayor producción y que no olvidara hacerle conocer a la novia pues se enteró de la candidez y belleza de la dama que eligió como compañera de vida lo cual era digno de admiración. ¡Ah! Incluso procederían a liquidar sus haberes devengados más los retroactivos que correspondan en el acto, sin alzar la vista, apretando el botón del automático e inclinando suavemente el ángulo de la comisura para despegar la línea de labios fruncidos en forma perentoria.

Habrase visto, pensaba Locadio, la suerte que me trajo esta brasilera. Amanecí con el pie derecho y eso que hoy es feriado nacional. Al fin se

pusieron al día. Y él que no trajo ningún presente, si será bruto, una piel de yagueté, rapaduras, arcos o flechas, canastos, algo para agasajar por los miramientos que tuvieron en reconocer su esforzado puesto. Que le importaba que hubiera tiroteos en una distante concentración, escuchado al pasar en un informativo por una oficina tras el cadete veloz, si al fin estaba en el pináculo de la popularidad después de tantos años para seguir ascendiendo en el porvenir. Llevaría a Meliquia, pensaba, a la gran joda porteña, ahora desesperada quizás por la tardanza, pero ¡que va!, el subgerente haciendo gala de su extrema amabilidad para con la chica, dijo la sigilosa secretaria de voz meliflua, la llevó al parque de diversiones pues se aburría y andaba descalza imagínese en nuestras oficinas alfombradas ¡descalza!

Nina estaba arrepentida. A cada paso que hacían sus compañeros alejándose apresuradamente, ella realizaba un gesto de acompañamiento con la mirada pero quedaba detenida hasta que Analía y Lito desaparecieron en el tumulto. La marea humana tenía su propio diapasón sincronizado. Todos estaban jugados menos ella. Cuando llegaba el instante crucial en que tenía que decidir, se inclinaba por la abulia y la comodidad. Renegaba, en un segundo irreflexivo, los años ofrendados en pos de un ideal. Cuando era necesario demostrar en situaciones álgidas la templanza inculcada, borraba las huellas de un martirizado y espinoso camino en un santiamén.

Analía y Lito comentaban en el grupo la rara actitud de Nina. Sería el estado nervioso de las últimas horas, su preocupación por Juan y las noticias de

encontronazos en las inmediaciones, desproporcionadas por comentarios orales que se extendía como una mansa ola y volvía agigantada para diluirse nuevamente en otro comentario.

¿Desertaría? No. No se le ocurría poner en práctica una aberración semejante. Simplemente era tomar distancia, ser objetiva, no complicarse, “no te metás” le decía una voz socarrona. Al contrario, era producir un novísimo estadio a partir de la supuesta insolidaridad con el grupo, pensando, pura fachada si los acompañaba a su manera, que respeten y presten atención a su postura. Ellos tenían el deber de solidarizarse con ella, la amiga del jefe.

Renzo versaba sobre la historia de los guaraníes, la concepción del mundo y las moradas eternas de la tierra sin males, soltando palabras en guaraní que a ella le resultaban difíciles de pronunciar.

Renzo dispuso los estandartes de un extremo a otro de la menuda delegación. El centro ocuparon las mujeres, agotadas tras el esfuerzo de la caminata. Formando un cerco de resguardo el resto, defendiéndose de las avalanchas que procedían de los cuatro vientos. Formaron un cordón humano para que no los pisotearan y resistir la presión que en forma interrumpida avanzaba sobre ellos. Esta constante preocupación por el destino de las embarazadas y ancianas, impidió que Renzo no constatará que se hallaba a medio centenar de metros del imponente palco oficial. Fueron inmiscuyéndose hasta encontrar un claro en el maremagno de militantes. Después de todo ellos querían participar en vivo de tal aluvión y cuanto más cerca mejor. No harían un viaje de mil kilómetros para rondar desde fuera tamaño espectáculo.

Renzo al parecer se había ganado una formidable amiga, que lejos de incomodarse por las bromas decidió estar con ellos abandonando su propia caravana. Renzo deseaba preguntarle que diablos quiso decir con eso de si sabía algo, que lo intrigó sobremanera al comienzo, pero no quería pecar de desinformado y mantenía una actitud de comprensión y dominio de situación frente a aquella bella porteña.

Una orquesta atacaba desde el monumental palco los acordes de tangos y vidalás. El viento traía el sonido de remotas sirenas. Un globo blanco unido por un cable a tierra, se hamacaba en el aire con un pequeñísimo espectador encaramado bajo el solaz del mediodía.

-Tengo malestar –dijo Nina.

Una lenta ambulancia se abría paso a través de la muchedumbre. La estridente sirena y los haces de luz roja rumiaban en el bloque compacto que se cerraba tras ella.

Renzo estaba convencido que los incidentes eran parte natural de toda aglomeración. Desmayos, partos prematuros –que dejaban cuajadas sanguinolentas en el asfalto-, arremetidas violentas entre las delegaciones por los espacios, las escaramuzas por los cánticos antagónicos, presuponían situaciones límites y controlables. Todo enmarcado en un esplendoroso día que producía una embriaguez por el lozano y plácido sentimiento íntimo de voluntades soldadas por un invisible cordón umbilical pese a todo. A pesar de las diferencias los hechos eran tal vez normales, pensando Renzo, que sin olor de cuerpos apretujados no había corazón de pueblo. Sin embargo, el tronar de los altavoces advertía consignas y consejos que despertaban en Renzo un

vago resquemor de inseguridad frente a fuerzas invisibles y poderosas que manejaban derroteros y ubicaciones planificadas que harían trastrabillar el acto, maldiciéndose por el desconocimiento banal producto de su estupidez provinciana, que no le impediría sostener una metralleta si fuera menester. Ahora que las primeras balas silbaban alrededor, secas detonaciones –las de las películas retumban- cuerpo a tierra de bruces sobre orines y desperdicios, abrazado a ella que lo miraba fijamente, quería una de verdad. Tal vez una bala perdida haría añicos sus empañados lentes, entre cejas de tan certeros que parecían los disparos, pensando, chafalonías de fal cuyas trayectorias desviaban columnas del alumbrado y en una loca danza se incrustaban en cuerpos al azar, besándola pues ella se ofrecía desesperada y tensa.

Los músicos desaparecieron del palco y también el globo blanco en el cielo azul.

Y la besaba con un impulso de bestia moribunda con el postrer hálito de vida que le restaba y aún percibió la sensación de frescura de sus labios, pensando, que deseaba respirar el secreto de algo no respondido, demostrando su ignorancia supina pero se atenía a las circunstancias de estar desarmado y ser carne de cañón.

-Seguime besando –susurró ella salivosa en el oído. Era un universo propio, resistente y aislado, rodeados de alaridos y detonaciones zumbantes, pisoteados por exasperados perdidos que giraban en el atolladero.

“Los roperos” estaban agazapados en el flanco sur del palco. A una señal de Juan desenfundaron sus armas y el tramo que los separaba del tanque australiano fue cubierto en segundos, ágiles virando hasta esparcirse en un pequeño radio.

Más allá se extendía en declive un manto pardo de pastizales y en lontananza islotes estáticos de árboles circundantes. Juan tenía el rostro sudoroso pegado a las tibias chapas del tanque. Protegería el sector pues Pomelito y los otros irían al este. Observaba en silencio a sus camaradas elegidos entre los recios de la policía, fieles intérpretes de los dogmas y estrenados rigurosamente. Muchos de ellos estaban inscriptos en carreras universitarias y provenían de hogares humildes y violentos. Juan los estimaba como hijos y si caía algunos de ellos, juraban con un odio visceral sobre el cadáver la venganza a corto tiempo sin dilaciones. A medida que fueron intensificándose las acciones fue creciendo la notoriedad de la facción, temidos y maldecidos en el ámbito estudiantil. Alimentaban su malévolos prestigio, desplantes y fracturas de asambleas utilizando cadenas y bastones, provocando incendios e incluso amedrentaban con armas de fuego.

Los disparos cesaron en las inmediaciones, salvo lejanas detonaciones aisladas. La concentración volvía a su francachela estruendosa. Juan no concebía que se hubieran acercado tanto. Pomelito y los suyos estarían barriéndolos en las cercanías. Desde el entramado del palco el coronel hizo una señal. Juan ordenó el retiro momentáneo de la zona. La calma renació. Las ambulancias avanzaban en el marasmo de la muchedumbre. Juan permaneció adherido a la convexidad de las chapas canaladas en cuclillas, con

el frío caño acariciándose el cuello. Se rascó la barba. La franja de terreno estaba salpicada de cápsulas servidas. Bullía su sangre. No alcanzaba a discernir se era de bronca, odio o frustración. Quería blancos a la vista. La tarde desbordaba un sol pálido y cansino. Su madre estaría sorbiendo mate dulce en chancletas, pensando, en los adornos del mate y en Nina rebelde y miedosa ¿dónde estaría en esa inmensidad? El carraspeo de la portátil advertía que retornara a su posición. Sentía un placer estar en la quietud como al borde de un abismo, agachado y solitario, un símbolo majestuoso de lealtad, síntesis de millones admirándolo, regocijados en sus pensamientos donde el sentido de lucha, resistencia y valor daba paso a una languidez placentera y relajante. Se desabrochó la hebilla del cinto. Quizás por eso o porque el viento soplaba suavemente en contrario no oyó el clamor de estruendo, sino que le llegó sordo y amortiguado –como un gol en un estadio- en una fracción que no precisó con exactitud al unísono con el carraspeo tipo descarga donde dos palabras se colaron nítidas y punzantes “mirá arriba” y pudo precisar el reflejo brillante del fuselaje del avión antes que el rugir de las turbinas como si se desplazara en una maniobra de aeromodelismo, las ventanitas minúsculas para abarcar el colosal conglomerado humano y la trompa aguda hendiendo displicente el aire destemplado de la tarde. No sintió la estela de explosiones que descerrajaban las turbinas –como los chasquidos de sábanas al fuerte viento- porque el impulso fue mayor irguiéndose de golpe al grito de “¡Pocho querido!” cuando una tensión potente, como el romperse una rama seca, engendró mil ondas centrífugas levantándole liviano como una plumita y caer acribillado entre las cápsulas servidas. Era el 20 de junio de 1973.

-Es una cosa natural en ella –repetía Locadio frente al auxiliar policial que destinaron.

-Oiga... Por unos kilos de peras y uvas no podemos parar –dijo el auxiliar- Hay muertos en Ezeiza. Comprenda que la estantería se viene abajo y usted se niega a la ley.

No. No había evidente negación a cumplir con la ley. Eran las explicaciones previas que Locadio quería dejar sentado pues no se trataba de un robo como comúnmente se conoce, decía, sino un simple tomar las frutas porque ella jamás vio peras y uvas de semejante tamaño, color y carnosidad.

-Son productos de la tierra, señor auxiliar, que ella consideraba puestos para ser admirados y eventualmente ingeridos, embelesada con los frutos pues estoy seguro que nunca se imaginó que existieran así.

-Una minucia –dijo fastidiado el auxiliar.

Pero él deseaba dejar constancia, firmada si era posible, que se trató de un acto impensado sin intenciones de dañar o subvertir el orden como insinuaba el auxiliar, un hecho banal a todas luces...

-Imagínese si todos hicieran hechos banales como este –replicó el auxiliar.

-Ella está arrepentida –insistía Locadio- Se nota en el rostro, había que mirarla y darse cuenta. ¿Le parece que merece un castigo?

-El valor de las frutas hurtadas más la multa –repuso imperturbable el auxiliar, enfrascado en la lectura del diario vespertino. Dejó a medias en la máquina de escribir el acta para el tribunal. Un nervioso ajetreo dominaba la espaciosa

oficina policial cuyos globos blancos estaban encendidos a pesar de la claridad colada por los ventanales. Corridas de uniformados respondían a órdenes inaudibles y civiles deambulaban por la sala de espera.

Locadio se preguntaba si valía la pena proteger a Meliquia o que directamente la metan en la cárcel. Abandonarla a su destino para que aprenda de una buena vez. Regresar de inmediato al monte con el fajo de billetes que cobró. Sin ella promotora de papelones. La dejaría que se pudra en la ciudad. Pero él la vendió sencillamente; no merecía una afrenta tan cruenta, pensando, no la vendió: se dieron las circunstancias acordes con el momento. La habían pasado los gerentes con altura y elegancia, uno por turno. ¡Que inteligentes! Mientras él esperaba a sabiendas que la habían llevado a un motel para consolarle. Locadio necesitaba que Meliquia confesara que fue un acto natural. Era imprescindible dijera que fue un acto propio de su naturaleza donde no existió coacción de su parte. Sí, se sentía reconfortado. No la vendió. Fue una jornada provechosa.

Ella cantaba en el baño jugando en la bañera. Dijo que ese día tomó cuatro baños, cinco con éste; querían que se bañara antes y después ¿por qué Locadio? No fue natural, dijo, pero ellos necesitan mucho amor.

Bueno, el fin era idéntico. Locadio alisaba los pesos habidos mientras la oía canturrear en el baño, no sabiendo de las semillas, gajos y pedúnculos debajo de la cama, con fruición besadas y acariciadas antes de masticarlas en secreto, presintiendo el enojo de él por comer y paladearlas fuera de horario, haciendo morisquetas delante del espejo del baño, recordando la ambrosía que preparaba su padre, el jugo chorreándole por las comisuras, riéndose del

morado paladar que dejaba el tinte de las uvas, madres de aquellas que existían en su tierra... ¡Mea terra! suspiró.

Había que defenderla. Cometió una estupidez al dejarle sola. Se escapó a la feria existente frente al hotel en Constitución, recorrió ella en chinela la plaza de punta a punta. Le atraían los cajones, escaparates de frutas lustrosas y coloridas, dispuestas en apretados triángulos a la vista, apetitosas y tentadoras, sin mayores miramientos en tomarlas al pasar y mordisquearlas allí mismo y, por eso, sin despertar sospechas porque se trataba solamente de dos o tres, acarreadas después en mayores cantidades a la pieza del hotel.

Meliquia no prestó atención a los grupos de manifestantes que regresaban desperdigados, sucios y cansados, algunos echados en los jardines de la plaza, otros abrazados rumbo a la estación, plegados los carteles y los silenciosos bombos a cuestras, tragados por el tránsito. Tenía la mente fija en las frutas.

-Una minucia –repitió el auxiliar.

Las pruebas eran positivas. La vieron pasar con el bulto envuelto en las faldas, la enagua a la vista y la irrefutable declaración de la mucama que al barrer la pieza halló los residuos debajo de la cama. Esas son las pruebas. Además la documentación. Una ajada acta de constancia de un juez de paz remoto no era válida. Se requería los de inmigración. Habría que demorarla si fuera preciso en averiguaciones, una chimba fronteriza como cientos que pululan en la capital.

-Un sano consejo –dijo el auxiliar- Pague y tómese el buque antes que me arrepienta.

Meliquia se escudaba tras Locadio, temerosa y compungida. Le gustaba el joven policía, su apuesto uniforme e indiferencia. Le daría un mordiscón en la oreja. Se le venían las ganas. A través de la ancha falda deslizó los dedos por el pubis y los acercó a la nariz de Locadio.

-¡Reloca...! ¡Únicamente a mí! –masculló Locadio y rápidamente pagó y firmó el acta.

Se detuvieron en un bar al paso en los subterráneos de Retiro a instancias de Nina. Amanecía. Oleadas de oficinistas y operarios con bolsones al hombro hacían girar los molinetes. También desprendidos racimos de manifestantes silenciosos se dirigían presurosos a los coches iluminados.

-Con él siempre venimos aquí –dijo Nina.

Renzo contemplaba a través del vidrio el desfile interminable de trajes y overoles, escuchando el escape de aire comprimido de las máquinas y el metálico son de los molinetes. Tenían ellos un destino fijo, un horario determinado, pensaba, por lo menos la mayoría de los que pasaban. Sus rostros hablaban bien a las claras que estaban orgullosos de poseer un empleo aparentemente bien remunerado, sus prendas así certificaban, servían para algo, el tiempo era de valor superlativo para detener siquiera la mirada en un bar al paso, pensando, que si por casualidad observaran imaginarían que los pobres de adentro están perdidos en la gran urbe, regocijándose por el desquite pues quizás ellos también sufrieron esa indiferencia que repetían como premio mayor de la ciudad.

-A Juan le encantan los subtes...-dijo Nina- El vértigo, los rieles, los conos de luz y sombra...

Pidieron café con leche y medialunas. Renzo se sentía perdido. Arribó con la esperanza de que la jornada de recibimiento al General iba a ser duradera, que sería una espera ilimitada y cuando el final se presentara por si acaso, él tendría la diestra solidaria de sus compañeros que no le abandonarían en el trance. Sin embargo, tuvo que esforzarse para ayudar a embarcar a tantos en su misma situación y sostener con su esmirriado peculio los pasajes y apoyar a varios heridos al término de la concentración. Todos se abalanzaron por la autopista, tristes y resignados, recalando en estaciones, plazas y bares para comentar el cruento suceso. Renzo estaba resabiado consigo mismo. Había dejado escapar la ocasión de plantear su necesidad al gordo encargado de las delegaciones. Lo tenía ahí al alcance a dos pasos de distancia, en la fría y tornasolada tarde que moría tras el horizonte, al borde de la autopista ordenando la larga fila de ómnibus, mientras aturdía con el megáfono “¡A casita! ¡Volveremos!”. Inoportuno, pensaba, ¿a quién le importa?

Solamente estaba ella a su lado, como si se conocieran de antaño y las horas pasadas ida y vuelta por el mismo recorrido fueran años de convivencia. Quizás eso impidiera que lanzara un alarido de desesperación en el crepúsculo incipiente y llorar a moco tendido en medio de la contramarcha general. Porque había conservado un sentido estricto de cumplimiento al deber asignado –una facha arrogante y bella- donde no cabía un átomo de pusilanimidad frente al entorno y por consiguiente frente a ella, sometidos los patéticos y vívidos momentos pasados como un jalonamiento de trastoque violento buscados en

la gravidez masiva del acto multitudinario, segura ella que pariría un gran amor sinónimo de seguridad, innovada por labios nuevos y seductores, sideral distancia de las urgencias que demandaban entregarse por entera a los símbolos si quería ser libre.

Nina preferiría haber finiquitado al borde de la banquina. Sería el ideal de un día agitado y especial, fuera del contexto como fecha registrada en los almanaques, recordada después en el lapso solitario en que el espejo devolviera su imagen en el baño, afeites y cosméticos, como una abandonada caída sin coordenadas, paralelas ni testigos, resurgida intacta uniendo los muñones del tiempo quebrado con un ahínco de enmienda tenaz.

Sin embargo, la inercia envolvente de los sucesos era superior a sus razones, invalidando cualquier síntoma que no fuera correlativo al esquema de preservar un normal y común regreso.

Una vez despachados los integrantes en el andén –el tren partiría al amanecer- Renzo se liberó de un gran peso. Era cierto que muchos faltaban pero acertaban comentar que varios quedaron en la capital visitando familiares o amigos.

-Voy a casa –dijo la viejita de Santa Ana.

Nina estaba prendida de su brazo en el andén ¿Sería una atracción pasajera? Renzo tuvo el asalto de imágenes a la intemperie, la llegada a la meta final del tramo que durante las vísperas fue postergando tantas veces como lo pensara. Solamente ella, callada, al parecer agotada, pensando, la tabla de salvación que significaría un hechizo voluptuoso, injertado de parabienes para su futuro en la capital. Por instantes rechazado por la dependencia enquistada en

contraposición a tantos que se abrieron paso a solas en un batallar contados en anécdotas triunfales, debiera emularlos pero no poseía agallas suficientes, pensando, en su pesimismo innato para impulsar proyectos valederos. Siempre fue un protegido pendejo que con solo mirar las estrellas titilantes le producían frialdad, carácter débil en constante defensiva que debería llevar u ostentar un cartelito colgado al cuello: busco tetas a granel y, lo peor, darse cuenta y ser irremediable.

-Quisiera hacer el amor –dijo Renzo.

Como si dijera alcanzame las medias o tomemos mate, fuera de su voluntad, al azar entre miles de frases que cabrían en una mesita de subterráneos, con un dejo remilgoso pues era la única que culminaría la serie tácita de entendimiento mutuo, enunciada con esfuerzo sin intención machista, pura y transparente, descubierta al pronunciarla las connotaciones de búsqueda de su propia solución hábilmente disfrazada, cuyo núcleo suplicaba cobija y techo. Pero aún así estaba convencido que la proposición era la justa pieza que ocupaba un espacio calibrado y una ventana abierta a una futura pareja. Además era ella la que abandonó una posición para asirse a él. Salvo que fuera un terrible juego.

-¿Con quién? –preguntó ella haciendo un mohín de picardía.

-Con la reina de Ezeiza –contestó.

Nina se sintió halagada. Trataba de discernir cual era la ilación de la novel relación. Estaba prendida todavía a la fortaleza de Juan, los mínimos detalles resueltos sin que ella interviniese, su indubitable determinación frente a los imponderables. Juan a quien extrañaba de pronto, el chiflido al llamar un taxi,

la voz cantante en las asambleas, el rascarse la barba. Estúpidamente llevada por su irrefrenable repulsión a la violencia a manos de un zopenco añado e idealista, pensaba, todo se conjugaba para hacerle sentir una miserable rea, diminuta y traidora, lanzada a un lampiño débil como ella que se las da de sabihondo, ¿qué harían los dos? ¿consolar sus pordioseros yos en la cama?

-No sé –dijo ella- Estoy confundida.

Huir. Nina supo que estaba en el instante justo que se ofrecía como en la banquina de la autopista. Era la ocasión propicia para hacer el ademán de incorporarse, alisarse distraídamente los cabellos, asir la gastada cartera de flecos, incluso abrirla de donde sacaría una polvera, un lápiz labial o dinero para abonar el desayuno y despedirse sin direcciones entrecruzadas, correctamente. Correr después a los clang-clang dispuestos a brindarle una salida decorosa y afrontar durante el viaje la posibilidad de reparar, sí, reparar... Pero nada de eso realizó. Un enclave interior la mantenía sujeta a una mesita de café, las delicadas manos de él entrelazadas con las suyas, rodeados por el incesante siseo de suelas y tacos sobre las baldosas enceradas de los andenes, los escapes de aire comprimido, la calesita de los molinetes y el voseo de los diarios.

Huir era el complemento ideal. Desandaría rápidamente la distancia hasta el coche que la esperaba en ese momento a punto de partir, con la mirada ensoñada tras lo que hubiera sido, sorprendida a medias pues conocía los alamares del gabán de Lito tras el vidrio del bar, maniqués ellos que por casualidad o por las dudas -pues figuraban en sus planes- ya que era el recorrido normal del grupo de amigos, incluida ella, que se intercambiaban

referencias de probables localizaciones en casos urgentes como éste, en que Lito, Analía, la Turca, firmes y sin reproches porque el mensaje era superior, intuía ella, a los mundanos y pasajeros deslices, conocidos por la asiduidad con que frecuentaban los giros idiomáticos y gestos, sin necesidad de que entraran y retumbaran sus desgarradoras voces en el bar porque Lito fue elocuente al pasarse el índice por el cuello.

Ahora no podría huir.

CUATRO

Era una primavera húmeda con neblinas tempranas que se disipaban velozmente. Los tilos exhumaban aromas perfumados en las diagonales. A los días frágiles y ajetreados sucedían noches cargadas de presagios salpicadas por esporádicos retumbos de explosiones. Nina perdió los turnos de exámenes en la facultad, sacudida por cierres temporarios y un año académico irregular.

Muchas amigas de estudios optaron por regresar a sus lares provincianos. Pero ella se aferraba al núcleo de su vida: la ciudad. Concluyó la carta a sus padres, esgrimiendo argumentos y proyectos hasta la finalización del año, prometiendo pasar con ellos las fiestas. Según ella la vida se desenvolvía normalmente. No estaba muy convencida de que su madre, que sabía leer entrelíneas, aprobara o creyera el contenido pero no deseaba provocar preocupaciones vanas con antelación. Después de todo, si pasaba algo, Pipinas estaba a corta distancia y ante cualquier eventualidad estaría en un santiamén.

Antes de lo previsto tuvo noticias. Don Héctor, comerciante de verduras, fue el portador de cajas conteniendo coles y un arrugado sobre con billetes y en letras desparejas su padre informaba que la esperaban cuando quiera y que se encontraban sanos. Sus hermanas menores enviaban cariños.

Invitó a don Héctor a un té, tratando de disimular la incomodidad que provocaba su presencia, sus embarrados botines de recorrer chacras dejando rastros en la alfombra y el olor rancio de mercader cuentapropista. Pero tenía que ser amable por los continuos favores de intermediar con los recados, por los cuales él no solicitaba resarcimiento alguno debido al aprecio que

profesaba al padre. Mientras don Héctor, maduro y conversador, se explayaba en apreciaciones sobre los precios, Nina se movía en el fregadero de espaldas para que no se note, aguzando sus sentidos hacia la pieza, desdoblándose en ser cortés con el hombre que se molestaba con las encomiendas y misivas.

-Iré para Navidad. Tranquilícelos –dijo Nina, ubicándose oblicuamente al servir el té, con voz grave para que escuche él y también don Héctor por la costumbre inveterada de concertar a los gritos en los puestos del mercado.

Desasosegada e inquieta en su salto de cama, Nina tenía la impresión que don Héctor, experimentado mundano, intuyó una insignificante rareza en su comportamiento –nunca estuvo tan servicial con él-, por una inflexión en la voz y una mirada interrogante que desaparecía enseguida. Al lavar las verduras frescas aún con rocío se desprendieron vestigios de tierra negra de la chacra. Nina tuvo un acceso de tos mientras las partículas desaparecían en el sumidero. Quiso de pronto estar allá, abandonarse en su adorable buharda con muñecas colgadas en la pared y que el querido vozarrón de su madre la llamara para almorzar. Las épocas cambiaron. Todo sucedía veloz e inaprensible para ella. Por eso se refugiaba en el departamento. Solamente se cambiaba de atuendo para realizar compras semanales y cobrar la mensualidad becaria por provenir de zona rural. Don Héctor se despidió con grandes saluciones y a toda costa quería llevar un mensaje escrito de retorno y se fue con la promesa cierta que para Navidad brindaría con ellos.

-¡Ufa! ¡Al fin se fue! –exclamó aliviada.

Renzo salió de su escondite. Aseguró la puerta. Desde la madrugada del subterráneo estaban juntos. Fue sin comentarios previos ni invitaciones. Un

acuerdo común, continuando una convención pactada sin origen ni pretendidos replanteos. Renzo se acomodó en el departamento a sus anchas. Cómodo y feliz se despedía a media mañana a buscar trabajo y regresaba a media tarde sin hallar un empleo que le satisficiera. Siempre llegaba tarde a la larga fila de postulantes, intercambiando impresiones, pero sin afán ni insistencias como si fuera para otro el puesto, haciendo tiempo para regresar y consumirse en arrebatos de amor. Eran horas de estrecha convivencia, deseada y diariamente renovada por ambos. Vivían con pasión, conociéndose gradualmente en cavilosas conversaciones en las penumbras filtradas de luz de las jirafas de la diagonal. Él desechó algunas tareas que consideraba inferiores a sus pretensiones, a pesar que la crisis amilanaba los ímpetus de jóvenes profesionales que manejaban taxis o vendían ballenitas en las ochavas.

Cada día era un esperado rito. Apariencia normal de una joven pareja a los ojos de los otros. Él descendiendo por el ascensor rumbo a un hipotético empleo de oficinista o algo así, portafolios negro y perramus; ella culminando sus estudios universitarios ya que permanecía en el departamento a preparar las materias adeudadas. No había que levantar sospechas de que en realidad eran fervientes amantes sin proyectos, esperanzados en las visitas mensuales de don Héctor con su carga de coles, el sobre y los botines orlados de tierra negra. Si explicaban que eran seres que vivían para amarse se tornarían potencialmente peligrosos e investigables, catalogados como anormales con clara orientación a transgredir los valores establecidos. No confiaban en los

inquilinos, si bien en las raras veces que se veían, notaban una indiferencia rayana en la cosificación e inmersos en sus propias vivencias.

Una noche sonó el portero con insistencia. Eran Lito, Analía y la Turca. Reducidos a trío venían de Chatarra.

-Ambiente plomazo –dijo la Turca- Cada rato la cana... ¡documentos! ¡qué huevada! No se puede fumar un porro tranquila.

-No me digás flaca –dijo Analía mirando a Nina- ¡Estás de compra!

-¿Se nota? –Nina se ruborizó súbitamente.

-¡Cómo la curten estos dos! –se mofó Lito.

Renzo ensayaba una sonrisa confusa y condicional. Los odiaba en secreto. Todo lo que tenía relación al pasado de Nina era descartable a sus ojos y más los vagos esos, como los llamaba, eternos ensayistas de revoluciones de cafés.

-¡Esto hay que festejarlo! –exclamó Lito dirigiéndose al refrigerador.

-¡Se ve que le das duro al fierro, flaca! –dijo la Turca- Con razón no asomás la carucha por el boliche... ¡Mirá, te felicito che!

-¡No la felicités! –dijo Lito- No tienen un tinto, nada. Sólo verduras y hielo...Eso no se hace a los compañeros que se toman el laburo de venir.

-¡No jodás Lito! –dijo Analía- Hacé unos amargos y listo.

-Son conejitos, eso son –dijo Lito abriendo la alacena- Comen verduras y se van al mazo. Ni yerba tienen.

Desde la muerte de Juan era la primera vez que se juntaban. Salvo Analía que en una oportunidad había enviado una esquela con una amiga comentándole pormenores que serían ampliados en una próxima visita.

Renzo se enfurecía, si bien ostentaba una estudiada tranquilidad. Invadirle el espacio ganado con sacrificios, manosearle los objetos, rebajarlo a simple padrillo sin observar las virtudes espirituales que poseían como pareja. Suponía que era producto de un primitivismo banal y agresivo.

-¡No te calentés, flaco! –expresó Lito palmeándole la espalda- ¡Sino mirá lo que hizo tu viejo, ja...!

Renzo arrancaría la carpeta. Le faltaba un ápice para colmar su furia. Rompería el florero. Quedarían estupefactos y atónitos cuando vieran de lo que sería capaz, pensando, después los llantos, las explicaciones, las madrugadas insomnes, no... Seguir con los eufemismos, ella era la protagonista, son sus amigos, a él que le importaba después de todo, saldría a buscar algo, el fresco de la noche, sí.

-Traeré vino –dijo Renzo- Hay que festejar algo ¿no?

-¿Éste es o se hace? –ironizó la Turca una vez que salió Renzo.

-No lo juzguen mal –acotó Nina- Es tímido nada más.

Los amigos eran cada vez menos. Se deshizo el grupo grande, comentaban, luego de la muerte del jefe. Los “roperos” andaban desconsolados tachando nombres de una lista. Era raro que no cayeran a visitarla. Lito barruntando canciones encontró barajas.

-¡Sos grande Lito! –dijo Analía- El juego es el elixir de la vida.

-Eso es poco decir, señoras –replicó Lito- Llegué a la conclusión, después de hondas cavilaciones como supondrán, que es la fuente agridulce de la eterna juventud, es decir, prolonga la vida ¡chán chán!

-¿Por qué agridulce? –preguntó la Turca.

-Para que no empalague, cabezona –dijo Lito disponiendo las cartas sobre la mesa- Que la bendición de la loba descienda sobre vosotras ¡que su leche bendita prolongue para siempre...!

-¡No seas tarado! –interrumpió la Turca.

Renzo llegó con fiambres y vino.

Mientras Lito distribuía las cartas hablaron sobre las elecciones, la pasada a la clandestinidad de gente conocida, la pérdida del año lectivo, los asesinatos y secuestros.

-¡Lean los diarios, marmotas! –exclamó Lito.

Dieron cuenta de los sandwiches y el vino corría en una jarra de aluminio.

Renzo no conocía el juego.

-No sabés lo que te perdés –le dijo Analía.

Renzo no compartía los puntos de vista de los visitantes. Así lo explicó. Había que dejar que el pueblo decidiera, decía, que la masa obrera participe y se pronuncie sobre los rumbos haciendo caso omiso a los equipos de tecnócratas, porción visible del témpano, que interpreta a gusto y paladar los deseos profundos y actúan como iluminados en consecuencia.

-¡Cómo se ve que te falta, flaco! –dijo Lito acomodando una escalera real- Te invito a que te acerqués a nuestras unidades y verás...

-¡Verás que todo es mentira, verás que todo es...! –ironizó la Turca.

-...la dinámica que nosotros imprimimos –concluyó Lito.

-¡Nosotros.. que nos queremos tanto! –canturreó la Turca

-¡Terminala Turca! –espetó Lito- ¿No ves que estoy predicando?

-Predicás en el desierto –dijo Nina- Yo sé porque te digo.

-¡Tomá para vos! –exclamó Lito- ¡Escalera real!

Nina estaba feliz. El reencuentro con la barra, al contrario de lo que supuso al principio, la reconfortaba por el afecto que le dispensaban, vislumbrando que el circuito afectivo se encontraba intacto. Confesaron que después de aquello se sintieron heridas y frustradas. No concebían el abandono y la ausencia. Decidieron darle respiro y tiempo necesario para cicatrizar las desavenencias, que aún consideraban inconclusas, pero confiaban en recuperarla con su media naranja al rondel de la barra. Más que nada para protegerla de los zurdos y conociendo su endeble personalidad. Nina confesó que creyó se habían olvidado de ella, que no la perdonarían jamás, que nunca hubiera pensado... Está todo ordenado, apuntaron, no por haber sido la mujer del jefe sino por la ganas de conservar su amistad. Y con más razón en esta encrucijada fatal que presagiaba cambios colosales que habría que apoyar unidos y protegerse como hermanos.

-Para que no nos soplen la dama –conjeturó la Turca.

-¡Mujeres: por chusmas perderéis la guerra! –exclamó Lito intercalando las barajas- Esta noche tendrán que buscar un barril para taparse.

A los bandazos por el camino rojizo, dos huellas lustrosas, aceleraba el pequeño ómnibus crema teñido de polvareda roja, orillando las altas barrancas cubiertas de vegetación, bordeando hondonadas y precipicios en curvas y pendientes, repechando los topes en un sincronizado movimiento de la palanca de cambios.

Retazos de pinares circulaban bruscamente para desaparecer en una nube de polvo y la selva resurgía imponente y arabesca, las avanzadas ramazones azotando las ventanillas y el portaequipajes del vehículo. Por agujeros negros la floresta exhumaba un sopor de humus condensado y hojarasca fermentada, sus líquidos fríos y oscuros manando por basálticos parapetos moros y grises, los espumosos arroyos discurriendo entre basamentos y declives de los cerros. En un ojo de agua aleteaba un redondel amarillo de mariposas que se desprendieron de la surgente al paso del viento movilizado. También largas lonjas de terreno afloraban en carne viva, sus enormes espacios de cielo vacuo donde el sol martillaba en plenitud las sinuosidades y anfractuosas dobleces cavadas por torrenciales lluvias, en un demoledor e incesante castigo después del rozado. Aún se mantenían árboles gigantes ahora desnudos y descascarados en lamparones cenicientos, penitentes vigías moribundos de un campo de desolación.

Locadio apretó la petaca entre los dientes, equilibrándose en el duro asiento. Los buches fueron aparatosos. Trataba de captar, en los respiros de la máquina, los ademanes que hacía Meliquia unos asientos delante del suyo. Estaba enfrascada en una conversación elocuente y casual al inicio, transformada en un murmullo después a medida que el rodado se adentraba a los barquinazos en el caracol de la pedregosa ruta.

El paisaje desfilaba raudo y opaco por las percutidas ventanillas. El invierno se manifestaba con amaneceres fríos donde las heladas decantaban gemas iridiscentes y múltiples sobre descampados, araucarias y monte virgen, en un despliegue vaporoso de blancura grisácea. Durante el día el sol se encargaba

de deshacer el paciente enhebrar acuoso de las madrugadas y los ramajes desprendían las escurridizas gotas en un concierto infinito de percusión escalada.

-Somos dos extraños, así dijo él –repetía Meliquia al del sombrero negro. Asunto que la hastiaba pues habían viajado y compartido juntos muchas situaciones. A cada frase aportuguesada Meliquia acompañaba una risa cantarina y sin sentido aparente. El del sombrero negro mostraba sus dientes de oro a cada gesto de aquella hermosa morena que con toda soltura intercambiaba opiniones y se acomodaba el sostén bajo el ajustado escote. En el presente todo le resultaba minúsculo y superficial, decía ella, la mugre y los bichos tanto los de dos como de cuatro patas, que no se dan maña para tratar al femenino sexo de brutos que eran, mugrosos y borrachos, no como aquellos de la capital rociados de lavanda y cutis como manzanas. Encima que ella rechazó los pretendientes, Locadio dice que eran dos extraños a partir de Posadas ¿você comprende?

Asistía el del sombrero negro y renegridos bigotes, otorgando la razón del mundo al estar ofendida y añorar los encantos de la gran ciudad de los argentinos, tentadora para el disfrute pero con dinero, que eso ella se merecía y no andar comiendo polvareda y feyón preto en las fondas. Estaba de más anticiparle que una rosa encarnada como ella no podría marchitarse en medio de estas espinas, decía él, que la haría desangrar en agonía y eso sería una aberración y tal vez demasiado tarde cuando él retornara a cumplir su mandato.

-Dos extraños –repetía Meliquia- Ese señor que no valía la pena de nombrarle así, a pesar que era risible si pensara bien y una cosa muy loca, dígame, tratarla de una manera diabólica después de todo lo que ella hizo para colmar de amor natural, soportando a ese viejo verde que le gustaba con miel pura de abejas frotada y lamida a palmos más otras cosas que no vienen al caso, no así entre las bolsas de cartas para pagar la atención muy gustosa con los doctores, pero la herida era profunda por aquellas palabras pronunciadas.

Ella podría considerar su propuesta, decía el del sombrero negro. El socio se había propasado con la hiriente salida y él la consideraba una fresca simpática, imponderable revelado del vaticinio echado delante de sus pasos para guiarle hasta este remoto paraje, tan alejado de su arenoso Yaguarón donde moraba en su blanca casita. Era un nómada, decía mirándola de soslayo, desconsolado por la pérdida temprana de su esposa y fiel depositario de las citas anunciadas en las barajas que auguraban un porvenir dorado en compañía de una dama del monte quien le ayudaría en su proyecto secretamente acariciado.

Locadio observaba aburrido los distintos tonos de verde que se sucedían con rapidez. Fue distendiéndose merced al whisky y a los constantes sacudones y ronroneo del motor en sus diferentes marchas. Le tenía sin cuidado los entremeses de Meliquia. Cada chancho en su teta, mascullaba, a unos le toca la flaca y a otros la repleta. Si la brasilera se ponía cargosa la arrojaría en cualquier quilombo de la frontera, bien marcada con una tunda para que se le grave quien es el verdadero macho de Tobuna y a otra cosa mariposa. Él regresaba triunfal y con autoridad para cumplir los memorandos de los

gerentes caiga quien caiga. Lógicamente que antes haría tronar los retroactivos cobrados en el desquite pendiente cuando lo limpiaron en el Morro das Pretiñas en la divisa. Se rió quedamente.

No tenía que incomodarse, oía Meliquia. Todo estaba dispuesto para que ella lo acompañara si deseaba. Entonces ella comprendería que fácil se develaría el entierro exclusivamente reservado para ellos: un tesoro escondido. Él sabía con certeza el sitio exacto pero fue imposible sacarlo. Así es. Entre los naranjos del patio de su casita blanca se entrevía un pequeño claro, un naranjo tísico de frutos arrugados sin jugos, tísico porque el oro posee gases que penetran por las raíces, delataban las cartas, y la planta queda anémica. Era una señal insoslayable. Otra son las inmensas llamas doradas de puntas azuladas que brotan previas a las tormentas. También en sueños febriles la caballería blanca de arneses plateados se agolpaba con presteza en el ajedrezado corredor donde columpiábanse en la hamaca, frenados en su alocada carrera, las riendas tensadas por los intrépidos jinetes del Mariscal, las patas delanteras de fosforescentes herraduras, impávidos y vidriosos pero moviéndose en conjunto en un vaivén infantil como caballos de tiovivos. Y él se despertaba despavorido por los signos apresados que clamaban ser libres. Mas todo fue en vano. El entierro se corría. Horadó el perímetro y las señales proseguían inmutables. No sería para él se convenció.

Sin embargo estaba destinado a él, le aseguró la vidente adiestrada. Tendría que ser en compañía de un corazón femenino desquiciado por los hombres y que latía allende las fronteras en el dilatado confín de los pinos en copas. Presentía que dio en el clavo después de recorrer las tres cuartas partes, decía

en un saliveo a los oídos de Meliquia, asombrada y atraída por el borroso recuerdo de su padre caboclo quien señalándole en una ocasión un altar de iglesia le dijo: el oro es de los santos.

Ellos contornearon las hileras de ligustrinas en las afueras donde se extendía un rosario de chacras y parcelas cultivadas delimitadas por eucaliptos. Nina comprimía el abdomen con una faja elástica. Se apoyaba en Renzo al caminar como si la gravedad del aire fuese superior y aplastante. Tenía descomposturas a flor de boca. Ahora se hallaba con un incipiente malestar de origen incierto. No alcanzaba a atribuir este estado al proceso del embarazo o al temor de que sus padres se percataran. Se encontraba temerosa y sin voluntad para disimular. Se arrepintió no haber enviado dos líneas con don Héctor comunicando la buena nueva. Mientras se dirigían a la casa paterna elucubraba Nina que su situación era muy diferente en un lapso breve al partir juvenil y sin ataduras y regresar con una pareja formada sin estar casada en forma legal y a la espera de un hijo. Sin embargo, tenía sus respuestas preparadas, sopesadas en el departamento a cada probable cuestionamiento. Confiaba con la discreción y apoyo del padre. Tendrían que comprenderla y ella necesitaba que fuera así. El aroma de flores de jardines cercanos y el cloquear de gallinas, trájole de golpe las imágenes de la niñez. Se sentía como si la corta experiencia acumulada en su juventud se hubiese multiplicado en espejos divergentes dándole la sensación de ser otra persona dividida, con un programa a cumplir invisible sin ofrecerle el sabor de las situaciones

conquistadas en forma pensante. El salirse de los esquemas era locura y vacío. Si hubiera acompañado a Juan –cuya imagen renacía una y otra vez– quizás lo hubiese salvado. Una llamada de atención desde lejos, alzar los brazos desde el parapeto del palco, una telepatía, hubiera bastado para detenerlo, guiarlo, protegerlo. Sin embargo lo abandonó en la acción y después arrojándose a una pasión ciega que borraba todo vestigio inclusive el ideario de Juan de un mundo mejor a su manera.

-Soy una miserable –dijo en voz alta.

Renzo se sorprendió. De un tiempo a esta parte Nina tenía frecuentes soliloquios incomprensibles. Lo que había comenzado como una mera aventura se transformó en un sentimiento hondo de mutua necesidad. Así lo creía él, notando el grado mayor de dependencia que manifestaba Nina en los mínimos detalles. Mantenía la opinión que sería un estado pasajero propio del embarazo. Trataba por todos los medios de satisfacer los caprichos de carácter de su cambiante mujer.

Los días se sucedían espléndidos y activos. Nina recuperó los colores y correteaba con sus hermanas menores por el invernadero, los rosales y alrededor del cobertizo de los animales. Renzo se ganó la confianza de la familia. Acompañaba al padre en las rudas tareas al amanecer, rutinarias y ceremoniosas. Preparaban el balanceado y arreaban mansamente las vacas al ordeño. La leche, espumosa y tibia, llenaba los cántaros.

El padre era parco y observador. Cuidaba con esmero a sus niñas como las llamaba a Kare, Gordi, Moñito, sobándole las ubres y hablándole a las peludas orejas perforadas en muescas, acariciándoles los pescuezos con sus manotas

de agricultor. Esparcían abonos sobre la tierra negra y fresca, regaban almácigos y sacudían el rocío de acelgas arrancadas. El padre respondía con monosílabos y asentía atento a las explicaciones de Renzo sobre la ciudad seguidos por soñolientos perros. Renzo teorizaba sobre el valor de las quintas, la producción y la intermediación que se apropiaba de la mitad de las ganancias. El padre aprobaba. Sobre el estado de Nina los padres no inquirieron ni interrogaron. Ya lo sabían por don Héctor desde el principio. La madre no daba muestras de preocupación. Nina continuaba siendo la chiquilla traviesa y mimada de otros tiempos.

A media mañana la madre subía trabajosamente los peldaños de la buhardilla con la bandeja del desayuno: higos caseros, mantequilla y café. La disposición interna de la casa se movía como las manecillas de un reloj. Los horarios eran respetados. En las largas noches y después de una opípara cena se dedicaban a jugar partidas de loba. La frescura de diciembre penetraba por los ventanales. La sangre irlandesa se notaba en la sala: retratos de Parnell, una lámina del condado de Longford, un devocionario y rosario enlazado. También en el juego la madre denotaba su perspicacia y rapidez. Aplaudía alborozada sus propios triunfos y las venitas de sus facciones aparecían violáceas en diminutas ramificaciones. Esperaban para Navidad las visitas de don Héctor y el tío Henry, hermano de la madre radicado en el sur. La madre trajo álbumes de viejas fotografías haciendo desfilas ante los ojos de Renzo el historial de la familia desde los ancestros de Irlanda hasta los actuales del árbol genealógico. Renzo se deleitaba con las posturas de los pioneros en sepia. Las adolescentes hacían un jolgorio de juegos alrededor. Nina mientras tanto se

ocupaba de barritos en el rostro de su padre amodorrado en el diván. El licor de huevos hacía picar la garganta de Renzo.

-Hay que volver al tiempo de los pioneros –dijo Renzo- y empezar todo de nuevo.

-¿No gusta como es ahora? –preguntó la madre.

Renzo hizo un gesto negativo.

-Flor de vivo –dijo Nina- Es como vivir de nuevo con la experiencia pasada.

-La totalidad está por hacerse –dijo Renzo- Faltan brazos.

-No vamos a descubrir la América ahora –replicó Nina.

-Abordemos la plenitud de la lejanía –arguyó Renzo, sorbiendo otra copita- Todavía hay zonas donde las suelas no han quebrado ni una brizna de terreno, el aire es immaculado, puro, virginal y las lluvias poseen el canto de las sirenas.

-¿Cómo sabés...? –preguntó Lauren.

-¿....si nadie pisó ese lugar? –completó Sybil.

-Porque sabréis, preciosas criaturas –contestó Renzo- que no solo de labores vive el hombre: también de poesía.

-Verdad –sentenció la madre.

-¡A ver grumetes! –exclamó Renzo parándose- ¡Poned proa hacia el leonino Paraná! ¡remontad! Sí, remontad su brillante vientre desdoblado en cuajadas olas, fustigad las riberas con el coro de la conquista. ¡Oh imperecedero Paraná! Mutante e insaciable calidoscopio arremetiendo cielos, acuoso pasaje y alimento sublime en perpetua fecundidad con el Atlántico. ¡Venid todos y alimentaos hasta el hartazgo! ¡Aprovechad, hermanos, aprovechad!...¡No quedéis varados estúpidamente contemplando las mil figurillas de las

voluptuosas nubes! ¡Desplegad las velas al son del eólico compás que emana invencible desde las cavernas de los cerros! ¡No os amilanéis frente a las tempestades tropicales que pasa como un correveidile artero y efímero! ¡resguardaos por la angosta boca de la laguna en sus aguas dibujadas por manos de niños! Internaos en su barrosa playa, sentid como mordisquean bagres moteados, juguetonamente porque son todavía inocentes, no mancillados por el sedal ¡Oh Dios! ¿Por qué todo fue tan prístino? ¿Ni siquiera un atisbo de crueldad e innaturalidad? ¡Todo juega en este albur! Las barrancas cabestrear sobre las rumorosas olas, el persistente verdor devora el horizonte tórrido, el trino majestuoso de pájaros socava la bóveda celeste, un arqueado dorado en un relumbrón reverbera las rosáceas agallas y su lengüetazo chasquea el agua en el silencio de las costas.

-¡Capitán capitán! –dijo Sibyl.

-¿Qué sucede grumete?

-¡Los indios! ¡Están los indios ahí! –dijo Sibyl haciendo visera con una mano.

-¡Ah! ¡Ellos! Dejadles venir –dijo Renzo- Venid a mí. Soy el Adelantado de Su Majestad. Los blasones que ostento son acabada muestra de su ilimitado poder. Venid tranquilos, apretujaos a mí. Sentid la resistencia de mi armadura y el calor de mis pliegues bendecidos por Dios y los Santos Evangelios. Sentid el cortante filo de mi espada. Apreciad el melodioso golpe que se desprende de ella, el ribeteado de su empuñadura. ¡Venid! Ved los espejitos coloridos donde podéis observaros tal como sois: imberbes e ignorantes de sabiduría. ¡Contemplaos sin apuros! Tenemos los siglos por delante. No os intranquiliéis que el arcano que veis está repleto de sorpresas para vosotros hijos impíos,

olvidados de la diestra de Dios en estas tierras feraces. ¡No os preocupéis!

Con nosotros tendréis saciedad y dicha eterna para vuestras vidas.

-¡No queremos tus regalos! –exclamó Lauren poniéndose enfrente.

-¿Así que os rebeláis?

-Volvé por donde viniste –contestó Lauren.

-¡Os aconsejo que jamás osen levantar los brazos contra la Orden pues las consecuencias serán desastrosas!

-¡Que me importa! –contestó Lauren.

-No Lauren. Así no se juega –terció Nina.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Pobres indios! ¿Por qué ellos siempre pierden? –Lauren estaba a punto de llorar.

-Porque nacieron perdedores –dijo de pronto el padre.

Renzo comprendió que terminaba la función. Sorprendido por un repentino cansancio se desplomó en un sillón y en silencio se enjugó las lágrimas. Nina lo abrazó solícita frente al silencio general que mirándolos cantaron a coro:

-Por el verde prado se halló a la niña

Campanas de Carcaigh

Doblen sin cesar

La niña está en casa

Y tiene una flor en el ojal

Campanas de Carcaigh

Doblen sin cesar...

CINCO

Me trajo una pera –dijo Cleme acomodando los naipes- Grande y podrida.

-¡Ay, corazones de reinas! –dijo Pomposa- Digo corazón de niña.

La lluvia amortiguaba en mangas sordas el chanclear de la usina. Afuera el golpeteo de goteras sobre algunas latas denotaba una lluvia mansa y tardía.

-Tomo –dijo Alesia- Corazones hay que complican la vida.

-Para salvar un alma de la calle –estimó Pomposa- muchas veces es preciso comerse una pera podrida.

-Planto –dijo Alesia- Pero me conformo, la carroña es útil sino ¿cómo vivirían los cuervos?

Una gota produjo una mancha oscura en el tapete.

-¡La grampa de la puerta! –exclamó Pomposa- Gotera a la vista.

-Es como una hija... -Cleme tenía juego pero no se animó.

-Lo que faltaba. A la vejez viruela –dijo Alesia.

Una redonda lata de dulces vacía contuvo las resonantes gotas del cielorraso.

-Si hablan así –dijo Pomposa- se volverán más viejas de lo que son. Me acuerdo de la gotera cada vez que llueve ¡si seré...!

-Si serás bruta –dijo Alesia- porque llueve cada rato.

-Chicas, esta noche están aceleradas –sentenció Pomposa- ¿No pisan que el pueblo duerme? Hasta los perros sueñan.

-¡Ay la romántica! –exclamó Alesia.

El repique del agua se hacía más intenso, bajaba por cunetones abiertos en las laderas y engrosaba el lodazal de la calle, relumbraba en las cortadas y

globitos fugaces coronaban los remansos. Un lejano croar se superponía al de la usina, prediciendo una noche sin arrullos en las cunas. Los pinares se alzaban enhiestos y en anchurosos manchones de contornos azulados. La oscuridad impenetrable de sus simétricas galerías interiores eran abismos negros donde la lluvia rumoreaba tenaz sobre el colchón de ramajes apelmazados.

-Que eran dos extraños –continuó Cleme- Eso fue lo que la decidió.

-Lástima de chica –dijo Pomposa- Tomo y doy.

-Pero muchas veces la espera es mejor que tenerla cerca –dijo Cleme.

-Doy de nuevo –dijo Pomposa- Pucha que sos complicada.

-Ésta se va a avivar cuando las ranas críen cola –sentenció Alesia.

-Si viene de Locadio no me extraña –dijo Pomposa- Es un perdido.

-¿Quién: él o ella? –dijo Alesia- Si los dos son tal para cual.

-Tiene dientes de oro y una casita blanca – continuó imperturbable Cleme- Dice que es un arribeño.

-Típico querida. Típico del lancero a la alta escuela –dijo Pomposa suspirando.

-Mejor. Así volverá –repuso Cleme.

-No te preocupes, Cleme. Ella lo dice por experiencia –dijo Alesia dirigiéndose a Pomposa.

-Más vale, mi hijita –repuso Pomposa- No creas que pasé jugando loba toda la vida. Si vos calentaste pupitres es cosa tuya ¿verdad?

-Locadio quiere reventar las ganancias –dijo Alesia cambiando de tema- Un día de estos terminará con un chumbo entre las cejas.

-¡Puerca miseria! ¡Hoy la loba me muestra los dientes! –dijo Pomposa malhumorada.

-A cada chanco le llega su San Martín –dijo Alesia- Locadio no merece otra cosa.

-Me dijo que será una sorpresa –continuó Cleme- Nuestra vida cambiará cuando vuelva.

-¡Ay mi hijita! –exclamó Pomposa encendiendo un cigarrillo- ¿A qué viene tanto secreto? Tendría que decir en forma clara que le gustó un macho con el que se va no se sabe a donde y punto. Aparte de eso ¿quién quiere cambiar de vida? ¿Dejarías a tus fieles amigas sin pie para la loba? ¿quién te daría los mejunjes a la madrugada cuando te atacan las calenturas? ¿Ella? ¡Que esperanza!

-Estos problemas no son para comentarlos ahora –dijo Alesia- La noche aumenta la angustia.

-La angustia que tengo –prosiguió Cleme- es permanente. No puedo soportar. Trato de retenerla pero está decidida. Duermen en mi pieza, yo en el suelo. Les di mi cama grande con tal que se queden.

-¡Locadio la perdió! ¡Pobre! –dijo Alesia.

-Bueno, basta de dramas –dijo Pomposa- La noche está en pañales.

-Se siente en toda la pensión como mueven la cama –dijo Alesia y a Cleme- Claro, a vos que te hace si sos sorda como una tapia...Más respeto.

-Sueña en voz alta –dijo Cleme- Tiene pesadillas. Habla de caballos y entierros ¿qué será, Dios mío?

-Full –dijo Alesia- Pasame los tantos, Pompo.

-Por lo menos ahora es de un hombre –dijo Pomposa- Es aconsejable que esté contigo, Cleme, y que no ande veleteándose.

-Par de ases. Anotá –terció Alesia- Pronto verán como Locadio pervierte otra criatura. No se contenta con nada.

-El diablo se lo lleve –dijo Cleme frunciendo el ceño.

-Llegará otra partida de golondrinas y él como siempre elegirá la mejor formadita.

-Cállate Alesia –dijo Cleme alzando la voz- Por favor no quiero hablar más.

-Dame cartas –dijo Pomposa- Basta chicas. No gasten pólvora en chimangos.

¿Qué podemos hacer? Tres...

-Más alto –interrumpió Cleme.

-Que qué podemos hacer digo tres viejas loberas tiradas en el culo de la Argentina, que relamen sus recuerdos en una mesa...¿Qué quieren? ¿destapar la olla? Nosotras estamos de vuelta. Pasá un trago, Cleme.

-¿Qué?

-Que pases un trago. Me hace falta en esta noche de perros.

-Pueblo sarnoso –dijo Alesia- Pero hicimos patria. Soberanía mejor dicho.

-Así te pagaron –replicó Pomposa.

-Si duermo en el piso –dijo Cleme destapando una botella de anís- es por mi gusto. No quiero complicarle... ¿Comprenden? Es la hija que no tuve.

La lluvia amenguaba. Escurríanse líquidos entre los pilotes rumbo al viboreante arroyo del bajo. Una incipiente neblina, cálida y algodónosa brotaba de la tierra saturada.

-Ojalá que llueva tres meses seguidos –dijo Alesia- Que se pudra de una vez lo maléfico que existe.

-Es al pedo –replicó Pomposa- Volveríamos a empezar desde el punto de partida.

-¿Cómo se entiende? –preguntó Cleme.

-Como pasó con Noé –contestó Alesia alzando el tono.

-Anotá –ordenó Pomposa- Pero es clarísimo. Claro como el agua que cae del cielo esta noche. El bien y el mal están juntos. Son siameses ¿entienden?

-Por lo tanto el susodicho es un aborto de la naturaleza –dijo Alesia.

-Tú lo has dicho –contestó Pomposa.

A mediados de otoño se mudaron a una pieza económica en la ciudad cerca del policlínico. La nena nació saludable. La estrechez en que estaban sumergidos se compensaba con la alegría de la hija. El inquilinato era una disposición de habitaciones en un edificio antiguo que comunicaban a una galería húmeda y desnuda. Al fondo compartían el único baño. Don Héctor los visitaba esporádicas veces y, como suponía Nina, el dinero que ofrecía era de su propio bolsillo.

Las relaciones con la familia se habían resentido. Nina tomó la firme determinación de quedarse con Renzo pese a las insistencias en contrario. El inquilinato conformaba mundos extraños de voces agudas compartidas a través de delgadas paredes. Nina se afanaba al pie del piletón estrujando pañales en las plomizas mañanas. Se sentía fracasada en el intento de acercarse

su nueva vida ante sus padres. No fue intención de que avalaran íntegramente su situación cuando se decidió presentar a Renzo. Su presencia en Pipinas fue recrear en familia lazos de concordia y escuchar consejos para el porvenir. La tozudez manifiesta de ellos no hizo vislumbrar signos positivos que ella deseaba se dieran. Reprochaban el abandono de sus estudios, objetivo básico desperdiciado por ella tras la quimera del amor, pese al esfuerzo que significaba para ellos el aporte mensual de sostenimiento. Mientras ellos se deslomaban en la chacra, ella tiraba por la borda jocosa y alegre, dijeron, los pesos amasados con celo alisando con paciencia las arrugas de las puntas para ser entregados como planchados a don Héctor, mientras ella bailaba, risueña y tarambana, a campo traviesa con los facinerosos a la concentración, que en vez de laburar andan robando y tirando bombas, vergüenza tendría que darte, dijeron, porque encima la preñan como a cualquier empleada doméstica de quinta categoría.

-¡Dios mío! ¡Que diría el tío Henry! –tono enfático sin admisión de respuestas solamente dirigido a ella sin que escuchara Renzo. ¿Quién era culpable sino ella? Increíble después de haber sido criada en el ascetismo y el ejemplo tradicional en este suelo esperanzado, imponiéndole su franco disgusto pues ¿qué dirían a sus hijas pequeñas de la hermana mayor de vida ligera al estilo criollo succionando las magras ganancias del sacrificio? Surgía en ellos el temple irlandés de no llorar sobre el cántaro roto y del precioso líquido derramado y atesorado con tanto esmero. Afrontar y superar el nudo planteado, que para eso poseían suficientes pruebas en los connacionales que

también aportaron grandeza y hombría para que estas pampas fueran siendo lo que son: diálogo infinito de cielo y planicie rubicunda de trigales.

Por lo cual se imponía un paréntesis acorde con la situación, dijeron. Volvería Nina al seno familiar, sumisa y ayudando al laboreo en la chacra hasta donde permitiera su estado. Después manejaría los bastidores bordando el ajuar del retoño y el mantel de hilo blanco para el día de San Patricio, en el cual confluirían los familiares con velas bendecidas, cestas de presentes y colorida indumentaria.

Nina reconocía su falta y clamaba que la comprendieran. Que no fue concebido adrede sino que las circunstancias fueron comprimiendo sus poderes de decisión como una marejada de acontecimientos que fueron sucediéndose. Ellos no podrían justipreciar los hechos ni emitir juicios porque no conocían el medio en el cual ella se movía.

-Pero los resultados están a la vista –dijeron- Y eso es lo importante.

Mas bien ella se inclinaba a reconocer que fue una carencia de información. Quizás si hubiera avisado con antelación ellos serían menos rígidos. No estaba arrepentida. Al contrario, se creía con plenos derechos a decidir en el plano personal lo que creyera más conveniente. No tendría reparos en pedirles perdón si fuera menester. No por estar embarazada ni haber abandonado sus estudios sino por defraudar los anhelos que tenían cifrados en ella.

Estuvieron de acuerdo. Sin embargo, Renzo no estaba satisfecho con la propuesta. Enterado de los pormenores se negaba a aceptarlos. Presentía que aquel bloque familiar haría lo posible por incorporarlo a la disciplina hogareña bajo sus férulas. Nina dudaba. Por una lado el permanecer en el hogar le

dispensaba cierto sentimiento de seguridad y sosiego a pesar de tener que subordinarse a las órdenes. Si decidía así perdería a Renzo, quien abiertamente se manifestaba con despedirse y abrir nuevos caminos con ella. Renzo trató de apresurar la partida. Se sentía herido, rebajado a simple ornamento de estancia al no ser consultado. Siempre le prestaban una amable atención, discreta y formal, que no pasaba de frases obligadas y educadas. Él quería discutir en forma ferviente si fuese posible. Armaba sus actitudes de intransigencia para que palparan que él era un hueso duro de roer, que no se vendía por el calor de unas frazadas, que se consideraba un ser que podía enfrentar las vicisitudes sin molestar a nadie, manteniendo una mujer sin ser un petimetre pues a floraba la linfa contestataria de su carácter castizo, en apariencias dócil pero apasionado y épico, que no iba en zaga de otros linajes pues todos juntos al final abonaron la titánica empresa de construir este bendito país. Así que no le vinieran con supremacías. Pero se imponía silencio frente a ellos para no importunar a Nina, sensible y pendiente de frases nimias. Renos pasaba los tediosos días en Pipinas encerrado en la buhardilla, fumando y leyendo un manual de operaciones bélicas de Brown hallado al azar. No concurría al plantío donde el padre de Nina, su sombrero entrevisto sobre los tablones de coles, era presencia pertinaz observado por el ventanal a cualquier hora del día. Disponía las prendas en la valija, las acomodaba, las volvía a sacar. En una ocasión encontró una tarjeta. Haciendo memoria dilucidó aquella vez del tren, el tipo que bebía de la petaca, un aserradero distante, la compañía cuya dirección figuraba en el reverso, ser pionero en este siglo, reeditar los viejos tiempos para demostrar la valía de su empuje y

audacia. Una ola de satisfacción inundó su alma. El abatimiento dio lugar a una franca alegría. Los mismos objetos dispersos en el mobiliario adquirieron una relevancia distinta que llenaron de finalidad su existencia. Presuroso, blandiendo la tarjeta, bajó los escalones gritando:

-¡Nina! ¡Ya está! ¡Encontré la salida!

Era evidente que jugar de local tenía sus ventajas. Locadio perdió todo en el Morro das Pretiñas a manos de Alcir Soares, el compadre Miloco, en el último pase. Ahora tenía los meses por delante para sobreponerse y juntar de nuevo una suma convincente.

Tras noches desquiciadas de cachazas, humos y dados en una bacanal de combas turgentes y soeces exclamaciones, aceptaron la invitación, supeditada a los compromisos de Miloco. Se imponía que retribuyeran las gentiles visitas de Locadio. Realizar intercambios como en los servicios internacionales, explicaba Locadio, es costumbre y condescendía al mutuo aprecio que se profesaban los compadres. Además, Miloco desconocía esa pujante zona fronteriza donde la naturaleza ha desparramado su cuerno de abundancia en palos rosas y casuarinas, mujeres tiernas y heroicas y raudales de dineros, habida cuenta de la diferencia en el troco que tornará las apuestas más beneficiosas para el compadre y amigos que guste llevar a ese humilde villorrio que los acogerá como hermanos. Sería el marco apropiado para reinaugar el Marabú.

Tres días a la semana los obreros eran derivados a la construcción anexa al Marabú en sus terminales. Una amplia sala de madera de ley, alfombrada y con ventilación superior fue el comienzo. Al costado otra destinada a los huéspedes con aberturas que daban al aserradero. Conocedor Locadio de los gustos del compadre por el mar, hizo pintar un enorme cartel que disimulaba la vista del obraje. Era una playa de amarillo fuerte y olas azules coronadas de espumas blancas hasta un extremo marrón pues faltó pintura para terminarla. Vajillas y mobiliario se trajeron desde el poblado vecino. Se haría una renovación del plantel pues Locadio quería presentar lo más granado de la zona en materia femenina.

Por una vez Locadio pensó en Meliquia. Quien pudiera tener diez como ella. Una mina de oro. Trató en una oportunidad de acercarse a la pensión donde moraba con la modista Cleme, pero al ver aquella figura de ancho sombrero negro y mirada oblicua, cortésmente se disculpó por haberse confundido de dirección, iracundo y reconociendo al acompañante viajero de Meliquia.

-¡Que coma las sobras! –dijo en alta voz al retirarse. Ella estaba desaliñada y sin tinturas pero igualmente hermosa.

Miloco confirmaría después con exactitud la fecha de su viaje, preguntando por lógica sobre las seguridades de su amistad ya que el objetivo era divertirse sin balas de por medio.

Renzo subió a la sala de espera lujosamente amoblada, plantas ornamentales y murales de extracción maderera. Aún resonaba la voz melodiosa de la

secretaria quien atenta tomó la tarjeta de sus manos y por teléfono repitió su nombre. Haciendo ella una señal maquinal observó que el subgerente se hallaba en una reunión de directorio pero si tenía la amabilidad de aguardar... Los murales de la antesala le producían reminiscencias de una adolescencia vibrante cuyos matices revivían paulatinamente. Eran excelentes fotografías, ampliadas y colocadas como adornos y contemplación de los visitantes. Un yagareté-ojos amarillos cansados- descubría los colmillos en un bostezo harto paciente a la cámara. Una apergaminada anciana –se notaba un trozo de alero y un mortero- chupaba una bombilla de un voluminoso mate entre las manos. Luego un corte transversal de un tronco. Un siglo pretérito, no enfocado precisamente en las contracciones de los rostros, más en relieve sobre las musculaturas abductoras que produce la terminal de fuerza en el hacha – donde principia a desentumecerse la acción- mango, cabezal y filo detectado por el reflejo que interceptaba un rayo de luz diurno y potencial, y la casi victoria boca de pez en que se transformó la base, registrada y mellada por cuencos milimétricos, cuya sustancia yacía esparcida e inerte en un requiebre paleolítico de selva a sucumbir.

El subgerente, calvo y encorsetado en un chaleco negro, lo recibía en un interregno de la reunión e interesado porque se trata –muy someramente pues urgían otras cuestiones que no venían al caso mencionarlas, explicó- del aserradero por los altibajos que presentaban las tablas de despacho. Renzo insinuó los alcances de sus requerimientos. Fue interrumpido varias veces por un discurso sobre las carencias de la juventud en cuanto a motivaciones

nacionales y la pérdida del sacrificio como prenda de reaseguro para construir un país digno y fuerte.

¿Qué basura recogerán las futuras generaciones? –se preguntó el subgerente con voz estentórea y como si estuviera ante un gran auditorio- ¡Bosta! De chivos encima que ni para abono sirve. Pero en fin... estimado amigo Renzo, me cabe el placer de felicitarle por la determinación de ingresar a nuestra empresa, la cual no es fría y especulativa como dicen, sino una hermandad donde hacemos realidad diariamente la grandeza de nuestro país, carcomido por los intereses espurios y antinacionales que drenan nuestras riquezas hacia fuera, haciendo como el tero que aturde pero los huevos los tiene en otra parte.

Esta última frase lo dijo entre risitas entrecortadas, tal vez sorprendido de su propia elocuencia de la que hacía gala en los ágapes empresariales y cenas del Club Prodefensa del Árbol Caído.

Renzo no lograba interponer sus apetencias en plenitud pues viajaría con su mujer y la pequeña infante, escuchó, nada más que el tiempo apremia, no podemos darnos el lujo –la voz era más reposada ahora- de contemplar nuestras remilgosas concepciones extemporáneas, el mercado urge la provisión de materia prima, el mercado es paciente, espera la decisión y el coraje de hombres como usted, las motosierras esperan bramar en la selva, los camiones esperan, también los caminos, ¿qué esperamos nosotros sentados aquí plácidos y pánfilos mientras todo desespera? Lleve a quien quiera pero controle, asiente los envíos, estudie los mecanismos para producir más con menos inversión en el menor tiempo posible: la clave productiva. Por

ejemplo ¿qué pasa con las virutas? Tenemos interesantes demandas de colchones de virutas ¿qué pasa con las virutas? ¿Se las come el antropófago Locadio? ¡Veinte millones de colchones! ¿Se imagina? Hechos con virutas que ahora se tiran al viento, desecho que no cuesta un mango, ¿me entiende? Colchones blondos que servirían para que el descanso del ciudadano sea placentero, rindan más y mejor, lo incite a ser prolífico y que las vastas descendencias colmen los campos y consuman más y más...

Gotitas de sudor aparecieron sobre el labio superior del subgerente. Se acomodó los gemelos en un estudiado silencio que Renzo no osaba romper. Sentía Renzo la incómoda sensación de ser experimento minúsculo de un engranaje desconocido y portentoso cuyas finalidades no lograba entrever. A pesar de la grandilocuencia, el discurso le parecía artificial. No opuso objeciones cuando la secretaria apuntó sus datos y acto seguido alargó la asignación manuscrita de gerencia al administrador.

Apartada geografía, confesó la secretaria, tomándose ella la confianza de ser pares en la compañía desde ahora, manifestando el deseo de conocer el distante sitio con las otras secretarias de planta. Estaban organizando la expedición, dijo con voz parecida al subgerente, en forma cuidadosa por la cantidad de elementos que necesitaban a fin de emprender el abordaje.

No era cuestión de viajar desprevenidas. Consultaron mapas de rutas y adquirieron repelentes de insectos, cortaplumas multiusos adosados de tirabuzones, cortauñas, limas, abrelatas, bolígrafos, anafilácticos para picaduras de arañas, un botiquín a pesar que sabían que existía una sala de primeros auxilios, pero por las dudas ¿vivo? Augurándole un feliz viaje en el

seiscientos seis de la compañía, sin preocupaciones señor Renzo ya que el vehículo dispone de comodidades en la cabina que le permitirán descansar hasta el destino, envidiándole su decisión pues ella ansiaba estar de vuelta de la aventura para comentar los detalles ante sus coquetas amigas en las confiterías de Callao donde repetiría las vicisitudes y delicias que seguramente acarrearía el safari ¿no le parece?

¿Cargas sociales? –espetó el subgerente- Tema superado. ¿Qué hacemos con los golondrinas? No son garantías de afincarse en forma definitiva. Rapiñeros roñosos. No perdemos tiempo en registrarlos. Mano de obra barata pero no calificada ¿comprende? Después de todo tienen que dar gracias que invirtamos allá otorgando fuentes de trabajo, coadyuvando en el desarrollo, hay que apuntar a eso... Si las condiciones del mercado se optimizan podemos lograr una graduable inserción en mutuales y jubilaciones... Mientras tanto que se arreglen como puedan.

-Se labora con volúmenes grandiosos –acotó la secretaria- con un cubicaje que superan los millones pero los réditos son bajos por mantenimiento, transporte, repuestos, las lluvias que impiden llegar en forma oportuna cuando la competencia desfallece. Son imponderables que hacen imposible mantener un grupo errante, mezquina mano de obra que ahonda al final el desfasaje que padecemos y...

-Sin dramas, señor Renzo –interrumpió el subgerente- Usted va con los puntos catalogados para labrarse un porvenir, uniéndose al caníbal Locadio. Él la fuerza bruta, usted las pautas y normativas.

Renzo se hallaba apabullado. Sonaron timbres insistentes. El subgerente, portando una circunstancial sonrisa, se arregló el nudo de la corbata y, sin mirarlo, desapareció tras una puerta corrediza. La secretaria limpió imaginarias pelusas en flores artificiales sobre el escritorio. Renzo comprendió que llegaba el momento de partir sin tener conocimiento exacto si debía hacerlo.

Sin despedirse bajó rápidamente las escaleras de los pisos sin tomar el ascensor.

Se sentía aplacada. La paz de las navidades se prolongaba en el verano. La otra cara de la vida, decía Cleme, la que perdura y es provechosa. Meliquia se encauzó en una diaria rutina amodorrada. Ella notaba por primera vez la tibieza de los días, los humitos azulados de las chimeneas matinales, los palotazos sonoros de las lavanderas en el arroyo cercano, el pan casero caliente y esponjoso. Cleme se las ingeniaba para mantenerla en actividad. De viejas revistas elegía estampas de cortes a fin de cumplir supuestos pedidos. Retazos cuadrangulares e hilachas de géneros se hallaban desparramados en la pequeña pieza. Con temblorosa mano Cleme trazaba los contornos de solapas, botoneras y bocamangas, inculcando el oficio a su adormilada ahijada, como la llamaba. A una consulta si fuera presión baja, Pomposa determinó que era acomodamiento del cuerpo al oxígeno puro.

-Corte y conversación –dijo el del sombrero negro.

Cleme había vencido la antipatía inicial que despertó en ella el dientes de oro quien dijo llamarse Obdulio, apodado simplemente Chino por el estiramiento de

los párpados. Atento y parsimonioso, Chino esperaba paciente que Meliquia se decidiera. No insistía sobre el proyectado traslado a Yaguarón. Cleme trataba de sonsacarle datos personales pero las respuestas no iban más allá de generalidades. Intuía ella que la reserva natural de Chino era propio de su carácter taciturno. Se sentía preocupada por las continuas pesadillas de Meliquia. Quizás fueran imaginaciones suyas y achacadas a la aprensión sobre Meliquia de cuyas actitudes vivía pendiente.

Caballos dorados y espadas curvas rondaban los sueños de Meliquia, sucediéndose en una sucesión cruel que desaparecían con los albores de las auroras. El oro de los santos, pensaba Meliquia sobresaltándose. Se apropiaría de algo sagrado, solo reservado a algunos mortales como los curas y no a ella, una ordinaria amante de lo que camina sobre la tierra. No poseía el cabal conocimiento sobre el valor real sino la hondura extrema del sacrilegio que supondría palpar oro perteneciente a las ánimas, soterrado reino al cual respetaba, pues el sólo hecho del entierro suponía la claridad para juzgar que si los fantasmas escondían sus tesoros en las profundidades sus razones debían tener.

Además ella vivía tranquila sin hacer daño, sin molestar el sueño de fantasmales almas, que sin duda la atormentaban en pesadillas, tornándose camufladas a veces para que desistiera de semejante acción. Era una de las causas por la que demoraba su decisión. Sin embargo, al estar con Chino y comprobar su seguridad desechaba sus ideas riéndose de sus temores. Pero aún en pleno día la asaltaban puntitos movibles en el aire que se transformaban en globos deformes que llenaban el espacio. Se ahogaba y

corría al regazo de Cleme. El que está arriba es de los santos y el de debajo de las ánimas, murmuraba.

Chino notaba que tras la aparente tranquilidad de Meliquia se escondía algo más profundo. Suponía que quizás doña Cleme oponía resistencia a la partida. Mas una noche tuvo la certeza a través de las abortadas frases de Meliquia y de su desesperación por escapar de las sábanas. Dúctil y convincente fue abordando el tema con grandes rodeos cuando Cleme se hallaba en las inmediaciones. Hizo renovar en Meliquia el juramento sagrado del secreto.

-El hecho de poseer secretos hace que seamos de confianza ante los ojos del Creador –dijo Chino- Lo que hace tu derecha debe desconocer la izquierda. Es decir, la grandiosidad del Hacedor que puso la naturaleza para el goce de los humanos, mi reina. Pero a veces estamos en una encrucijada como ésta. Es fantasía para nosotros. No hay recelo porque está dispuesto de antemano. Tenemos el destino marcado. Como soy curioso por las cosas y el prójimo es que consulto a las figuras que representan a los designios que están ahí, son las intermediarias con los mensajes impregnados para cada ser. Es formidable y hay que consultar. No puedo escapar una vez que tenga el conocimiento del asunto. Sería burlarse y una muerte segura me acaecerá. Tal vez esto es oscuro. Pero el resultado es que fuiste designada, antes incluso de tu nacimiento, para acompañarme en esta misión. Es por las almas presas. Las mismas que cavaron la fosa para enterrar fueron encadenadas al tesoro para que no divulgaran el secreto. Solamente por las cartas señaladas se puede acceder y no son todos. Por eso las almas son celosas. Los mensajes que envían son para predestinados. Si alguien osara desenterrar sin estar

designado ellas perderían el cielo irremediablemente. Quizás por eso recurren a artimañas para mover su preciosa carga a la espera de sus verdaderos salvadores. En este caso nosotros.

Contrariamente a lo que Chino esperaba a Meliquia se le acrecentaron los temores. Sollozando confesó que no sería útil en tal menester, que eligiera a otra. A ella no le interesaba el oro que era de santos y ánimas, que la desligara del compromiso pues nunca hizo mal a nadie, solamente una vez a Tota la arañó por culpa de Leoncio, ese cizañero desgraciado, de lo cual estaba arrepentida. Que la dejara libre jurándole no sabía por quien, sí por la santa doña Cleme que me recogió para que bese el crucifijo todas las noches. Que a nadie contaría, palabra de putaranga, que cuando jura no es cualquiera para que sepa. Ocasionalmente ella se tomó unas vacaciones largas, un descanso al cuerpo para volver al redil porque había quedado muy herida con el desengaño comentado. Mas ahora ya estaba repuesta y fresca como una lechuga deseando participar con sus socias de los comentarios sabrosos y picantes sobre poses y longitudes de los machos, mandíbulas batientes de por medio, porque esa vida era llevadera y no ésta llena de problemas.

Ella agradecía la confianza que él depositó en ella, que la hizo sentir mujer pero que tuviera en cuenta que ella también respondió trepidando la cama de la vieja solamente con él. Lo había respetado en su honor. Ahora pedía que, en base a eso, cada cual se fuera por el camino que mejor le pareciese, que mujeres había a granel como porotos negros, ¿por qué ella y no otra? Rogaba haciendo muecas; después suspendía los ruegos y recomenzaba el corte de

uñas del pie de Chino, gruesas y amarillentas, en el pasillo fresco de la pensión.

Por toda respuesta Chino ladeó el sombrero. No hizo un viaje inútil por los desiertos cumpliendo la promesa, gastando en telas y baratijas para fracasar a última hora por caprichos. Asunto muy conversado. Corría a partir de ahora peligro de desvanecerse si no insuflaba concretas definiciones.

Meliquia vio la sombra en el vano de la puerta y no alzó la mirada. Cuando oyó la voz de Locadio preguntando por una dirección equivocada, la pequeña tijera cayó de sus manos. Trató de arreglarse los desordenados cabellos. El corazón se le desbocaba en el pecho. Inútilmente trató de recoger la tijera, aquietar los latidos que retumbaban en sus sienes y el mechón rebelde y elástico que no cejaba en su juego sobre la mejilla. Cuando desapareció la sombra escuchó la risa inconfundible. Corrió al cuarto y cerrando con violencia la precaria puerta, se tiró de bruces al colchón llorando desconsoladamente.

Se dio cuenta que lo amaba.

SEIS

Se instalaron en la larga fila de casitas machimbreras, rusticidad disimulada por una pequeña galería al frente, enrejada por tiras romboidales blanqueadas. Desde el ventanuco posterior se divisaban lapachos floridos en lontananza, tamiz rosa cribando el verdor, signo de la terminación de las heladas y de que el viento aminorara sus tropelías por los corredores crepusculares de los pinares. Se apreciaba una punta del aserradero en el declive del cerro y montañas humeantes de aserrines y virutas.

Locadio los acompañó, afable y risueño, las botas húmedas de barro y el pecho lampiño al descubierto. Reconoció borrosamente al flaco del tren, un viaje gratis que le hizo reír, frunciendo el ceño al recordar los detalles iluminados por Renzo, sopesando la buena memoria del lenteja. Pero de la tarjeta ni por asomo, explicó, mientras Nina acodaba a Laurita en la habitación. No era de extrañar, continuó, porque repartió a manos llenas por toda la región, para dejar precedentes de que un administrador de aserraderos también es un ser sociable y contrarrestar la infeliz patraña del mote de explotadores que venían de los tiempos de la conquista.

-Nada de eso, flaco –prosiguió- Aquí solo hay un manejo: apretar y aflojar. Si apretás mucho te liquidan. Si aflojás se emborrachan sobre las máquinas.

Locadio se sentó sobre la mesa columpiando las botas. Doblaba y desdoblaba el papel membreteado. Estaba conforme que vinieran a ayudarlo. Pero la cuestión de las virutas lo ponía fóbico.

-¿Por qué no viene él a arremangarse? Muy cómodo el señor subgerente – dijo- ordenando desde un sillón. Que venga a ver si no se caga de angustia en

medio del monte. Caen dos gotas y los camiones duermen recostados en los barrancos, llueve un mes seguido y los hongos te brotan en las orejas. El personal con dramas permanentes: siempre tienen una tía, cuñada o comadre en desgracia, que le agarró ictericia, el mal del zambito o la locura de agosto, que el abuelo se fue en agüitas claras al tomar vino con sandía o que la hija se emputeció con el enano del circo... ¡Ah! ¡Esto es tan divertido! Tenés que cuidarlos como niñera, oliendo sus apestosos sobacos y alientos para que no te jodan las máquinas, no de gusto sino de cuadrados que son. Marcás con cruces encaladas los árboles para tumbar y hacen al revés cortando los inservibles porque no conviene incomodar a los muertos te dicen tranquilamente los brutos muy serios creyendo que descubrieron una gran verdad, ¡Una mula sabe más que ustedes, manga de pelotudos, les grito!..¡Ah! Y en cuanto tienen un rasguño te piden indemnización. Eso sí. No saben ni saludar como la gente pero indemnización te la deletrean bien clarito y alto, cosa que se entienda que no son tan bolas como uno cree, la tienen a flor de boca y la despachan con las vocales bien abiertas. Una herida o un dedo perdido y se plantan en la oficina haciendo señas y pronunciando la puteja palabra. ¡Uy! Esto es tan divertido. Y guay si no hacés caso. Se van silenciosos y a la semana el inspector presente. Sale más caro. Pero hay un remedio. Cobran, se van por ahí a festejar con la parentela la picardía de haberle sacado plata a la compañía, justo cae el día del santo, cumpleaños, alguna novena interminable de alguien que se le ocurrió morir y se estira unos días más, ¿después para qué guardar? ¿no llevarás a la tumba unos míseros pesos para que otro tome mate con tu prenda? Y se largan a los quilombos de

la frontera. Al mes están de vuelta, cabizbajos y dispuestos en la cola del conchabo. ¿Y? ¡Perdí pero me divertí, patrón!

Renzo callaba, expectante. Locadio se agitaba. Nina trataba de encender fuego en la cocina a leños.

-¿Y encima el pelado quiere virutas? –siguió Locadio- ¿No se le ocurre una idea mejor? Por ejemplo hacer mandiocas voladoras y tirar como cañitas sobre las villas miserias para que exploten arriba y coman almidón pulverizado? ¡ja, ja! ¡La ley del mercado! Nos ahorraríamos transporte, el proceso de descascarado y la fabricación de almidón... ¡Todo simplificado! ¡Colchones de virutas! ¡Porque no se va a la concha de su hermana!

Locadio caminaba y gesticulaba. Reparó en Nina.

-¿Te animaste a traerla? –dijo cambiando de tono- Se va a marchitar.

La primavera pugnaba por sentar sus reales coloridos en el pálido vergel cubierto de rocío. Renzo se abocó al estudio de planillas en el reducido espacio que ostentosamente llamaban administración. Situada a la entrada del aserradero era inconfundible por sus cuadriculados vidrios opacos por el polvo. Locadio proporcionó información posible sobre el funcionamiento integral del enclave, desgranando a través de anotaciones precarias, cantidades y anotaciones provisorias en servilletas de papel estraza. Renzo se ensimismó durante semanas hasta altas horas para clarificar aquel pandemonio de cifras y datos. La estridencia de la sierra le dificultaba atender plenamente las tareas. Vibración que lo acompañaba con un persistente zumbido impidiéndole dormir.

-Ponete algodón, flaco –decía Locadio- Ya te acostumbrarás a la música.

A medida que prestaba atención, Renzo podía distinguir las diferentes cadencias de la sinfín, cuyos dientes curvos y rapaces lanzados a velocidad desnudaban las intimidades de gigantescos troncos, sus anillos, vetas y nudos, en un estoico enfrentamiento diario y cuyos testigos eran la resonancia y el montículo residual del aserraje. Los silencios estaban marcados cuando la máquina descansaba en punto muerto entre cada corte. Cada árbol tenía su canto propio. Una forma de lamentarse propia, decía Renzo. Ora aguda y alta, ora profunda y cavernosa. La monotonía del rechinar se esparcía en el entorno y medía los horarios del poblado. Inauguraba el despunte del día y languidecía en el ocaso, siendo reemplazada por el motor de la usina. De manera tal que el domingo era pleno y doméstico, insólito y surcado de ladridos, piares, mugidos y saludos a los gritos sin poder dormir por la falta de ruido.

Los peones eran duchos en el arte de las señas. Los códigos conocidos presuponían levantamiento de cejas, guiños, muecas, utilización de dedos y posturas de animales que significaban motes en un espectáculo mímico que sorprendió a Renzo. Después comprendió que estaban sordos.

Comían en círculos y turnándose, viandas o ataditos, sentados cansinamente sobre troncos en la planchada, cubiertos de aserrín y polvos pegajosos. La compra de comestibles y enseres para los hogares eran debitados en la proveeduría, una firma asociada a la compañía. Cada quincena y en sábado por la tarde se abonaban los jornales en la administración. Vendedores ambulantes de fantasías, amuletos y lociones, concedores de los días de pagos en la región, se acercaban con valijas polvorientas y gastadas.

Los peones terminaban el fin de semana con centavos contados, reconvenidos por sus mujeres desdentadas y quebradas por partos continuos durmiendo borracheras de aguardientes puros a falta del canto de la sinfín.

Nina estaba extrañada. No lograba comprender. El rutinario estridor del aserradero y la usina nocturna, la quietud de la calle soleada y agreste, el paisaje distante e inamovible le producían un desasosiego candente. Trataba de superar la desazón encerando los pisos, cambiando los adornos, jugando con Laurita a quien abrazaba contra su pecho como protegiéndola de un peligro inmanente. Después caía en accesos de llantos sin explicarse el real motivo. Nada contaba a Renzo a quien observaba entusiasmado con sus proyectos. Deducía que sería una etapa pasajera. Cada día era un siglo. Los dependientes de la proveeduría, muchachos con los que hablaba, venían una vez por semana. Un viejo médico y el cura una vez al mes. El odioso Locadio solamente hablaba de él. Quiso un perro y al tiempo hablaba sola con Batuque. Reconponía sus recuerdos. Cada tanto centraba con el dial una emisora porteña, silbosa y friturada, entonces bailaba y repetía los avisos en voz alta. Tenía presente los estornudos de Juan en el baño, los desplantes de Lito, la barra querida y añorada de Chatarra, perdida en la distancia y en la urdimbre de la memoria. Su cálida buhardilla paterna, rechazada por hacerse la heroína, pensaba, en una época febril y moderna que dejó muy atrás los visos heroicos e individuales, era recordada asiduamente. No era fácil combatir los recuerdos, que galopaban en su mente por más que ella tratara de alejarlos. Las viejas canciones de Irlanda volvían inquisidoramente a sus labios.

-¡Soy una infeliz! –decía sin consuelo.

Las botas sobresalían en un extremo de la hamaca. Por las rendijas atropellaban haces oblicuos de luz que resolaban en la penumbra. El habitáculo estaba ubicado en la planta alta del Marabú. Había un improvisado escritorio con desordenadas carpetas y papeles dispersos. Una cómoda y una silla de mimbres completaban el aposento.

Algunas botellas vacías yacían en posiciones caprichosas esparcidas alrededor. La estampada hamaca llenaba el lugar colgada por fuertes lazos nudosos a ganchos de paredes opuestas. La mano de Locadio descansaba en el piso después de haberse hamacado suavemente antes de dormir. Siempre tenía la conciencia de retirarla por las cucarachas pero nunca lograba hacerlo. Tenía una casa con comodidades suficientes atrás del aserradero a orillas del Alegría. Sin embargo, utilizaba este piso reservado donde el ambiente se le antojaba más seguro, rodeado de voces y servicios. La casa del aserradero, construida en mampostería por su antecesor, era una recoleta estancia rodeada de árboles y setos donde Locadio recibía a sus huéspedes.

La hamaca era su predilección. Práctica y limpia, decía. Se acostaba vestido, una gorra sobre los ojos cruzando las piernas. Se balanceaba como un péndulo ignoto y aplomado al eje de las siestas. Rebuscaba en la oscuridad inútil un destello remoto e infantil que semejara un columpio sedante y suave. Cuando estaba a punto de descifrar la buena nueva, por indicios de travesaños en la inmensidad del sueño, se despertaba de improviso apesadumbrado por

la enésima traición. Podría incluso deleitarse con los detalles. Había sufrido en el sopor de la hamaca pero el brusco despertar esfumaba los vestigios logrados como la marea engulle los desperdicios en la playa dejando rastros sin contenido. Un enjambre perseguía la destilación de líquido espumoso incontenible que manaba de la nariz en ondulantes dunas infinitas. No conseguía desprenderse por más que simulara correr desesperado en el mismo sitio. No eran dañinos en apariencia pero impedían que remontara al sueño original cuyo velo quería descorrer. Se frotó el apéndice inflamado por la fricción, percibiendo la fragancia a jabón de cocos que dejó el enjambre en su huída y el soplo en el oído relamiéndole los recovecos de la oreja del ventarrón en el arenal.

-¡liuuuuuuuu! –gritó Meliquia, el rostro pegado al suyo, el mechón rebelde haciéndole cosquillas en la nariz, la carnosa lengua apuntando a la barbilla.

-¡Aquí estoy! –dijo agitada por la corrida y ubicándose en la hamaca.

No podía soportar el hecho de irse sin siquiera verle una vez más. Se escapó aprovechando que la vieja y el Chino dormitaban la siesta. No había nadie en la calle. Era un pueblo fantasma a esa hora. Fue superior a ella. Se hizo la promesa firme de no olvidar la afrenta, decía, imperdonable condenación de parte del señor Locadio, pero estaba resarcida en su dignidad de mujer manoseada por él pues se asomó a una nueva vida en compañía de un hombre que a su medida la respetaba dándole los gustos y un futuro cierto. Ella ahora también apostaba al destino marcado. Mucho pensó antes de venir pero consideró que el señor Locadio y ella estaban ligados por una fuerza mayor a la cual era imposible resistirse. Descubrió en aquella tarde en que él

llegó por una dirección errada a la pensión. Allí se puso de manifiesto el deseo y la vergüenza de su falta de arreglo, acucillada descalza a la higiene de los pies del señor Chino. Ella misma no entendió la causa de su llanto. Lo único que deseaba era estar con el señor Locadio, escuchar que le pidiera disculpas por el dicho que aún calaba hondo en su alma. Que no se preocupara porque estaba perdonado de antemano. No era obligación. Pero si hablaba la haría muy feliz si él quisiera continuar con esta mulatiña a quién él hizo mujer y, por lo tanto, le pertenecía por entera.

-Disculpame, loca del diablo –musitó Locadio.

-¡liijuuuuuu! –gritó Meliquia alborozada, subiéndole encima, desprendiendo la botonera a horcajadas en un balanceo frenético de la hamaca.

Que no le quedaran dudas sobre su verdadero sentimiento de amor completo. Hasta la tumba, prometía él. Por parte de ella no había engaños. Estaba dispuesta a revelar sin guardarse nada de lo que aconteciera ¿por qué Dios únicamente debe saber los secretos? Se debería comprender que entre amantes es ineludible compartir el mundo. Ella sentía un peso terrible en su conciencia, que a pesar de saberse con Dios no cejaba en ahogarla en noches de insomnio. Los juramentos son nada sin la creencia de por medio, decía, creo que el señor Locadio estará de acuerdo.

Locadio sentía la necesidad de algo fuerte para beber. La intempestiva presencia de Meliquia reavivaba un deseo que creía desterrado. Su malhumor inicial fue cambiando a medida que la verborragia de Meliquia se desbordaba sin visos de detención aún cuando hacían el amor. Confundido, sin poseer cabal comprensión por la alegría interna despertada por la sorpresa del

reencuentro, Locadio sólo pensaba en doblegar sus impulsos y refrenar sus ímpetus de abrazarla y decirle que la extrañó durante todo el tiempo de la separación. ¡Cómo se reirían si confesara los latidos estrambóticos de su corazón! El trago largo calmó un indiscreto temblor en las manos, distendió el nudo nervioso en el abdomen y clarificó sus inquietudes. La conservaría para él. Que le cuelgue la galleta al del sombrero negro. Él se encargaría de echarlo si fuera preciso. Tenía suficiente poder para hacerlo con sus hombres. Ella continuaría con la vieja Cleme para aparentar. Pensar que viviría con él sería una payasada que no estaba dispuesto a soportar. ¿Futuro? En el monte no existe futuro. El hoy es nuestro, Meliquia. El sol calienta los huesos, el reviro apacigua el estómago, la lluvia empapa el corazón, la cachaza olvida el ayer. El mañana es de los otros.

No, señor Locadio. Habría una posibilidad de invadir también el mañana. Es un arenal como en los cuentos, una casita blanca perdida entre naranjos y palmeras. Uno de los naranjos está magro porque allí está la señal del porvenir. Como un mojón solitario y clarividente donde ella iría para comprobar, disponiendo del bagaje de sus encantos y argucias de moza sumisa. Sabría llevar el último tramo de sufrimiento por ambos, un precio elevado ahora en que planificaban arrebatarse el mañana a los otros y escapar de las ataduras presentes. Cuando se ama ni ánimas, ni santos ni el señor Chino serían escollos. Presumía que él estaba conforme pues le brillaban los ojos. Con más razón después de consumado el acto cuando ella ofrendara el entierro en mérito al amor atestiguando lo que fue capaz por él, considerándose entonces borrada su inveterada casquivanía, sobre todo por los hijos que vendrían a

acompañar sus felicidades en la frontera donde se asentarían a sembrar las semillas del porvenir.

-¡Sí! ¡Sí Meliquia! ¡Oro! –dijo Locadio con una voz que le salía de las entrañas-
¡Oro! ¡Papita para el loro!

-Si te pica la yarará sonaste como arpa vieja –dijo el delegado, mascando tabaco negro de costado cada tanto- No vaya a creer que este es tabaco puro... Aserrín con globito, ja.

El delegado tuvo un arrebatado pasajero de risa. No venía a hacer concesiones ni matizar un diálogo. Renzo entreabrió la puerta de la administración. Estaba sofocado y jirones de las discusiones con Nina remozaban sus pensamientos.

-Para que pueda escupir tranquilo –dijo Renzo. Distinguía la respiración fuerte del delegado de los gorjeos de la sierra. El tufo de la mascada y la sudoración penetrante llenaban la administración.

-No tengo agujero por el tabaco –dijo el delegado mostrando sus dientes blanquísimos- Mi mujer sí... también acá en la sien.

A Nina no logró convencerla de la loba de los viernes. Demacrada y desgredada discutía con aspereza los mínimos detalles de la vida conyugal. Attendía la rutina diaria vestida con un ajado batón azul, pañuelo lila a la cabeza y medias altas de lanilla.

-Si tengo que decirle usted se cae de espalda –dijo el delegado- Muy boca sucia. Un perro el administrador Locadio.

El ventanuco abierto era el marco de su vida. Hipnotizada por el despampanante verde. Laurita gateaba entre sus enfundadas piernas cubiertas por los insectos que provocaron estragos en su piel delicada.

-Sencillo... Al pasar –dijo el delegado- Un tronco... se escapa la motosierra, la batea del ácido también. Un accidente... no costará nada. Pero no sirve dije. Viene otro igual o peor.

-Estoy para servirles –enfaticó Renzo.

-Dulce –contestó el delegado- Herejes dije. Fuego al aserradero y a la capilla.

-¿Están locos? Ustedes mismos se destruyen.

-Sí. Perjuicio –dijo el delegado- Al final sin torta ni pan... Sí, sin trabajo y sin santo... Aguante dije, no nosotros.

-¿Quién entonces?

-La vidente que ve la parte oscura de la luna. Viene el contador.

-¿Quién?

-Don Renzo. El contador sabe la cuenta. Pone orden.

Ella enloqueció en pocos meses. Encerrada en un mutismo desafiante.

-¿Dónde está tu fibra? ¿Qué clase de hembra...? –arreciaba Renzo.

-Egoísmo al por mayor se vende –mascullaba Nina. Laurita lloraba, sus manitas prendidas a la bata azul.

-¿Hasta cuándo? –gritaba Renzo presuroso con la mamadera- El lastre de tus recuerdos. Bajá y asumite.

-Monte-monte-monte-monte –repetía Nina adosada al ventanuco.

-Tenés un motivo más que suficiente –decía Renzo- La nena.

-Verde-verde-verde-verde. ¿Dónde pone la proa el señor pionero? – preguntaba Nina- Rodeada de alimañas. Sos un animal.

-Estamos donde quisimos estar, Nina. No es hora de arrepentirse.

-Quisiste estar en el monteverde verdemonte fatídico que es distinto, mi Narciso.

-Nacen y mueren llorando –dijo el delegado- El mal del ojo. ¿Sabe nuestro apodo afuera?

-No sé, delegado, no sé.

-Yacaré, yacaré.

-¡Por las lágrimas del yacaré, claro!

-Sin gracia –dijo el delegado- Cuando dormimos también amanece mojado el cotín. Cuando ríen lloran igual. La gente cree es de alegría.

-Claro –dijo Renzo- Creen que de tanta gracia por lo que cuentan ustedes se ríen hasta las lágrimas.

No. Es por el aserrín. Ahí está encerrado todo. Saque la cuenta.

-¿Qué carajo voy a sacar, delegado?

¡Remontad el Paraná! –Nina gesticulaba- ¡Tierra de promisión! ¡Estoy enterrada viva! ¿Me entendés? Los cantos de la sierra y la usina serán mi réquiem mortuorio.

-No compliqués las cosas, Nina. Es muy pronto para sacar conclusiones.

-La huerta era el génesis. Perdimos Renzo. Es tu culpa. ¡Allá leche tibia, sábanas almidonadas! ¡Proa al Paraná! ¡Ah!

-Este delegado habla y salen verdades –dijo el delegado- Dije el último pique de la tierra colorada. Es grande la alevosía. Porque en Campiñas de América

es mejor. Capricho por venir acá. Morir en el capricho dije, en Campiñas antes...

-¿...por? –preguntó Renzo.

-Ya le dije. El aire este es mejor.

-¡Señor delegado! En vez de taparnos los oídos voy a amordazar la sinfín.

-Déjela tranquila... Muchos dedos comió, ja. Tape la miseria más vale contador.

-¡Señor delegado! Nos vamos a pique. Del mismo barco sacaré los elementos para tapar los boquetes.

-Lo dijo. Robar para tapar.

-¿Robar? ¿Yo? ¿Un ladrón?

-Cien años de perdón, contador. Le alcanzará el tiempo para contarlo.

-¿Ustedes no piensan en mí, delegado?

.-Sí. Es el santo de nuestra devoción, contador.

-Pero el señor se emperra –decía Nina- Con un falso orgullo creyéndose un adelantado de la Corona rechaza todo. ¡Desayuno en la cama! ¡El hogar! ¡Tirado por la borda en este barco estúpido! Y yo arrastrada a este verdusco mar estancado. ¡Maldigo el día de Ezeiza! ¡Que loca! ¡Ah no! ¡Esto no va a terminar así! ¿Qué dirán mis padres si me vieran hecha un andrajo viviente? ¿Te fijaste como estoy? ¡Una piltrafa humana! Pero el señor pionero solo mira a los monos del aserradero.

-La felicidad de ellos será la nuestra, Nina.

-¡Pamplinas! La felicidad a costa del tiempo que me robaste es denigrante.

¡Nunca seremos felices! ¡Vulgar ladrón!

-Es injusto e inmerecido, Nina.

-¡Señor delegado! Es robar pero llamémosle distraer para vivir.

-El santo sabe lo que hace –dijo el delegado escupiendo en el resquicio.

-¿Sabes como terminaré? –decía Nina- ¡En el Marabú! Por lo menos por unas caricias sentiré que el tiempo no se ha perdido.

-¡Basta! ¡Basta Nina! ¿Dónde me quieren llevar? ¡Quieren matarme! ¡Todos! ¡Se han confabulado! Quieren verme vencido y humillado. Que pida perdón. Pero ¿qué hice? Quiero que me digan que hice de malo. ¡Hay que aniquilar al rebelde! No saben que si caigo caerán todos ¡Te lo aseguro!

Era una empalizada precaria de tacuaras partidas en dos y unidas por finos alambres oxidados. Se accedía por un tortuoso y arenoso caminito plagado de espinas entre matorrales. Desde ahí se divisaba en la lejanía las encaladas paredes de la iglesia de Yaguarón, el campanario y el oscuro alar de tejas. En el recodo desaparecía tras manchones de cocoteros. La casita blanca oculta tras la cerca no era tal sino una tapera de adobe y pajas grises en medio de un abandonado naranjal. El rancio olor a naranjas en descomposición fue lo primero que percibió Meliquia al cruzar el desportillado portón. Tornasoladas moscas zumbaban bajo la fresca sombra de los naranjos. En el interior del rancho, húmedo de encierro, solamente había un camastro de tacuaras atadas con lonjas de cuero curtido y, en el hueco de la pared, sebos de velas derretidas.

-Por los ladrones –dijo Chino por toda explicación.

Fue lo único que pronunció desde que bajaron del ómnibus en la parada de la curva. Desechó el griterío de los chicos que se arremolinaban para llevarles los bártulos y los acompañaron un trecho insistentes. Chino eligió empedradas callejuelas solitarias, disimulando con el ala baja del sombrero el rostro empapado de sudor.

Chino recorrió a grandes zancadas el predio, resuelto e imperioso. En un claro emergía una planta seca y esmirriada, interrupción brusca del conjunto con garfios al sol.

Meliquia quemaba telarañas en los rincones. Escuchó las interjecciones de Chino. La rondana había desaparecido. La tapa del aljibe estaba semienterrada entre yuyos rastreros. Las imprecaciones de Chino subían de tono. Entró como una tromba al rancho y, haciendo a un lado el camastro, se apresuró a desparramar restos movedizos de ladrillos que dejaron al descubierto una tapa de sótano pequeño. Con la alegría propia de un niño que encuentra sus juguetes perdidos mostraba las herramientas: pala, pico, recipientes, sogas.

-¡Estamos a punto! –exclamó.

Después la luna fue una enorme bola blanca al ras del naranjal. Un blancor intenso arrancaba sombras agigantadas. Un grave silencio acompañaba la gravidez lunar. Meliquia oía su propia respiración. Vuelos de pájaros nocturnos rompían el ajedrezado espacio y sus chistidos resonaban en el interior del rancho. Meliquia sentía un vago temor.

-Especial para la oración –dijo Chino.

Al pie del naranjo seco Chino se arrodilló convocando la bienaventuranza de los espíritus. Alzaba los brazos con las palmas abiertas al claro de luna. Había cumplido la promesa solicitada por las figuras. Soportando penurias de variada laya rescató el alma femenina de recónditos pinares, la tierra del Plata semejante a la luz que alumbraba esa noche. Ella estaba ahí como ofrenda palpitante, hincada por su humildad manifiesta, cabizbaja por el reconocimiento de la Fuerza Mayor que premia el sacrificio bondadoso y castiga la soberbia y villanía. Mediante él, transformado en nómada por la búsqueda infatigable, ella podía gozar del valor del bien, porque fue raptada de las garras del maligno temperamento y por eso conoce los subterfugios del mal en su propio caldero, hecho relevante que sirve a los designios. Por lo tanto él entregaba su paciente y calculado trabajo, con la salvedad de la recompensa que significa liberar las almas engrilladas al tesoro para que, en comunión con la maja arrepentida, engrosen las huestes del paradigma venturoso en la tierra pecadora. Que de cualquier manera él se conformaba manifestando su acatamiento a lo que fuera ordenado golpeándose el corazón siete veces esperando la respuesta que se dignen dirigir.

Ni una hoja se movía. La rigidez del minúsculo naranjo era patética. Meliquia estaba asustada. Había hollado las huellas de lo desconocido. A pesar que era inaudible el bisbiseo de Chino presentía algo siniestro. Salvo Locadio y doña Cleme nadie sabía que estaba ahí. La luna, el silencio, la falta de viento, el comportamiento de Chino distante como si ella no existiera, dábale la sensación de miedo y parálisis. Buscó mentalmente algo en que aferrarse, su vida pasada, los innumerables jadeos de bocas alcohólicas, la muñeca de

trapos que su padre salvó del incendio de la casa, el oro de los santos, peras y uvas ¡Locadio! ¡Sí, Locadio!

-¿Qué...? ¡Sí, es el murmullo! –exclamó Chino.

La imagen de Locadio apareció en toda su dimensión a los ojos de Meliquia. Que la mantuviera sin traicionarse, sagaz actuación para que se salven. Mesura, tranquilidad, reflexión, ¡meu amor!

-¡Ya está! ¡Al amanecer! ¡Mañana! –exclamó Chino.

Meditación ahíta y contrita. Dormir. Cerrar los ojos con fuerza. Asirse a Locadio con todo su ser.

Plato anaranjado amerizando el nacer del día, el sol capitaneaba sobre los palmerales anunciándose tórrido y tenaz. Meliquia palpó el chillón dorado lineal filtrado por las rendijas. No durmió en toda la noche pendiente del hombre en la galería. Tenía la lengua pastosa y languidez de estómago. Sin apetito era un manojo de reflejos mentales. Se sentía transportada, levitada a una real ensoñación, aspirada por el sueño de un duende cuya culminación era indescifrable y del cual era partícipe principal pero con la sensación de haberlo vivido realmente en un pretérito borroso. Cada paso era una conformación acabada del retroceso sin punto de partida pues cada momento pasado era novedoso y aumentaba su febril imaginación catapultando su desesperación hacia las cosas a las cuales acariciaba, sopesando con los dedos su mundanal pesadez. Gorriones bochincheros sacudían la quietud del naranjal y pájaros negros, ceremoniosos y enlutados, vigilaban desde altas ramas.

Un constante y remoto retumbo oyó Meliquia. Se levantó de un salto, teniendo conciencia que era el día indicado y por primera vez se le ocurrió rezar una oración que surgió improvisada en sus labios.

Chino avanzaba en el redondel marcado. Dispuso los enseres antes del amanecer y, apenas despuntó el alba, demarcó con energía los límites del futuro pozo. Con el torso desnudo, el sombrero puesto y un calzón, despellejaba en paladas rítmicas porciones terracotas de tierra oxigenada en un montículo creciente. Cuando llegó Meliquia hizo un alto bebiendo de una cantimplora.

-Solamente ruda y caña –dijo a modo de saludo.

A medida que ascendía el sol, sus rayos penetraban en la hondura, descubriendo anilladas y moradas lombrices. Con un vigor que rezumaba por los poros Chino acometía la faena sin levantar la vista, hundiendo la pala de punta en la porosa tierra, cortando raicillas y raíces profundas cuyos pálidos muñones eran testigos de su incontenible fuerza. Un pintarrajeado pez se movía en su pecho moreno, contrayéndose elásticamente al excavar y distendiéndose en la expulsión, vivo pulmotor tatuado de una inalcanzable tetilla que le servía de anzuelo.

Acuclillada en el borde Meliquia observaba la conspicua tarea de Chino, el cuerpo lentamente absorbido por la profundidad y los relieves del sombrero negro acompañando los movimientos de la pala. La volante sombra de ésta se depositaba por instantes en la pirámide de tierra y desaparecía nuevamente. Nada le parecía más llamativo que el diámetro ensanchado de la abertura, las cantidades acumuladas de tierra, el sombrero negro ocupando el círculo del

pozo. El contorno perdió interés para Meliquia. Esclava de una galera romana sólo oía el sordo retumbar de las profundidades.

-¡Balde! ¡Soga! –ordenó Chino.

Meliquia se dispuso a entrar en acción. Comenzaba el penoso trabajo de izar el recipiente cargado. Estaba imbuida del ritmo y se adaptó rápidamente, logrando una labor sincopada como si toda la vida hubiera excavado. Cada tanto Chino ascendía por la escalerilla para renovar aire y arrojarle agua por las sienes. Sus sombras iban ciñéndose al cuerpo y las chicharras clamaban a coro la eclosión del próximo bochorno. Chino colocó paños mojados dentro del sombrero.

Meliquia no se animaba a mirarle por miedo a traicionarse persiguiendo, distraída y callada, lombrices en los frescos montones. Sucia de mugre y sudor, nada quedaba de la otrora reina del cabaret. Las uñas astilladas, los callos de las manos como puntas de fuego por la fricción de la soga y un calcinante dolor de cintura, aumentaban en Meliquia el rencor a aquel odiado sombrero negro alejando sus remordimientos que en un principio rondaron su mente. Tenía la certeza ahora que quien la convenció para esta tarea no merecía una pizca de su amor.

Cuando el sol cayó a plomo sobre el pozo, Chino descansó. Esperaría el momento justo en que los bordes no produjeran sombras en la excavación. Era para hacer notar la penetración de luz en todo su esplendor sin resquicios de oscuridades. Mientras duraba la oración, Meliquia preparó en el rancho el bolsón de plástico con algunas prendas dispersas. Le pareció escuchar un lamento quejumbroso. Pero se tranquilizó al levantar vuelo una bandada de

gorriones por el comienzo del golpeteo. El dinero plegado en dobleces cupo en el relicario colgado al cuello. Fuera del monótono socavar no oía ladridos, voces ni cantos de gallos. Como si todos estuvieran fisgoneando tras la cerca, sin hesitar, espiando la sacralizada labor de desentrañar y raptar secretos a los prisioneros del subsuelo.

El sol se despeñaba oblicuamente. Meliquia volvió a la rutina. Un travesaño oficiaba de soporte al izamiento del atado balde. Meliquia dudaba. Todo parecía normal sin expectativas. Hubiera querido estar rodeada de sus compañeras, compartiendo con música un esparcimiento inédito e ilimitado, infrecuente y digno de ser festejado. En cambio, se hallaba en la soledad de un perdido naranjal y expuesta a la despiadada canícula que le revolvía los sesos.

-¡Señal! –gritó Chino- ¡Carbonilla!

Estratificadas en bandas simétricas dos líneas blanquinegras resaltaban, descubiertas en plenitud por la tesonera pala. Mezcladas de areniscas, Meliquia desmenuzó la tibia materia.

-¡Señal de muertos calcinados! –gritó Chino.

Meliquia retiró la mano con presteza. No estaba en condiciones de continuar. Rogaría a Chino que la liberara, que la dejara abandonar la búsqueda sin condiciones. Pero se contuvo. Una fuerza superior atenazaba sus impulsos. Llegaría al final. Aún si fuera el triste final de una putarraca sin registro, veleta que danzaba al compás del viento dominante. Nunca como ahora pensó en ella misma. Descubría su cuerpo bien proporcionado, sus formadas pantorrillas trabadas en un trajín desfalleciente. Dejaría que los acontecimientos pautaran

su vida. Si el tesoro fuera para ella gozaría con Locadio en el futuro. Si así no fuera sería carbonilla despanzurrada en el pozo.

-¡Pobre Meliquia! –se dijo mordiéndose el labio inferior.

Chino era una figura apenas divisada en la lobreguez del pozo. Solo el movimiento de su sombrero y los tirones a la soga denotaban su presencia. Eso tranquilizaba a Meliquia. Cuanto más distante se hallara sería ideal, tal la fobia que la dominaba. Además, se reconfortaba al estar segura de sus pretensiones y acaparando una creciente confianza.

El calor no menguaba. Parecía evaporarse en bocanadas desde la hornalla del pozo. Las proyectadas sombras de los naranjos reptaban lentamente del suelo. El sol descendía en un licuado firmamento de pastel crema batida. Meliquia se desabrochó el corpiño y tumbándose se arrojó agua en la frente y senos masajeando los pezones.

-¡Ay vida, vida! ¡Tú te vais! –suspiró.

-¡Hey,hey! –gritó Chino.

La tierra cada vez más oscura salía sin intermitencias mayores. El ritmo inicial se aplacó. La sonoridad hueca fue la nota distinta y plena, expandida en ondas, trepada a las raíces y exhalada por los naranjos a la aurífera tarde. El tambor seco volvió a repetirse y después la resonancia era un diapasón resucitado de la eternidad. Meliquia estaba aturdida. El filo del pico, émbolo impelente descontrolado, produjo el sonido metálico atesorado por la noche de los tiempos, celosamente encapsulado y acuñado por los fenecidos esperanzados en el futuro estallido del choque metal-metal a la luz del día.

Un suspiro extenuado provino del pozo. La escalerilla se movía. Meliquia se sujetaba el pecho, temiendo que el corazón volara. Chino emergió con un bulto del tamaño de un gran zapallo carcomido en sus romas puntas. Era un cofre hermético y oscuro. Chino limpió la tierra adherida. Depositado era un inocente trasto inmemorial e inofensivo. Meliquia estaba abochornada.

Exhausto por el esfuerzo, cubierto por una oscura pátina, Chino no articulaba palabra, las pupilas dilatadas y amarillas. Meliquia no atinaba a romper el silencio. El pez del pecho desapareció bajo la costra terrosa.

-Me esperan. Ya vuelvo –dijo Chino y volvió a bajar. Meliquia dio un respingo. Era el momento de actuar. Levantó el cofre. Las sienes le estallaban. Lo dejó acordándose de la escalera. Jadeando y de un tirón retiró la escalerilla. No supo si el alarido fue en ese instante o cuando estuvo en el rancho, tratando por todos los medios de encasquetar la cosa en el bolsón. No entraba. Sacó desordenadamente las pertenencias diseminándolas por el piso. Corrió al portón arrastrando el bulto. Todo seguía igual. El portón estaba trincado con vueltas de alambres. Miraba aterrada en dirección al pozo. En un supremo acto voleó el bolsón. Un ruido seco acompañó el golpe. Injertándose astillas de tacuaras trepó la cerca y en la caída se acordó de los zuecos olvidados. No sintió las espinas y la arena estaba caliente. El campanario se acercaba brincando en el horizonte.

-¡Estradiña... linda! –exclamó corriendo.

SIETE

Un tractor fue el anuncio. Una neblina baja y espesa rastreaba las calles. El pueblo flotaba. El tractor avanzaba sin ruedas, deslizándose despacio en el algodón viscoso y gris. Varios hombres descendieron, se sumergieron en la neblina y reaparecieron en las escalinatas del Marabú. A no ser por los faros encendidos y los bocinazos, nadie sabría que Miloco hizo su entrada ni apreciar el Impala celeste con el antílope suspendido en el capó ni las bandas blancas de los neumáticos. Se acercaron sí cuando el stop intermitente quedó detenido en una aureola dorada y la bocina insistía desde un solo punto. Los portazos señalaban que los invitados bajaron.

Miloco, moreno ágil y de ajustado chaleco, no disimilaba su irritación. Oliendo un clavel en el ojal mantenía la boquilla de ébano entre dientes, haciendo gestos para que su comitiva se apresurara. Locadio no cabía en sí de satisfacción. El compadre en persona, aquel de quien se tejían casi leyendas en la frontera, el propietario de afamados garitos y del burdel más concurrido de la comarca, se dignaba pisar los rústicos tablones de su modesto quilombito.

-¡Asco de pueblo! –dijo Miloco al pasar.

Fueron sus cabezas las que a modo de bolas de billar caminaban sobre el manto de neblinas. Los acompañantes eran servidores y guardaespaldas que desbrozaban el trayecto con el tractor. Los del auto eran tahúres y contadores de bromas a las cuales era afecto Miloco en los viajes. Y dos ejemplares

selectas elegidas del súper elenco del Morro: las mulatas mellizas, las que de un salto treparon al baúl para que las admiraran.

-Inés y Eirene –dijo la cabeza de Miloco- En realidad una es Inés y la otra Irene pero antes las llamaban juntas: ¡Inés e Irene!...como son mellizas. Las compré por una arroba de maíz, je.

Las cabezas se apelotonaron en la entrada al Marabú y la de Miloco fue la primera en desaparecer seguida de las otras. Dispondrían del salón para una cena en honor de las visitas. Locadio se entusiasmaba sobre los proyectos respecto al negocio, mostrando al visitante la sección del buffet, el entablonado prolijo del piso, el impresionante espejo empotrado que dominaba el salón, las mesitas de consumición y la escalera que conducía al refugio de Locadio. La puerta posterior estaba disimulada por tirillas multicolores de plástico tras la cual se entrevía el pasadizo al que desembocaban las piezas. Atrás del bar el anexo con una cocina a leñas y utensilios diversos. Contiguo a éste y por un estrecho pasillo, una amplia habitación con fuerte olor a resinas, construida especialmente para el compadre si gustara pernoctar aquí ya que se disponía del chalet para huéspedes a orillas del Alegría. Un ventanal de grandes proporciones, cuyas cortinas descorrió Locadio, daba directamente al mar azul de arenas amarillas terminadas en marrón, detalles que serían apreciados cuando se disipara la endiablada neblina que cubría este maravilloso lar, digno de una postal tipo oeste americano del siglo veinte y....

-¡En síntesis: tu asqueroso pueblo! –dijo Miloco en un arrastrado portuñol, despachándose una carcajada que fue coreada por los asistentes.

El reservado estaba al otro extremo de la construcción donde fue la comitiva, cruzando el salón y deteniéndose ante el exclusivo: alfombras, una mesa redonda con ceniceros y un trinchante vidriado. Una lámpara con visera colgaba desde lo alto y en un rincón una a querosén de repuesto. Los muchachos podrían alojarse en las piezas del fondo.

-Con sábanas limpiitas ¿eh? –dijo Miloco- Estos son delicados nenes de pecho. La cena de agasajo se haría esa misma noche. Estaban invitados los pobladores que quisieran adherirse a los festejos por tan grata visita. La mesa principal se armaría en el salón y sobre caballetes mesadas en la acera.

Tres vaquillonas y diez lechones se asaban lentamente en las estacas. Humos que no se veían por la conchuda neblina, decía Locadio, ofrenda para que el recuerdo perdure y en atención a las deferencias recibidas en el Morro, a pesar que él siempre fue un soberano perdedor, pero lo importante era la amistad entre machos que tenían los mismos gustos para jolgorio de la gente pues ¿qué sería el mundo sin nosotros?, preguntaba Locadio abrazando al compadre.

-¡Sería una lágrima! –respondió Miloco.

Mientras Locadio servía unas copas, Miloco ordenó que descarguen los baúles. Se sacó el chaleco y una reducida cartuchera y culata asomaron a la cintura. Tiradores rojos marcaban sus estrechas espaldas sobre una sedosa camisa salmón.

-Escuche, meu patricio –dijo Miloco a Locadio- Estoy contento en tu casa. Contento como si estuviera en mi propia. Está cierto. Es raro que yo salga para aquí. Siempre voy a Sao Pablo, a Ibirapuera, a los negocios de los compadres

donde está la mercadería. Tú comprendes ¿eh? Después un baño en el mar... Todo legal. Pero mira una cosa. Cuando recibo tu convite, no sé, me trastorné allá en el Morro. Sí, la alegría descuenta, pero sentía que un imán me estiraba, una fuerza grande que me impedía pensar otro asunto. Solamente quería llegar acá, no sé que encontrar en tu asco de pueblo y estoy tapado por la cerrazón lo que aumenta mi sensación... Pero olvida esto, es confianza en tu amistad nada más.

-¡Lo que sucederá es que ganaré! –exclamó Locadio, motivado por la espontaneidad de Miloco en contarle sus cuitas. Jugarían al mono, nueve y medio, pase inglés. Locadio mostraba cartones novísimos y como recién impresos, haciendo galas de velocidad en manejos de cartas.

-¡Loba! –dijo Miloco.

-¿Loba? ¡Juego de mujeres! –dijo Locadio- ¿A qué viene eso, compadre?

-¿No? Hay tres solteronas que juegan como diosas... -dijo Miloco- ¡Eh, eeh! Yo sé más que usted.

Locadio estaba sorprendido. Era probable que los hombres de Miloco hubieran pasado información previa.

-Mas noto que usted está nervioso, meu patricio –dijo Miloco.

-No es nada, compadre. Es solo una pollera que espero ¡Ea! Tomemos una copa.

La niebla fue deshilachándose deprisa como si un invisible soplo impeliera su retirada hacia los pinares y montes cercanos donde persistía serena,

escudando batallones inmensos. A Nina le gustaba la niebla. Hubiera preferido que nunca se disipara por completo. Que continuara cobijando el puñado de chimeneas. Que siempre desdibujara la convexidad de la tierra; que tornara desconocido el galpón del aserradero, y también la granate tierra que pisaba. Que se toque pero que no se vea, que sepan que están sin verse. Desde el ventanuco observaba la difuminación, el sol visible entre jirones de una diáspora insustancial y etérea. Nina rogaba que los rayos retrocedan, que paralicen su loca carrera perpetua. Que el arroyo multiplique sus aguas en un avance estruendoso desprendiendo volutas de tules azulados. El gesto quedó en el vacío. La luz iluminó de soslayo su rostro insomne.

Renzo pasaba las noches en la administración, concentrado en fragorosas ecuaciones cuyos resultados aumentaban columnas verticales en planillas. Amanecía dormido sobre el escritorio.

Al principio Nina iniciaba una vana búsqueda palpando el lugar vacío en la cama, recorriendo los silenciosos espacios y ansiando oír los pasos conocidos en la galería. Vigilaba el angelical sueño de Laurita al borde de la cuna. Optó más tarde en llevarla consigo a dormir, brasita irradiante que la relajaba en un leve dormir.

Ese día la despertó una serie de explosiones anormales, entresacadas del común de la sierra. Por momentos lejanas en el puente y a plenitud en el cerro, seguidos de bocinazos sonoros.

Un denso velo gris ascendía y opacaba el horizonte en un talud liso y saturado en la lejanía. De este lado el sol despuntaba tejuelas, barrancos desbordados

de vegetación y abruptas rojas calles como venas abiertas a las galerías colmadas de tiestos y flores.

Unos suaves golpes a la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Era el dependiente de la estafeta. Pero no era correspondencia. Una invitación para un popular asado en honor de ilustres huéspedes encabezados por un compadre de Locadio cuyo nombre Nina descifró en la perfumada tarjeta: en la seguridad de honrar la fiesta con sus presencias los saluda Castellano Locadio.

-¡Ilustres huéspedes! –musitó hastiada.

Si provenía de Locadio, pensaba, sería una barrabasada, un fiasco. Sin salir de la casa sabía las andanzas y entretelones de los actos de aquel granuja que, sin respeto hacia ella, había intentado varias veces cotejarla sin éxito mientras Renzo trabajaba. Tenía un chalet de novela en el cerro con comodidades para una princesa, decía. Haría cambiar ese ajado batón azul por vestidos como se merece una verdadera dama, descuidada por el melindroso contador, una mujer que haría las delicias de cualquier hombre. Un desperdicio en este lugar, decía, tirada y abandonada en el monte, invalorada en su belleza sin comparación alguna con las mariposonas del Marabú que lo único que saben es despatarrarse ante cualquier pantalón que camina.

Lo alejó el silencio impenetrable de Nina, su tiesura y envarado caminar por otro mundo y el cuchillo clavado en el alféizar de la ventana al alcance de la mano.

Nina percibió el aroma a carnes asadas. Hoy estaba decidida. El posponer por tiempo indeterminado las cuestiones que la angustiaban tocaba a su fin. Renzo

tendría que comprender que ella no estaba formada de hierro forjado. Era un ser de carne y hueso que también sentía. Quería vivir de otra manera. No nació para ser inmolada en el altar del monte virgen. Los olores a carnes asadas y la perfumada tarjeta la decidió. Ella era harina de otro costal ¡Era burguesa! Sí, le gustaban los placeres de la vida burguesa, descubría risueña ¿qué pecado...? no esta horripilante sucesión de vidas sin sentido, miserables cavernícolas respirando en una cueva de óxido ferroso. Estúpida alienada por esperar milagros que si se daban eran solamente en solares civilizados y no aquí. Pies en polvorosa. Abandonaría el insoportable fuego que la consumía en un despiadado martirio diario. Sin más trámite que preparar a Laurita, el buche de la valija que abierta le decía ¡ven, ven! Y el colectivo rumbo a las picadas y caminos cada vez más anchos. Sería el edén. ¡Volver! ¡Llegar! El crepitar del fuego en el hogar, el rocío del huerto, el estiércol del establo, ¡Oh Dios!

El viento norte engarzaba remolinos de polvo en las calles, columpiando carteles, maquillando de rojizo al Impala. Bolsones de nubes grises aceradas acechaban tras los pinos.

-Tenemos el cuero bien curtido –dijo Pomposa- Neblina al desayuno, almuerzo con el norte...

-...tormenta con la cena –completó Alesia- Ojalá que llueva tres meses seguidos.

-Se arruinaría la cena de esta noche –dijo Cleme.

-Por mí que revienten –dijo Alesia.

-Después de todo han sido gentiles –dijo Pomposa- nunca hubiera esperado que nos invitaran.

-Cuando la limosna es grande... -sentenció Cleme.

-Sí. Algo se traen estos bicharracos –dijo Pomposa- Pero me carcome la curiosidad.

-Ya sabemos. Que la curiosidad es la base de la sabiduría –dijo Cleme.

-Ni más ni menos, Cleme.

-Planto. Y van cuarenta –dijo Cleme- Más veintidós del viernes pasado...

-Suerte perra. Me pondré chaqueta –dijo Pomposa- Paso.

-Si es el rosa del año pasado –dijo Alesia- no lo intentes... La mitad de las nalgas tomarán el fresco nocturno.

-Algo tengo que mostrar –dijo Pomposa- ¿No?

-Sí. Porque si te ven de cuerpo entero –dijo Alesia- se confunden.

-Otra escalera –dijo Cleme- Continúen... después tendrán que empeñar el apellido.

-Total, plata no tengo... ¿qué me van a sacar? –preguntó Pomposa.

-Las ganas de comer te van a sacar –dijo Alesia.

-Bien que a vos te falta ponerte al día, Alesia –reconvino Pomposa.

-Es notable... -dijo Cleme- Todo el día pensé en Meliquia...¿qué será de ella, mi santa criatura?

-¡Zas! –dijo Alesia- Saltó la madre oculta.

-¡La extraño tanto! –prosiguió Cleme- ¿Será feliz con Chino?

-Si no hay noticias es buena señal –dijo Pomposa.

-Me toca a mí –dijo Alesia- que peor desgracia con la madre postiza que ligó, pobrecita.

-¿Qué...? No vayas a cacarear, Alesia, -replicó Cleme- Cada una tiene su historia y la tuya es bastante sabrosa.

-Planto. –dijo Pomposa- ¿Y si voy de pantalones?

-Perdón –dijo Alesia- No escuché bien. ¿Es un asado... o una feria de vacunos?

-Ojo Alesia –dijo Pomposa

-O bien ponete una bata –dijo Cleme- como la porteña.

-¡Ca! Diste en el blanco, Cleme –dijo Pomposa- Madam Pompadur queda hecha una migaja.

-Si algo le faltaba a este pueblo –interrumpió Alesia- a su troupe de astros y estrellas, aparece la porteña para completar el elenco.

-Corto y doy. Pura pinta –dijo Pomposa.

-Engreída –dijo Cleme.

-Taradita suelta –sentenció Alesia- Arruga la nariz como si oliera...

-¿Qué... ? –preguntó Cleme.

-Como si oliera mierda –alzó la voz Alesia al oído de Cleme.

-¡Ah! Y encima no es casada –dijo Cleme- Dicen que no hay ninguna fotografía de casamiento en la casa.

-Y le guampea a Renzo –dijo Alesia- Pobre. Dicen que Locadio anda entreverado.

-Sí. Estuvo rato largo con ella –dijo Cleme.

-Pobre Renzo ¡Tan honrado, tan formal! –dijo Pomposa.

- Sí. –dijo Cleme- Tanto hace por este infeliz pueblo que se olvida...
- En realidad la gente tiene que ponerse de rodillas frente a él por lo mucho que ha hecho en tan poco tiempo –dijo Alesia.
- Vive en la administración –dijo Cleme.
- Que otra cosa le queda –dijo Alesia- Para mí que sabe.
- No sean chismosas –dijo Pomposa- Renzo es un ángel de hombre.
- Por eso mismo –dijo Alesia- Debemos protegerlo.
- ¿De quién? –preguntó Pomposa.
- ¡De Locadio! ¿De quién va a ser? –replicó Alesia- Y de sus amigotes. ¿Vieron la estampa del brasilero?
- ¡Rompe y raja! –exclamó Pomposa- ¡ay! ¡Me dijeron que tiene unos bigotitos!
- Sí. A lo Errol –dijo Cleme- Para hacerte cosquillitas.
- ¡Ay! Me cosquillea el corazón al pensarlo –dijo Pomposa.
- Tendrá que apartar la papada para llegar al carozo –dijo Alesia.
- Por lo menos tocará carne y no hueso pelado –contestó Pomposa.
- ¿No te das cuenta Pompo que es un bandido de siete suelas? –dijo Cleme.
- Ya sé, ya sé –dijo Pomposa- Pero los bandidos tienen algo de atracción fatal.
- Sonamos. Una menos en la loba –dijo Alesia- La vampi Pomposa rendida a los pies del gángster abandona a sus amigas del alma y se encamina perdida tras las turbulentas huellas del vicio y la degradación ¡diario diario! ¡Últimas noticias!
- ¡Oh no chicas! ¿Piensan que por asomo las dejaré? –dijo Pomposa- ¡No se librarán tan fácilmente de mí! ¡Que esperanza!
- Una broma –dijo Alesia- Yo no sé que haría sin ti... pese a todo.

-Ni se te ocurra, Pompo querida –dijo Cleme- Te quiero más que a una hermana.

-Empezó el radioteatro –dijo Alesia- ¿Será posible? Viejas y zalameras.

El delegado hizo un alto. El norte desparramaba el humarazo hacia las casas. Mandó colocar chapas de canto trabadas pero el humo rebotaba y salía impelido con más fuerza. Abandonó la tarea.

-¡Mejor para el apetito! –exclamó.

Leños ardientes crepitaban en el declive. Las brasas hacían gotear cuartos y espaldares dispuestos sobre viejos elásticos de camas. Los costillares y lechones estaban estaqueados al borde. Jugos sanguinolentos e innumerables ojos de grasas brotaban de las carnes expuestas corriendo hacia el chis chis del fuego. Faltaba el vino, solicitado por el delegado y negado por Locadio hasta que se termine el asado.

-Por un lado estaba bien –decía el delegado. Así su gente atacaba tranquila la faena pero el sediento era él.

Desde el día anterior andaban en los entremeses del asado. El ofrecimiento fue tentador. Desde el corte hasta el plato. Convenía por los premios: las vísceras más los cueros. Tuvo que elegir las vaquillonas y los lechones. Renzo dio permiso para que una cuadrilla trabaje en el asado.

-Tipo letrado este Renzo –decía el delegado.

Al principio fueron tablones de desechos los vendidos para carbón. Después aserradas de un cuarto de carga. Ahora de cada diez equipos uno completo

era derivado para los obreros. Los contactos desarrollados por Renzo se multiplicaban y hacían avizorar buenos rendimientos en el porvenir. La sala de Pomposa era una de las más equipadas de la región, los chicos renqueaban por los charolados nuevos y un transporte los llevaba a la escuela del cruce. Un mecánico dental se instaló en la pensión donde atendía munido de un torno a pedal y botellitas de flúor. Las madres, los carrillos hinchados por los postizos, saludaban sonriendo hasta a los árboles. Extrañados perros ladraban asustados a sus desconocidas amas. Se organizaron expediciones de compras en ómnibus contratados para las provistas mensuales. A fin de no levantar sospechas Renzo logró un acuerdo con la proveeduría. A cambio del cierre, se le otorgó una hectárea de explotación de monte virgen durante un año. Atraídos por el florecimiento que acusaba el lugar, familias –en su mayoría brasileñas- se afincaban en sobrados de horquetas y ramazones y, al poco tiempo, precarios ranchos a modo de viviendas pululaban en las afueras. Parques de diversiones y titiriteros hacían las delicias de los infantes los fines de semana.

-¡Don Renzo es como Dios! –decía el delegado- ¡Nadie lo ve y está en todas partes!

El delegado se secó el sudor. Los asados eran su especialidad. Era su intención que éste saliera el más pintado para que el otro patrón quedara bien plantado ante sus amistades. No los molestaba y firmaba a pie juntillas las planillas. Además, era acertado tener un mandamás que le guste la farra. Dios no podía inmiscuirse en estas pequeñeces.

-¡Tipo formidable este don Loca dio! –decía el delegado.

Tentó el filo de la faca y con una incisión en la carne probó el gusto. La misma faca había penetrado unos centímetros arriba del esternón de los bóvidos en un vaivén rápido y conciso y, en una despedida al vuelo, la piel se separó en labios netos y sangrantes. La barbotada sangre caía a chorros en una lata. Las morcillas después duraban días en las fiambreras.

La competencia estaba lista. El que más pronto finalizara el descuerar de las vaquillonas, sin lastimar el cuero por supuesto, se llevaba los cálculos si los hubiera. Nada se perdería. Los desmesurados ojos de los vacunos, vidriosos a la ventosa tarde, se tiraron a las fauces de perros callejeros. Los tibios músculos aún temblaban contrayéndose. Las chairas descubrían el filo madre de los cuchillos. A la voz de arranque arremetieron contra los prominentes vientres con una premura no exenta de cuidados, tratando de abarcar el máximo de corte con el delicado esmero de un hábil bisturí de cirujano.

Uno de ellos fue el primero levantando la laxa piel canela. Ni un mordiscón del cuchillo como una perfecta naranja mondada por una milimétrica máquina quedaron los tejidos intactos de los rumiantes.

-¡Hiel con piedra! –gritaron. Festearon con estridentes gritos el hallazgo.

Con los lechones era otro cantar. Cosa que no le gustaba al delegado lidiar con chanchos. Los agudos chillidos lo ponían histérico y eso que era medio sordo. Además, sus miradas de moribundos parecían de cristiano. Para matarlos los ponían en arpilleras, calculando el corazón por los latidos. Los adornos les pondrían en el Marabú: margaritas como ojos, zanahorias en las orejas y un asepú en la boca de cada uno y banderitas en los lomos.

-¡Tanto trabajo para que sean payasos! –rezongaba el delegado-¡metería la zanahoria ya sabe donde!

El viento amainó en la languidez de la tarde y un desmesurado piar de pájaros cercanos se enraizó con los sonos lejanos de una verdulera.

Renzo limpiaba sus anteojos. El bochorno de la tarde se acumulaba en la oficina vidriada renovándose en vahos permanentes. Los programas estaban realizados y encaminados los proyectos venideros. Las voluminosas carpetas reposaban en el armario. Podría volver a revisarlas pero, se dijo, un exceso de puntualidad sería llamativo a los gerentes. Algo tendría que dejar librado al azar. Esperaba que Nina se acostara para volver. No había diálogo posible, por ahora, mientras ella se encerrase en su recalcitrante actitud. Dejaría fluir las estaciones hasta que el período de adaptación terminara de consumarse. Pero no llegaba a convencerse que ocurriera. Estaba harto de su constante agresión. Rememoraba su otra Nina, tan distinta: amorosa, femenina, recordada imagen amada en un rincón de ternura de las diagonales. Tan poco tiempo y tan alejada por la transformada estatua de sal en que se convirtió.

La oficina de la administración fue su refugio. Con métodos persuasivos fue conquistando el reducido ámbito, reemplazando el rudimentario manejo de Locadio de esquelas sueltas por ordenados biblioratos numerados cuyos tipificados lomos denotaban una eficaz organización. Los últimos vestigios de Locadio, un pisapapeles y un tintero, desaparecieron del escritorio. Fueron cambiados por un pulcro y austero ambiente donde un almanaque con fechas

adelantadas en círculos rojos marcaban la planificación. Desde el minúsculo centro de irradiaban órdenes transmitidas por veloces mensajeros y se recepcionaba información diaria. Se elaboraban programas cuyos puntos se cumplían con exactitud. Renzo recorría en dos pasos la oficina. Estaba en la cúspide del mandato de una región que dependía de sus decisiones. Los mínimos detalles de aquel desenvolvimiento eran desmenuzados y dirimidos por Renzo, siendo sus juicios inapelables. Consideraba a la oficina como justo blanco cerebral que guiaba los resortes de un organismo comunitario vivo y palpitante.

Y él era el guía parapetado tras los vidrios transparentes por la fóbica limpieza –ni un gramo de aserrín, repetía-, un fanal de luz en la oscuridad lanceado por enceguecidos cascarudos y mariposas negras. El ideal de ser propietario de una chacrita y labrarse un porvenir lento y seguro pertenecía al pasado. La gente, a cuya dignidad y felicidad contribuía según sus dichos, le profesaba una veneración fanática.

-¡Soy el propietario moral! –decía en la soledad del habitáculo.

No comprendía que Nina no percibiera el grado de respeto y admiración que el pueblo dispensaba. Era la practicidad de la causa llevada a un máximo y auténtico sentir. Mientras ella era testigo impotente desde un ventanuco, él trastocaba las realidades con las mismas armas de la naturaleza: ciclos cronometrados por un nervio motor y destinado a su preservación. Ella no se sumaba al magma original al alcance de la mano –él en persona- dicha envidiada por propios y extraños que alimentaba la distancia de una imagen inaccesible e inabarcable. Se tejían rumores de simultaneidad. Los reflejos de

los vidrios de la oficina descomponían su humanidad en porciones que fueron vistas en el mismo instante en la picada del cerro, en la sala de Pomposa, al pie de la capilla. O virado a ser otra persona o animal, metamorfosis acabada en un mendigo sin patria, o un tordillo que irrumpió una noche tormentosa al galope y se perdió, o una mariposa de franjas irisadas que fue vista en todas las casas a la vez, comentaban en los fogones.

La mano se apoyó en el vidrio y él vio hasta las individuales líneas demarcatorias de la prolongación de la vida, incluso el monte de Venus achatado por la presión, mucha presión que rompería el vidrio, deducido por la blancura de la cúspide y las yemas presionadas. Era una mano conocida pero no el esfuerzo del equilibrio. Una llamada implícita y poderosa disparada desde la noche calma y profunda hacia el ojo del fanal, certera puntería pegada al vidrio como punto de sustentación. Renzo dio otra chupada al cigarrillo.

Sabía que si se mantenía así la aparición pasaría como un intento fallido para descomponer sus objetivos. Cualquier otra forma imponderable, y por consiguiente imprevista interrupción, podría ser incorporada y rebatida en segundos. Expelió el humo suavemente y aplastó la colilla sin dejar de mirar. Un rostro se acopló a la mano en un simulacro de lenguaje que se llevaba el repicar del motor de la usina y un súbito y fugaz vagido de un infante.

-¡Nina! –gritó Renzo arrastrando el cenicero en su carrera.

Sobraban las explicaciones. Aterrorizada por el ataque sorpresivo, estiletes lacerantes atravesaron las medias, Nina mostraba el miembro afectado balbuceando incoherencias. Fue todo tan rápido. Alcanzó a ver la cola oscura. Había que moverse con premura para contrarrestar el veneno.

Las cadencias eran más notorias ahora que se acercaban. Sacando ímpetus de flaqueza, Renzo avanzaba con Laurita, que no cesaba de llorar en sus brazos y arrastrando a Nina de la cintura. Nunca supo que perros bravos ladraban a la distancia a aquellos bultos movidos por centímetros en la polvorienta calle. Estaba aturdido por el llanto y los quejidos de Nina. Una pierna paralizada removía cascarudos en el derroche de luz de las esquinas, un surco en la negrura de los bichos. Tampoco se le ocurrió pensar que el contacto estrecho con el cuerpo de Nina, llevada casi en andas, le produjera esa sensación vivificadora y tierna que sentía, rescatada quizás de una circunvalación mental añeja inconsciente. Sus gafas se empañaron, reprimiendo el contenido de un llanto que pugnaba romper la pantomima de héroe salvador.

-¡Soy yo el que necesita! –gritó a los oídos de Laurita. Se arrepintió.

Estaba ciego en una noche aciaga. La opalescencia de sus lentes destellaban los foquitos multicolores lineales suspendidos sobre las mesas dispuestas frente al Marabú. La estridencia de la música escapaba del salón lujosamente adornado y colmado de bailarines que desbordaban la acera provocando el aplauso general. El pueblo entero se volcó a los fuentones, respetados al principio, y después desbaratados en una sucesión competitiva como si fuera la última cena.

Nina desfallecía en sus brazos. Laurita no cejaba en sus intentos de bajarse. Renzo reconoció voces familiares. Eran sus peones, su gente que se divertía con su consentimiento.

-¡Ayuda! –gritó a la algarabía reinante- ¡Ayúdenme!

Algunos dejaron de bailar y otros de beber. Los compases continuaban.

-¿Acaso no oyen? ¡Necesito ayuda! ¡Soy Renzo! ¡El contador! ¡El que los parió!

El delegado se frotó con parsimonia la mejilla. Vaciló un momento y después hizo una seña y continuó el jolgorio.

Fue bien claro el delegado. La visión fantasmal prevenía no pasarse con el vino, dijo con acento aguardentoso, reposado y satisfecho.

Inés e Irene hacían las delicias de los lugareños con sus retrueques danzísticos. Cantaban a coro “Amor en el sartal” también coreada por los asistentes. Las jóvenes mulatas, enteramente revestidas de lentejuelas, fueron alzadas sobre la mesa principal produciendo desopilantes muestras de simpatía. Sus rojos e idénticos zapatones de tacos altos cadenciaban en el blanco mantel de sobras desparramadas los compases del trío “Mañanitas”: una verdulera y dos guitarras verdinegras. Acodados en el mostrador y apiñados en derredor los parroquianos seguían con atención los movimientos del dúo.

Locadio levantó nuevamente su copa entrechocando con la de Miloco en un claro intento por mantenerse en pie. Miloco lo observaba divertido. Sacó tabaco de su faltriquera y armó despaciosamente un cigarrillo. Mientras lo adhería desplazándolo por la lengua, sus ojillos oscuros recorrían el amplio salón atestado. Sabía que las mellizas acapararían el gusto de la gente. Sus secuaces alternaban y bailaban. El compadre Locadio evidenciaba su alegría

con mil remedos de danzas, aplaudiendo y bebiendo. No podría jugar contra él esa noche. Miloco siempre se ufanaba de ser un caballero. Quizás fuera un cierto cariño que sintiera por el compadre. De lo contrario lo hubiera desplumado en ese estado. Además, no habían llegado los invitados para el juego. Ni de pueblos vecinos ni la tal Pomposa como había prometido Locadio. No habría problemas en esperar pues la estadía se prolongaría y en ese ínterin cabría la posibilidad de probar a los castellanos. Porque en sus pagos la suerte le fue esquiva en las últimas sesiones, perdiendo considerables sumas en manos de Pato de Marmeleiro, su habitual contrincante de la divisa estadual. Aquí sería una óptima oportunidad de recuperación y más si se trataba de pesos valuados en puntos más que el cruceiro. Se tendría que otorgar un poco de respiro. No denotar expectativas de magnitud que hicieran sospechar su real situación de bancarrota habiendo resignado garitos importantes en el tapete a su acérrimo competidor. En los últimos tiempos se abocó a practicar la loba, en conocer sus secretos y triquiñuelas para desarrollar en el paño sus habilidades y posibilitar así las jugosas ganancias que pretendía.

-Sigamos con el divertimento –murmuró.

El humo dulzón de los cigarros llenaba el salón. La noche sofocante preanunciaba lluvia. Locadio había dicho que correría vino hasta en los zanjones y se estaba cumpliendo. Pese al fatigoso viaje realizado Miloco no aparentaba cansancio. Solamente vislumbraba un signo molesto que fue adentrándose en su inveterada sapiencia, perspicaz e intuitiva.

El compadre Locadio le hablaba al oído, gangoso e impertinente. Nuevamente Miloco observó la fiesta, los sombreros danzantes, los faroles chinos orlados

de humo, los guiños de las lentejuelas, los reflejos de vasos empinados. El gran espejo empotrado calcaba los movimientos de un sector.

-Inés y Eirene –comentó Locadio- ¿Cuál es cuál?

-Las dos y ninguna, compadre.

A través del saco Miloco rozó la culata. Un incipiente temor, solapado y mordaz, comenzó a inquietarle. No tenía noción exacta del tiempo. Sentado en el mismo lugar durante horas, era un blanco puntual, suficiente y ponderable. Miró las punteras de sus botas. Era la misma inquietud que lo dominaba antes de emprender el viaje, una interrogación tangible que inútilmente trataba de descifrar en una diversión común y corriente de un pueblo fronterizo.

-¡Asco de pueblo! –dijo.

Un apretujón se produjo en la entrada. Calculaba que si el ataque provenía del frente, un modo especial de distracción, estarían emboscados en el cuarto superior. Con rapidez miró la escalera a través del espejo, la balaustrada, el descansillo y de soslayo la puerta cerrada. Desenfundando se tiraría bajo la mesa y de un salto detrás del mostrador. Los racimos danzantes se apartaron. Alguien avanzaba dificultosamente. Miloco estaba tenso, los músculos listos para entrar en acción. Encontró la mirada torva e interrogante de uno de los suyos.

Una mujer se detuvo en la cabecera. A una señal de Miloco las mellizas descendieron. El trío cesó de improviso los acordes. Los bailarines permanecían en su sitio. La fiesta se diluyó en un apago murmullo.

-¿Qué pasa... con la música? –balbuceó Locadio.

Surgía en la cabecera una basta tela que cubría el cuerpo con amplitud, oscura en el orillo de toritos y espinas. Era una brusca presencia emergente de un recóndito pliegue de la materia, macizo e insospechado, los pies estriados de costras y sanguijuelas, las crenchas tapándole el rostro. Espacio anidado de silencios y vislumbrado el mensaje pero solo conjetural por las manos hinchadas que sostenían las argollas de una bolsa de plástico sucia.

Miloco avanzó. Sus pasos resonaron en el maderamen. Equilibraba el cuerpo con la diestra presta ante la eventualidad. Estaba convencido de la estratagema preparada. Algunos de sus hombres subían con celeridad las escaleras. No podía sustraerse a enfrentar el primer avance que Pato de Marmeleiro proponía, sumiéndole en una duda atroz cuyo suplicio afloraba en las mandíbulas apretadas.

El quejido provino de ella al descargar el peso de la bolsa sobre el mantel blanco desperdigado de sobras, el plástico mugroso y animado que recorrió su boca y la tapa de un cofre oscuro fueron motitas en las miríadas lentejuelas de las mellizas, justo cuando el ademán de Miloco y su gesto suprimido quedaron en vilo sin ser llamativo y el vozarrón de Locadio vibró desgarrado en la culminación de las respiraciones anhelantes.

-¡Oro! ¡Mi oro! –gritó despabilado en segundos eternos- ¡Oro!

Se abalanzó sin cálculos ni contemplaciones, haciendo caso omiso a la mujer estática, sobre el inerte objeto, posesionado de un frenesí enloquecedor. Tenía los ojos inyectados y las manos tiznadas por el contacto brutal, semiarrodillado ante el ídolo en reposo y todavía encubierto por la cerradura hermética e indolente ante los golpes fútiles de Locadio.

Fue Miloco, completando su interrumpido gesto abortado y girando la dirección del arma, quien apartó fraternalmente a Locadio y disparó al meollo del cerrojo en un estallido de ondas centrífugas y blanco certero que despedazó en partículas su aparente infranqueabilidad.

Locadio tuvo la postrer sensación de una irreal mutación de los colores que giraban en una vorágine circular en la tapa, cuando la abrió de golpe y el sonido a aire comprimido –como cuando se abre una lata aventada- escapó liberado con el gas y absorbido en plenitud por el demudado rostro de Locadio. Esa mutación se condensaba en el brillo cegador de las libras esterlinas removidas por sus manazas opacando sus ojos.

La exclamación fue general. Para colmar la rutilante fiesta se había sabiamente interpretado un paso comediante de alta jerarquía artística. No cabían en sí dando rienda suelta a la curiosidad satisfecha. Vítores a Miloco y al patrón don Locadio, quien se frotaba los párpados en forma desesperada, partícipe también de sus propias conjuntivitis crónicas que en los momentos menos oportunos tronchaban alegrías y, por lo tanto, doblemente aplaudidos.

El delegado, marcado por la emoción –no podía ver llorar a otra persona sin que lagrimeara a rabiar- se acercó, bajó los brazos de Locadio y notó las lunetas blancas de los ojos.

-Soy el delegado, su amigo –dijo.

Miloco refrenó el impulso inicial de acompañar a Locadio. El claroscuro acontecimiento, pulsado por sus premoniciones, se develaba en toda su intensidad. Sus temores eran injustificados. Entreabrió los cabellos de la mujer que continuaba al pie de la cabecera como ajena, pétrea e inconmensurable

en su basta tela sucia, hundidas las comisuras en un rictus de amargura y con negras ojeras como pedestales de sus desvariados ojos negros fijos en Miloco. Sin decir palabra, Miloco cabeceó a sus hombres que sostuvieron a la mujer a punto de desmayarse y otros abrieron paso al cofre admirado. Retumbaron truenos lejanos y un olor a azufre flotó en el festivo salón.

OCHO

-¡No veo! ¡No veo! –se quejó Locadio.

Pomposa dirigió la lámpara hacia la barba rala, los labios tumefactos y las lunetas blancas nadando en las pupilas. Pidió a Renzo que le desabrochara los botones. Depositó los anillos y pulseras en el centro de mesa. Por enésima vez abrió los párpados de Locadio, torciendo el rostro por el aliento a alcohol.

Nina se reponía en el sillón con la pierna levantada en una silla mientras Laurita dormía en su regazo. El delegado permanecía retirado en un extremo de la sala.

-Tranquilo ¡Chito! –repetía Pomposa.

-Después de la farra la butifarra –dijo Alesia.

-Sinceramente –dijo Pomposa- se me quemaron los papeles. No sé que carajo son esos pececillos blancos.

-Colirio –dijo Cleme- Metele colirio.

-¿Cómo me van a meter cualquier cosa? –se desesperó Locadio- ¡No veo!
¿Entienden? ¡No veo!

-Metete caña en gotas –dijo Alesia- Santo remedio.

-¿Duele? –preguntó Renzo.

-No. Nada. Es como un celofán molesto –contestó Locadio.

El chicotear del motor de la usina repercutía en la sala. Pomposa se descalzó y la puerta en vaivén la absorbió. Truenos amenazantes se sobreponían por instantes a los ruidos y Toga ladraba al tumulto. Sentado en la mesa de juegos, Locadio era un gigante vencido. Sollozaba. Los goznes volvieron a

chirriar y Pomposa adelantaba un frasquito. Alesia y Cleme barajaban y los naipes resbalaban en una partida siseada interrumpida.

-¿El disparo? –preguntó Pomposa.

-Miloco –respondió el delegado desde el rincón- Contra el baulito.

-Fábula. Pura fábula –dijo Alesia- Si repito esto me internan.

-Sin necesidad de repetir –dijo Cleme- Igual...

-Era moneda –continuó el delegado- Don Locadio abrió y luego yo entendí.

-¿De dónde apareció la cosa? Las monedas digo –preguntó Pomposa, colocando una venda sobre los ojos de Locadio.

-Trajo una mujer que debe ser diabla o pariente de diablo por la pinta –respondió el delegado-Roñosa como un animal revolcado en mil cuevas. En una bolsa para la provista.

-¡Dios mío! ¡Dónde vine a caer! –exclamó Nina desde el sillón.

-Resucitó la señora –dijo Alesia.

-¿Qué...? –empezó Pomposa.

-Señora Pomposa: haga el favor de desalojar la sala de extraños –dijo Nina incorporándose y volviendo a su posición- Aquí hay enfermos y graves ¡Fíjese!

-Escuche querida –dijo Pomposa ajustando las vendas- Acá la única grave soy yo que por culpa de ustedes me perdí el baile de mi vida.

-Esta cree que está en un sanatorio de lujo –murmuró Cleme.

-En todo caso... Renzo, por favor, tranquilice a la señora –dijo Pomposa- Mañana será otro día y todo habrá terminado.

Se oyó de pronto el encendido de un motor y una brusca aceleración distinta al del motor de la usina. Locadio prestó atención unos segundos.

-¡El Impala! ¡Se va el oro! –exclamó descontrolado presa de un irrefrenable furor- ¡Mi oro! ¡Miloco traidor!

Rápidamente Renzo y el delegado lo sujetaron.

¡Sosténganlo! Le aplicaré un calmante –dijo Pomposa.

-¡Que delirio! –dijo Nina- ¿Por qué soportar? ¿Qué es...?

El ruido del tractor fue más compacto al unísono y reforzando el anterior.

-¡Corran estúpidos y párenlos! –gritó Locadio. Pomposa forcejeaba con la jeringa apuntada- ¡Delegado! ¡Esclavo de mierda! ¡Serví para algo!

Renzo y el delegado lo pusieron de bruces.

-¡Hijos de su madre! ¡Que hacen! –clamaba Locadio- ¡Ladrones! ¡Meliquia! ¡Zorra vendida!

-¡Papá! ¿Por qué a mí? –sollozaba Nina.

¡Que les ponga las manos encima! –bramaba Locadio.

Cleme se puso de pie desarmando el juego. Pomposa terminó de inyectar masajeando con algodón la pinchadura.

-Además de ciego está loco –dijo Alesia.

-¡Escuché bien clarito! –dijo Cleme- ¡Sí! ¡Volvió mi hija!

-Cartón lleno –dijo Alesia- Ahora falta que yo encuentre al Kurupí acostado en mi cama y le diga ¡Papito volviste! Y completamos el sainete.

-¡Ja ja! –tronó el delegado- doña Alesia ¿conoce al Kurupí?

-Mucho gusto –contestó Alesia- Es mi vecino.

-¡Meliquia! ¡Voy a buscarla! –dijo Cleme, presa de una repentina agitación colocándose el chal.

-¿Qué batifondo... es éste? –preguntó Locadio adormecido.

-Yo le acompaño –dijo el delegado- si la señora Pompo no me necesita.

-Para nada más –dijo Pomposa- Todo está controlado. Mañana los enfermitos a la capital.

-La putaranga... ¿es hija de...? –preguntó Locadio.

-¡La capital! ¡Ah! –exclamó Nina.

-No, hombre –dijo fastidiada Pomposa- Solamente ella entiende.

-Yo la conozco –dijo Renzo dando paso a Cleme y al delegado que salían- ¿Es la que se fue con el paraguayo? La misma del tren...

-¡El tren... lleno de oro... que reluce! –farfulló Locadio recostándose boquiabierto.

-¿Qué es esto? –exclamó Nina- La locura danza a sus anchas ¿Quién es Meliquia? ¿qué paraguayo...? ¡Dios mío! ¿Quién es la madre? ¡No! ¡El tren y el oro! ¡Basta! ¡Yo también estoy loca! ¿Cómo se les ocurre? Estoy convaleciente. Me picó una víbora venenosa y ustedes de chacotaSí, están en otro mundo...¿o estaré yo...? ¡Perdón padres queridos por desobedecer! ¡No! ¡Ah, jamás lo volveré a hacer! ¡Jamás!

-Una noche perdida –dijo Alesia.

-Campanas doblen sin cesar –canturreaba Nina- la niña está en casa y tiene una flor en el ojal... campanas...

-Una noche perdida –repitió Alesia indignada- ¡El colmo de los incordios! Han contagiado de muerte a la loba con víboras repugnantes, tesoros escondidos, prostitutas, ladrones y cuanta mala visión ande suelta ¿No les da vergüenza?

En el ómnibus de la carrera Nina era una sombra entrevista en la ventanilla. Bajo el sopor de las iniciales lluvias, consideradas normales en la temporada, partía el que sería el penúltimo de la serie antes de otra oportunidad en los cuarenta días de lluvias, por intrépidos chóferes de hábiles muñecas.

Laurita levantaba las manitas a través del vidrio. Fue una despedida rápida y con escasos comentarios. Renzo tenía la sensación horrible que una parte de su ser se descarnaba y desentrañaba. Perdía con Laurita una porción querida y sensible de sí mismo. Debería echarse a los brazos de Nina y pedirle perdón y rogarle que lo aceptara de nuevo, prometiendo que abandonaría a Tobuna a su destino y ser un fiel y obediente amante forjador de una familia feliz. Estaba seguro que lo diría mientras se inclinaba para besarle y apoyar sus manos en las tibias de Nina. Pero nada salió de sus labios fuera de los deseos y saluciones corrientes, apretujando a Laurita en un postrero adiós.

Nina estrujaba una pequeña cartera, tiesa y parca, una tenue sonrisa dibujada en su rostro calmo, la mirada con un brillo distinto y paciente, la tez tersa, despertando de una gran tribulación en el instante de pisar la escalerilla del ómnibus. Nunca como en esa ocasión estaba tan segura de su determinación de que jamás se arrepentiría. Temía pronunciar alguna frase que quebrara aquel embrujo de decisión que al fin era enteramente suya, personal e intransferible. Ansiaba que el sueño absurdo terminara para siempre con el arranque y alejamiento de una truncada experiencia, que dejaba su marca en los orificios que perduraban como muda señal del contacto con la fría materia

de los tiempos de la cual resurgía con los sentidos intactos y el perderse, huir, huir.

El vehículo se alejó en un ronco acelerar, patinando en el lodazal borravino, el golpetear de las cadenas azuzando a los perros, perdiéndose en el recodo de la curva.

Renzo aún levantaba el brazo, solo en medio de la calle, empapado de mojaduras y de llanto bruscamente soltado. Giró sobre sí mismo y el otro extremo de la calle solitaria era una lineal acuosidad inmutable, extraña, barrota y diluida en el rumor imperturbable de las pluviales nubes. Caminó despacio, trastrabillando, sorbiendo las cálidas gotas con vehemencia, contrito y exasperado lamiéndose las manos, las piernas elefantíacas por el pegajoso barro adherido a sus botines, cayendo en un charco y sumiendo el rostro con las gafas en el barrizal.

-¡Todo está ordenado! –gritó a las nubes- ¡Todo está en orden!

Las predicciones de Alesia se cumplieron. Al mes de llover los tenderos de coloridas ropas se amontonaban en galerías y cocinas. Los humeantes leños producían débiles fogatas y un humo denso y achatado escapaba por chimeneas y ventanas. Varias veces corría el sol en una espiral de luz nimbada, a punto de romper los vestigios de las últimas nubes cuando chaparrones sorprendidos invadían desde el norte y se asentaban en un letargo líquido y adormecedor. El camino chirle que se perdía en el recodo de la curva fue contemplado asiduamente: nadie salía ni entraba. Las provisiones

mermaron y las peleas domésticas crecieron. El aserradero estaba paralizado. A falta de combustible el motor de la usina dejó de martillar produciendo noches de insomnios y pobladas de croares. Solamente una cansina yunta de bueyes uncidos, desafiaba los resbaladizos senderos del monte y los rastros de troncos arrastrados por los tambaleantes cuerpos en letanía quedaban como surcos heridos en la licuada calle. Hordas de criaturas desnudas, chapaleaban los charcos en juegos infantiles cortinados de lluvia, saltando los barrancos y fondos umbríos, olvidados de la escuelita del cruce y convertidos en una sola argamasa marrón donde solo los ojos estaban libres del barro. El arroyo rugía en el bajo portando en su lomo líquido ramajes y troncos podridos. Vanos fueron los intentos del delegado. El jeep de la compañía asomaba su trompa en el cobertizo. Renzo se negaba a movilizar el vehículo por más que el delegado se deshiciera en atenciones y reverencias. Fundamentaba el delegado el agobio incipiente por la falta de víveres. Sus angustiadas frases no lograban ser atendidas. Una y otra vez insistía ante Renzo recluido en la oficina de la administración. Siempre lo encontraba ensimismado en cavilosas meditaciones, las piernas cruzadas sobre el enlodado escritorio y escupiendo a los vidrios.

Se reunieron en la casa del delegado. El dinero no servía. La punta de los aleros, viguetas y cuanto material estuviera disponible sería requisado para combustible. El relleno de muñecas y colchones también. A partir de allí diariamente se desclavaban porciones de techos cuyas chapas de cartón ardían despidiendo una humazón negra y asfixiante. Los dormitorios fueron

reduciéndose y hacinados dormían por turnos. El delegado tenía un aire solemne y grave.

-Estamos como en un principio –dijo- Hacia atrás queda la ilusión del pedazo de nuestro hermano y para adelante la familia sola.

Así se pronunció. Pero fueron a tres mujeres a quienes recurrieron por consejo y Pomposa, Alesia y Clementina establecieron las pautas. Asegurar las máquinas del aserradero, un piquete a cazar en el monte venados, martinetas, carpinchos. Matar un buey para sustento de ancianos, mujeres y niños. El otro para el carro a buscar auxilio a la población cercana. En cuanto a los entenados –como llamaban a Renzo y Locadio- no molestarlos.

Poco quedaba del salón de diversiones. Las tormentas desvencijaron la puerta de entrada por donde furtivamente desapareció el mobiliario y, al mes de lluvia, solo resistían al saqueo algunos ventiladores aéreos y el espejo empotrado. Algunos tablones rajados en el piso dejaban al descubierto negras cavidades. Manchones de hojas y ramazones se acumulaban en los rincones. Una bombacha de mujer colgaba desde lo alto del espejo. El cartel fue pasto de las llamas en los hogares. Los pobladores fueron olvidándose del derruido edificio, compelidos a ingeniarse y organizarse para hacer frente a los nuevos inconvenientes.

Esperaban un administrador, presencia rogada en los rezos diarios y que sea un instrumento bienhechor pero que durara más tiempo. Ellos estarían de

parabienes, las mentes despojadas de malicia y las máquinas intactas. Los antiguos amos pertenecían al pasado y, al cabo de las grandes lluvias, sus existencias sólo serían recordadas en casuales referencias.

Resignado a su suerte Locadio vivía recluso en el piso superior del abandonado salón. Realizando un diario periplo Renzo lo visitaba.

Calado de humedades y llagas, barbudo y extraviado, Renzo no saludaba a nadie. Solamente al gran espejo del salón que le devolvía su silueta sorbiendo del botellón a borbotones. Locadio lo escuchaba hablar y le daban ganas de llorar.

-Damas y caballeros –dijo con voz impostada Renzo- amables amigos del interior y exterior de la república, tengan todos ustedes muy buenas tardes. A continuación transmite la Voz de la Victoria directamente del centro mayor de Tobuna, alias la esplendorosa, ustedes sabrán que estamos chiflados por eso transmitimos en cadena, ja, ja. Porque no porque sí ¿entienden? ...Estamos ante ustedes hablándoles al corazón, sin atajos, al corazón de los padres. Sí señores. A los padres que nos han sumido en la ruina monstruosa de asesinar las ilusiones. Parece inverosímil pero es... la pura verdad. Dicha por Renzo, yo, que ya es mucho decir. Renzo el Grande, que ustedes lo podrán ver a través de las pantallas de sus espejos, ja, ja Ahí todavía está en pie señores, sin decorados ni cortinas porque su reino es el desnudo del paraíso, sin víctimas ni victimarios, es decir, sin humanidad de por medio... ¿A qué punto hemos llegado, señores?

-¿Quién anda ahí? –preguntó Locadio.

-Y en aquel rincón tenemos el proyecto acabado de la Creación, sin el cual no se mueven los engranajes de las pasiones, señores...

-¡Renzo! ¿Qué andás haciendo? –dijo Locadio prendido al pasamanos.

-Se trata nada más ni nada menos que de ¡Locadiooo! Hijo predilecto de estas tierras, superamado el supermacho venido a menos por cuestiones inauditas que el respetable público pasará por alto y... baje usted, querido Locadio, mucha paciencia por favor pues en realidad es un pobre ciego... Despacio le ruego... con el bastón. Ciego pero no de los ojos.. ¡que esperanza! Este es ciego de nacimiento. Señores: aquí está para todos ustedes esta reliquia de quien hablaba... ¿Un saludo para la Voz de la Victoria? ¿Sí? ¡Dice que sí el malparido!...A ver, relájese, hacia allá para que las cámaras lo enfoquen.

-Buenas y santas –dijo Locadio.

-¡Ah! ¡Que deleite de saludo! Pero sea más locuaz... Desnúdese frente a la audiencia. Otro saludo por favor.

-Mamá: estoy bien.

-¡Ah! ¡Que tierno se ha puesto! ¡Vale un trago!...Sírvase.

-No te preocupes. Estoy bien, mamá.

-¡Se me ha largado a llorar el santurrón! Un minuto de emoción en el programa. Ya pasará... Pues bien ¿cómo se siente en su nueva vida? ¿Es divertida, amena, tranquila?

-Tranquila.

-Me lo imaginaba. Que lindo es estar en la oscuridad recordando pues sabrá que es doble vida ¿verdad?

-No.

-Nunca se recibirá de bruto, Locadio. Se vive el presente y se recuerda el pasado ¿qué más quiere?

-No sé.

-¿O es que no quiere recordar? Tiene resistencia a que le diga un nombre al azar... Ejem ¿Meliquia por ejemplo? ¿Le trae recuerdos gratos, alegres, bonitos?

-Extraño a mamá.

-¡Claro! ¿Usted sabe que es una señora enojada respetable y muy agraciada? ¿Qué hace viajes de placer en compañía de su marido el compadre Miloco, en una limusina descapotada por San Pablo? ¿Eh? ¿Qué le parece?

-Está en manos de Dios.

-¡Ah! ¡Ahora hablamos de Dios! ¿Qué la vieron en malla tomando sol en doradas playas servida por diligentes mozos atentos a sus menores caprichos de mujer rica?¡Mientras usted se pudre en un altillo contando los días para su muerte! ¡Señores! ¡A que punto hemos llegado!

-Creo recordar a mamá...

-Alegremos el alma en las borrascas ¡tomemos un trago! ¡Anímese Locadio! La platea es tremenda y exigente. No quiere medias tintas ¿Sabía usted que en pleno torrente apareció una noche un chorreante sombrero negro, un hombre a quienes apodan el Chino?...¿Qué le conté tal cual expresaba recién y se fue como vino?

-¡Que bien! –repuso Locadio.

-¡Bravo! Aprecio que todavía conserva algo. Bien, un corte comercial para el bienamado sorbo. ¿Se imaginó usted alguna vez que yo también me la monté a Meliquia? ¿No? ¡Que escasa imaginación la suya! ¡Que movimientos tenía la desgraciada! ¡Que vaivén!

-Por favor, un trago –dijo Locadio.

-¡Quién lo hubiera pensado! ¡Estamos perdidos! Perdidos en nuestro reino, señor Locadio. Pero todavía podemos convencer. Sí, a pesar de todo estamos a punto. Por ejemplo, ¿usted pensó alguna vez oír al Gran Contador transformado en un simple locutor de un recreo especular? ¿Eh? ¡Pues aquí lo tiene! El Contador está rodeado de soledad y desea, implora, clama que la lluvia no se agote nunca, que las correntadas sean moles que arrasen íntegro los seres y cosas al fondo del arroyo y el lodo sepulte cualquier gemido... ¡Señores! ¡A que punto hemos llegado! El Gran Renzo llora ¿sabe usted por qué? Porque intuye que habrá un nuevo día en su alucinante desvarío, incapaz del suicidio y recomenzará el hilo que quiere cortar y se pondrá en marcha pese a todo la rueda humana. Y llorará asombrado ante las fotografías de Laurita soplando velitas de cumpleaños rodeada feliz por sus abuelos irlandeses y la madre sosegada justo en el gesto de acomodarse el peinado ¿usted sabe...?

-Mamá hace ricas tortas de crema.

-...y pondrá las sucesivas fotografías en los vidrios de la oficina hasta cubrirlas de oscuridad también para no ver las muecas de los peones reideros después del diluvio como si nada hubiera pasado...

-Yo soplaba y se deshacía.

-...y que abrazados y borrachos iremos a jugar la loba de los viernes para...

-Mamá me ponía crema en la nariz y yo soplaba.

Fin